

Bitácora de Lectura



Índice

Lectura	Página
1 <i>Espero curarme de ti</i> Jaime Sabines	3
2 <i>Historia sobre un corazón roto... y tal vez un par de colmillos</i> Mónica Brozon	4
3 <i>Rayuela 7</i> Julio Cortázar	8
4 <i>La chica más guapa de la ciudad</i> Charles Bukowski	9
5 <i>Táctica y estrategia</i> Mario Benedetti	16
6 <i>Yambalalón y sus siete perros</i> Juan Villoro	17
7 <i>Arte poética</i> Jorge Luis Borges	22
8 <i>No me iré sin ti</i> Rafael Pérez Gay	23
9 <i>Si tú me dejas</i> Pablo Neruda	29
10 <i>Don Perlimplín con Belisa en su jardín</i> Federico García Lorca	30
11 <i>Espantapájaros</i> Oliverio Gironde	42
12 <i>Conviérteme en una bruja</i> R.L. Stine	43
13 <i>Para los que llegan a las fiestas</i> Rubén Bonifaz Nuño	51
14 <i>Pacto con el diablo</i> Juan José Arreola	52
15 <i>Cuerpo encarcelado</i> Vicente Quirarte	57
16 <i>El gato negro</i> Edgar Allan Poe	58
17 <i>Óyeme como quien oye llover</i> Octavio Paz	64
18 <i>Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre</i> Horacio Quiroga	65
19 <i>Amor condusse noi ad una morte</i> Xavier Villaurrutia	70
20 <i>Momo</i> Michel Ende	71
21 <i>Quien lo ha probado, lo sabe</i> Lope de Vega	78
22 <i>Gato padre y gato hijo</i> Ramón Gómez de la Serna	79
23 <i>A solas con todo el mundo</i> Charles Bukowski	86
24 <i>Generación S.L.U.T.</i> Marty Beckermann	87
25 <i>Me sobra corazón</i> Miguel Hernández	98
26 <i>La declaración de Randolph Carter</i> Howard Philips Lovecraft	99
27 <i>Los derechos imprescriptibles del lector</i> Daniel Pennac	103

ESPERO CURARME DE TI

ESPERO CURARME DE TI en unos días. Debo dejar de fumarte, de beberte, de pensarte. Es posible. Siguiendo las prescripciones de la moral en turno. Me receto tiempo, abstinencia, soledad.

¿Te parece bien que te quiera nada más una semana? No es mucho, ni es poco, es bastante. En una semana se puede reunir todas las palabras de amor que se han pronunciado sobre la tierra y se les puede prender fuego. Te voy a calentar con esa hoguera del amor quemado. Y también el silencio. Porque las mejores palabras del amor están entre dos gentes que no se dicen nada.

Hay que quemar también ese otro lenguaje lateral y subversivo del que ama. (Tú sabes cómo te digo que te quiero cuando digo: "que calor hace", "dame agua", "¿sabes manejar?", "se te hizo de noche"...Entre las gentes, a un lado de tus gentes y las mías, te he dicho "ya es tarde", y tú sabías que decía "te quiero".)

Una semana más para reunir todo el amor del tiempo. Para dártelo. Para que hagas con él lo que tú quieras: guardarlo, acariciarlo, tirarlo a la basura. No sirve, es cierto. Sólo quiero una semana para entender las cosas. Porque esto es muy parecido a estar saliendo de un manicomio para entrar a un panteón.

Jaime Sabines

Historia sobre un corazón roto... y tal vez un par de colmillos

M. B. Brozon

1

Si no hubieran asesinado a John F. Kennedy, es probable que yo no estuviera escribiendo esto.

Me explico:

Aquel día mi tío Manuel, el primo de mi mamá, le llamó para pedirle que lo acompañara a una cita. Iba a presentar a dos amigos suyos, la Güera y Esteban, y no le gustaba mucho la idea de hacer mal tercio. Mi madre era una jovencita soltera que no tenía una vida social precisamente vertiginosa, así es que, a falta de un mejor quehacer, aceptó completar el cuarteto.

Cuando mi tío Manuel pasó por ella, ya venían en el asiento de atrás Esteban y la Güera. Se dirigieron a una fuente de sodas, o alguno de esos lugares que se estilaban entonces, y mientras bebían malteadas y platicaban del clima, de los Beatles, o qué sé yo realmente de qué platicaban, una televisión que había en el lugar les dio la noticia: acababan de asesinar a John F. Kennedy.

A mi mamá, a mi tío Manuel y a Esteban les causó la impresión que a cualquier persona normal le causa saber que acaban de asesinar al presidente del que ya desde entonces era el país más poderoso del mundo. O sea, bastante, pero sin llegar al extremo de un colapso. Sin embargo, la Güera fue presa de un ataque de histeria similar al que debe haber sufrido Jackie. Con desmayo y todo. Así es que mi tío Manuel fue quien tuvo que regresarla a su casa a llorar en soledad, pues, aunque Esteban era su pareja en esa cita, era la primera, y calcularon que aún no le correspondían esas atribuciones. Esteban y mi mamá, quienes no se conocían y tampoco fueron tan sensibles a la noticia, se quedaron en el lugar terminando sus espesos brebajes. Platicaron, descubrieron que se gustaban y que, además, vivían en la misma colonia. El tío Manuel ya no regresó.

Esteban es mi papá.

En 1968, Esteban y Carmen, mis papás, se casaron. Se fueron de luna de miel a Acapulco y se abocaron de inmediato a la fabricación de mi hermano Luis Esteban, que nació el 6 de marzo de 1969. No conformes con ello, continuaron rápidamente con sus labores reproductivas y el 6 de marzo de 1970 nació mi hermana Carmen. (Mis papás, evidentemente, no se rompieron la cabeza para escoger los nombres.)

En realidad, no sabemos si mi hermana nació exactamente en esa fecha o mis papás decidieron suscribirla para ahorrarse una fiesta.

Pasaron siete años para que mis papás decidieran que con esos dos tenían suficiente descendencia. De manera que lo platicaron y tomaron la resolución de que mi papá se hiciera la famosa operación de control natal permanente.

Dos meses después mi madre notó que su organismo no presentaba el comportamiento periódico normal que debía presentar. Muy extrañada, claro está, fue y se hizo el examen. Al día siguiente el papelito aquel le dijo que estaba embarazada. Esto pudo haber convertido a mi padre en un Otelo furioso y ocasionar un caos marital, pero él, tranquilo, racional y pragmático como siempre, fue a reclamarle al autor de la operación de sus conductos deferentes. La explicación fue bien simple: mis papás se apresuraron a festejar la operación. El doctor debió haberles dicho que era necesario esperar a que los citados conductos se vaciaran.

Qué bueno que se ahorró esa información. Qué bueno que mis padres tenían la costumbre de festejar las cirugías.

Siete meses después, el 28 de diciembre de 1978, vine a dar al mundo, con el mismo aspecto de tamal coreano que suelen presentar todos los recién nacidos.

El doctor entró al cuarto cuando mi mamá estaba todavía medio ida por la anestesia. Llevaba un bulto en sus manos envuelto en una cobija.

—Aquí está su hijo —dijo sonriente.

Casi puedo imaginar la tierna mirada de mi madre ante su pequeño y extemporáneo hijito, convertida en un rictus de horror cuando el médico dejó caer el bulto al suelo y dijo: "Ay, perdón". Después, empezó a reírse y levantó del suelo el bulto que no era yo, sino un muñeco de trapo.

Son las desventajas de dar a luz en el Día de los Santos Inocentes para la madre víctima de doctores jocosos y también para el hijo. Cada vez que digo la fecha de mi cumpleaños es inevitable la exclamación:

—¡Aaaaaay, eres inocente!

O aún más mal intencionadas:

—Dile a tu mamá que para broma fue de muy mal gusto.

Y eso último sí molesta. Más molesta cuando uno se ha enterado de su origen que, en verdad, parece broma y que los condenados de mis hermanos tuvieron a bien confesarme durante alguna de aquellas noches donde aflora la sinceridad.

Yo, después de mucho meditarlo, establecí una respuesta estándar para decírsela a todo aquel que se burle o se sorprenda con mi historia:

—Mira —digo—, todos los demás quién sabe, pero lo que es yo, algo vine a hacer a este mundo.

Creo que es cierto. Y, sin embargo, no fue nada fácil irrumpir en una familia para ser, como el más chiquito, el consentido de los papás y, en consecuencia, el

receptáculo de los celos infantiles de dos hermanos que, a pesar de sus nueve y ocho años respectivamente, aún eran muy inmaduros y se sentían menospreciados porque de pronto, la atención íntegra de todos los miembros de la familia, amigos y vecinos se centraba en "el bebé".

No fue un buen comienzo, pero me imagino que debe haber sido fácil cuando yo era muy pequeño y me pasaba el día echado en la cama tomando biberones, sin preocuparme de mis hermanos y sus conflictos existenciales. Lamentablemente esa etapa no ha quedado registrada en mi memoria.

Lo difícil vino después, cuando mis hermanos confundieron el asunto y pensaron que mis papás, en vez de darles un hermano, les habían dado un *bellboy*. "Sebastián, tráeme agua", "Sebastián, abre la puerta", "Sebastián, contesta el teléfono". Estoy seguro de que el único infante de mi generación que comprendía perfectamente a la Cenicienta era yo. Incluso hay una anécdota que aún se cuenta en todas las fiestas y convivios, familiares o no:

Mi hermano estaba en una reunión con sus amigos, que supongo que eran una bola de burgueses y todos hablaban de sus televisores con control remoto, que entonces eran una novedad que aún no había entrado en mi casa. Pero de pronto mi hermano dijo:

—Yo tengo un control remoto que responde al sonido de la voz.

Los demás se quedaron perplejos y pensaron que en casa éramos poseedores de la tecnología más avanzada, hasta que Luis Esteban continuó:

—Sí, sólo tengo que decir: "Sebastián, cámbiale".

Cada vez que se cuenta, las carcajadas afloran de los oyentes; y de mí, el recuerdo de mi servicial pasado. No fue tan malo desde el día que descubrí que los favores se pueden cambiar por dinero u otro tipo de bienes.

—Está bien, voy por las cocas, pero me compro unos pingüinos.

En general no me puedo quejar. A pesar de que la brecha generacional con mis hermanos era entonces casi insalvable, tenía dos opciones entre las que dividía mi tiempo: la televisión y Angelito. La televisión nunca me gustó mucho, además, implicaba la vespertina y eterna discusión con mi hermana, sobre qué era mejor, Los Picapiedra, que era lo que me gustaba a mí, o Mundo de juguete, que era lo que le gustaba a ella. Mi hermana siempre ha tenido sobre mí la autoridad que le confiere la edad. En ese entonces también tenía una superioridad importante en cuanto al físico, así es que no le costaba ningún trabajo descontarme. Claro que yo era lo suficientemente listo (o cobarde) como para no llegar a ese extremo. Por ello, en mi currículum televisivo, claro, se encuentra Mundo de juguete. Incluso sería honesto confesar que acabé esperando los capítulos con cierto interés.

Una tarde mi papá llegó temprano, nos encontró a Angelito y a mí aventando bolitas de papel de baño mojado a los coches que pasaban y, en aras de alejarnos de ese malsano hábito, después de regañarnos un rato, intentó enseñarnos a jugar

ajedrez. Yo aprendí un poco; Angelito, nada. Mi papá rápidamente decidió que no tenía la suficiente pericia pedagógica para ello y me emboletó la tarea. Pero Angelito nunca aprendió a hacer, ya no digamos una jugada, ni siquiera los movimientos elementales.

Angelito era el único a quien yo podía hacer cómplice de mis aventuras, y aunque fue incapaz de aprender los secretos del ajedrez, siempre fue una buena compañía, sobre todo porque nunca le importó ser el antagonista en nuestros juegos, así es que durante los años que fuimos amigos, a Angelito le tocó representar a Lex Luthor, al Acertijo, a Cascarrabias y, las más de las veces, a Darth Vader.

Sucedió después que la situación económica de la familia de Angelito mejoró notablemente y se mudaron a una casa grande en el Pedregal. Angelito y yo seguimos llamándonos por teléfono durante algún tiempo, pero poco a poco esas llamadas se fueron espaciando hasta desaparecer por completo. Es triste lo que pueden hacer el tiempo y la distancia, pues, aunque el Pedregal no quedaba tan lejos del edificio donde yo seguía viviendo, mis posibilidades de desplazamiento eran muy limitadas. Angelito fue realmente mi primer amigo, y no volví a saber nada de él.

Sin Angelito alrededor, yo daba la pinta de niño solitario y taciturno. Y sí, así me comportaba, pero no porque fuera parte esencial de mi carácter, sino porque no tenía otro remedio. Me la pasaba inventándome quehaceres en el edificio, a ratos iba al Parque Hundido, del cual sólo me separaban dos cuadras. Pero nunca fui bueno para aquello de la socialización. Generalmente los demás niños iban al parque en bola, y llegar con un grupo a pedir que me integraran es algo que jamás fui capaz de hacer, y sigo sin serlo hasta la fecha.

Rayuela

Julio Cortázar

7

Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar, hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara, una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano en tu cara, y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja.

Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y los ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose con los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos donde un aire pesado va y viene con un perfume viejo y un silencio. Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura. Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella. Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua.

LA CHICA MAS GUAPA DE LA CIUDAD

de Charles Bukowski

Cass era la más joven y la más guapa de cinco hermanas. Cass era la chica más guapa de la ciudad. Medio india, con un cuerpo flexible y extraño, un cuerpo fiero y serpentino y ojos a juego. Cass era fuego móvil y fluido. Era como un espíritu embutido en una forma incapaz de contenerlo. Su pelo era negro y largo y sedoso y se movía y se retorció igual que su cuerpo. Cass estaba siempre muy alegre o muy deprimida. Para ella no había término medio. Algunos decían que estaba loca. Lo decían los tontos. Los tontos no podían entender a Cass. A los hombres les parecía simplemente una maquina sexual y no se preocupaban de si estaba loca o no. Y Cass bailaba y coqueteaba y besaba a los hombres, pero, salvo un caso o dos, cuando llegaba la hora de hacerlo, Cass se evadía de algún modo, los eludía.

Sus hermanas la acusaban de desperdiciar su belleza, de no utilizar lo bastante su inteligencia, pero Cass poseía inteligencia y espíritu; pintaba, bailaba, cantaba, hacía objetos de arcilla, y cuando la gente estaba herida, en el espíritu o en la carne, a Cass le daba una pena tremenda. Su mente era distinta y nada más; sencillamente, no era práctica. Sus hermanas la envidiaban porque atraía a sus hombres, y andaban rabiosísimas porque creían que no las sacaba todo el partido posible. Tenía la costumbre de ser buena y amable con los feos; los hombres considerados guapos le repugnaban: "No tienen agallas -decía ella-. No tienen nervio. Confían siempre en sus orejitas perfectas y en sus narices torneadas... todo fachada y nada dentro..." Tenía un carácter rayando la locura; Un carácter que algunos calificaban de locura.

Su padre había muerto del alcohol y su madre se había largado dejando solas a las chicas. Las chicas se fueron con una pariente que las metió en un colegio de monjas. El colegio había sido un lugar triste, más para Cass que para sus hermanas. Las chicas envidaban a Cass y Cass se peleó con casi todas. Tenía

señales de cuchilladas por todo el brazo izquierdo, de defenderse en dos peleas. Tenía también una cicatriz imborrable que le cruzaba la mejilla izquierda; pero la cicatriz, en vez de disminuir su belleza parecía, por el contrario, realzarla.

Yo la conocí en el bar *West End* unas noches después de que la soltaran del convento. Al ser la más joven, fue la última hermana que soltaron. Sencillamente entró y se sentó a mi lado. Yo quizá sea el hombre más feo de la ciudad, y puede que esto tuviera algo que ver con el asunto.

- ¿Tomas algo?

- Claro, ¿Por qué no?

No creo que hubiese nada especial en nuestra conversación esa noche, era sólo el sentimiento que Cass transmitía. Me había elegido y no había más. Ninguna presión, Le gustó la bebida y bebió mucho. No parecía tener edad, pero de todos modos le sirvieron. Quizás hubiese falsificado el carnet de identidad, no sé. En fin, lo cierto es que cada vez que volvía del retrete y se sentaba a mi lado yo sentía cierto orgullo. No sólo era la mujer más bella de la ciudad, sino también una de las más bellas que yo había visto en mi vida. Le eché el brazo a la cintura y la besé una vez.

- ¿Crees que soy bonita? - preguntó.

- Sé, desde luego. Pero hay algo más... algo más que tu apariencia...

- La gente anda siempre acusándome de ser bonita. ¿Crees de veras que soy bonita?

- Bonita no es la palabra, no te hace justicia.

Buscó en su bolso. Creía que buscaba el pañuelo. Sacó un alfiler de sombrero muy largo. Antes de que pudiese impedírselo, se había atravesado la nariz con él, de lado a lado, justo sobre las ventanillas. Sentía repugnancia y horror.

Ella me miró y se echó a reír.

- ¿Crees ahora que soy bonita? ¿Qué piensas ahora, eh?

Saqué el alfiler y puse mi pañuelo sobre la herida. Algunas personas, incluido el encargado, habían observado la escena. El encargado se acercó.

-Mira -dijo a Cass-, si vuelves a hacer eso te echo. Aquí no necesitamos tus exhibiciones.

- ¡Vete a la mierda, amigo! -dijo ella.

- Será mejor que la controles -me dijo el encargado.

- No te preocupes -dije yo.

- Es mi nariz -dijo Cass-, puedo hacer lo que querrá con ella
- No -dije-, a mí me duele.
- ¿Quieres decir que te duele a ti cuando me clavo un alfiler en la nariz?
- Sí, me duele, de veras.
- De acuerdo, no lo volveré a hacer. Animo

Me besó, pero como riéndose un poco en medio del beso y sin soltar el pañuelo de la nariz. Cuando cerraron nos fuimos a donde yo vivía. Tenía un poco de cerveza y nos sentamos a charlar. Fue entonces cuando pude apreciar que era una persona que rebosaba bondad y cariño. Se entregaba sin saberlo. Al mismo tiempo, retrocedía a zonas de descontrol e incoherencia. Esquizoide. Una esquizo hermosa y espiritual. Quizás algún hombre, algo acabase destruyéndola para siempre. Esperaba no ser yo.

Nos fuimos a la cama y cuando apagué las luces me preguntó:

- ¿Cuándo quieres hacerlo, ahora o por la mañana?
- Por la mañana -dije, y me di la vuelta.

Por la mañana me levanté, hice un par de cafés y le llevé uno a la cama.

Se echó a reír.

- Eres el primer hombre que conozco que ha querido hacerlo por la noche.
- No hay problema -dije-. En realidad, no tenemos por qué hacerlo.
- No, espera, ahora quiero yo. Déjame que me refresque un poco.

Se fue al baño. Salió enseguida, realmente maravillosa, largo pelo negro resplandeciente, ojos y labios resplandeciente, toda resplandor... Se desprendió sosegadamente, buena cosa. Se metió en la cama.

- Ven, amor.

Fui.

Besaba con abandono, pero sin prisa. Dejé que mis manos recorriesen su cuerpo. Acariciaban su pelo. La monté. Su carne era cálida y prieta. Empecé a moverme despacio y queriendo que durara. Ella me miraba a los ojos.

- ¿Cómo te llamas? -pregunté.
- ¿Qué diablos importa? -preguntó ella.

Solté una carcajada y seguí. Después se vistió y la llevé en coche al bar, pero era difícil olvidarla. Yo no trabajaba y dormí hasta las dos y luego me levanté y leí el periódico. Cuando estaba en la bañera, entro ella con una hoja: una oreja de elefante.

- Sabía que estabas en la bañera -dijo-, así que te traje algo para tapar esa cosa, hijo de la naturaleza.

Y me echó encima, en la bañera, la hoja de elefante.

- ¿Cómo sabías que estaba en la bañera?

- Lo sabía.

Cass llegaba casi todos los días cuando yo estaba en la bañera. No era siempre la misma hora, pero raras veces fallaba, y traía la hoja de elefante. Y luego hacíamos el amor.

Telefoneó una o dos noches y tuve que sacarla de la cárcel por borrachera y pelea pagando la fianza.

- Esos hijos de puta - decía-, sólo porque te pagan unas copas creen que pueden echarte mano a las bragas.

- La culpa la tienes tú por aceptar la copa

- Yo creía que se interesaba por mí, no sólo por mi cuerpo.

- A mí me interesas tú y tu cuerpo. Pero dudo que la mayoría de los hombres puedan ver más allá de tu cuerpo.

Dejé la ciudad y estuve fuera seis meses, anduve vagabundeando; volví. No había olvidado a Cass ni un momento, pero habíamos tenido algún tipo de discusión y además yo tenía ganas de ponerme en marcha, y cuando volví pensé que se habría ido; pero no llevaba sentado treinta minutos en el *West End* cuando ella llegó y se sentó a mi lado.

- Vaya, cabrón, has vuelto.

Pedí un trago para ella. Luego la miré. Llevaba un vestido de cuello alto. Nuca la había visto así. Y debajo de cada ojo, clavado, llevaba un alfiler de cabeza de cristal. Sólo se podían ver las cabezas de los alfileres, pero los alfileres estaban clavados.

- Maldita sea, aún sigues intentando destruir tu belleza....

- No, no seas tonto, es la moda.

- Estás chiflada.

- Te he echado de menos -dijo

- ¿Hay otro?

- No, no hay ninguno. Solo tú. Pero ahora hago la vida. Cobro diez billetes. Pero para ti es gratis.

- Sácate esos alfileres.

- No, es la moda.
- Me hace muy desgraciado.
- ¿Estás seguro?
- Sí, mierda, estoy seguro.

Se sacó lentamente los alfileres y los guardo en el bolso.

- Porque la gente cree que es todo lo que tengo. La belleza no es nada. La belleza no permanece. No sabes la suerte que tienes siendo feo, porque si le agradas a alguien sabes que es por otra cosa. - Vale -dije-, tengo mucha suerte.

- No quiero decir que seas feo. Sólo que la gente cree que lo eres. Tienes una cara fascinante.

- Gracias.

Tomamos otra copa.

- ¿Qué andas haciendo? -preguntó.

- Nada. No soy capaz de apegarme a nada. Nada me interesa.

- A mí tampoco. Si fueses mujer podrías ser puta.

- No creo que quisiera establecer un contacto tan íntimo con tantos extraños. Debe ser un fastidio.

- Tienes razón, es fastidioso, todo es fastidioso.

Salimos juntos, por la calle, la gente aún miraba a Cass. Aún era una mujer hermosa, quizá más que nunca.

Fuimos a casa y abrir una botella de vino y hablamos. A Cass y a mí, siempre nos era fácil hablar. Ella hablaba un rato yo escuchaba y luego hablaba yo. Nuestra conversación fluía fácil sin tensión. Era como si descubriésemos secretos juntos.

Cuando descubríamos uno bueno, Cass se reía con aquella risa, de aquella manera que sólo ella podía reírse. Era como el gozo del fuego. Y durante la charla nos besábamos y nos arrimábamos. Nos pusimos muy calientes y decidimos irnos a la cama. Fue entonces cuando Cass se quitó aquel vestido del cuello alto y lo vi... Vi la mellada y horrible cicatriz que le cruzaba el cuello. Era grande y ancha.

- Maldita sea, condenada, ¿Qué has hecho? -dije desde la cama

- Lo intenté con una botella rota una noche. ¿Ya no te gusto? ¿Soy bonita aún?

La arrastré a la cama y la besé. Me empujó y se echó a reír:

- Algunos me pagan los diez y luego, cuando me desvisto no quieren hacerlo. Yo me quedo los diez. Es muy divertido.

- Sí -dije-, no puedo parar de reír... Cass, zorra, te amo... deja de destruirte; eres la mujer con más vida que conozco.

Volvimos a besarnos. Cass lloraba en silencio. Sentí las lágrimas. Sentí aquel pelo largo y negro tendido bajo mí como una bandera de muerte. Disfrutamos e hicimos un amor lento y sombrío y maravilloso.

Por la mañana, Cass estaba levantada haciendo el desayuno. Parecía muy tranquila y feliz. Cantaba. Yo me quedé en la cama gozando su felicidad. Por fin, vino y me zarandeó.

- ¡Arriba, cabrón! ¡Chapúzate con agua fría la cara y la polla y ven a disfrutar del banquete!

Ese día la llevé en coche a la playa. No era un día de fiesta y aún no era verano, todo estaba espléndidamente desierto. Vagabundos playeros en andrajos dormían en la arena. Había otros sentados en bancos de piedra compartiendo una botella solitaria. Las gaviotas revoloteaban, estúpidas pero distraídas. Ancianas de setenta y ochenta, sentadas en los bancos, discutiendo ventas de fincas dejadas por maridos asesinados mucho tiempo atrás por la angustia y la estupidez de la supervivencia. Había paz en el aire y paseamos y estuvimos tumbados por allí y no hablamos muchos. Era agradable simplemente estar juntos. Compré bocadillos, patatas fritas y bebidas y nos sentamos a beber en la arena. Luego abracé a Cass y dormimos así abrazados un rato. Era mejor que hacer el amor. Era como fluir juntos sin tensión. Luego volvimos a casa en mi coche y preparé la cena. Después de cenar, sugerí a Cass en mi coche y preparé la cena. Después de cenar, sugerí a Cass que viviésemos juntos. Se quedó mucho rato mirándome y luego dijo lentamente "NO". La llevé de nuevo al bar, le pagué una copa y me fui.

Al día siguiente, encontré un trabajo como empaquetador en una fábrica y trabajé todo lo que quedaba de semana. Estaba demasiado cansado para andar mucho por ahí, pero el viernes por la noche me acerqué al *West End*. Me senté y esperé a Cass. Pasaron horas. Cuando estaba ya bastante borracho, me dio el encargado.

- Siento lo de tu amiga.

- ¿El qué? -pregunté.

- Lo siento. ¿No lo sabías?

- No

Fuera, alguien tocaba la bocina de un coche. Unos bocinazos escandalosos, persistentes. Dejé la botella y aullé "¡MALDITO SEAS, CONDENADO HIJO DE PUTA, CÁLLATE YA!".

Y seguía avanzando la noche y yo nada podía hacer.



Táctica y estrategia

Mario Benedetti

Mi táctica es
mirarte
aprender como sos
quererte como sos

mi táctica es
hablarte
y escucharte
construir con palabras
un puente indestructible

mi táctica es
quedarme en tu recuerdo
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
pero quedarme en vos

mi táctica es
ser franco
y saber que sos franca
y que no nos vendamos
simulacros
para que entre los dos
no haya telón
ni abismos

mi estrategia es
en cambio
más profunda y más
simple

mi estrategia es
que un día cualquiera
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites.

YAMBALALON Y SUS SIETE PERROS

A Pablo

Las cosas ocurrieron allá por 1962, una época en que la nana me peinaba con limón y una goma verde que venía en frascos de plástico con forma de gato. En la televisión pasaban "La Pandilla" y "El Gato Félix", y yo usaba botines con plantillas para pie plano.

Desfilé por muchos kindergartens porque nos cambiamos de casa como cinco veces, así es que no llegué a tener amigos en ese tiempo. Los cambios de casa y de escuela me convirtieron en un ermitaño con botas ortopédicas y copete engominado.

Por fin mi papá consiguió una casa donde también pudiera poner su consultorio y una tienda de aparatos ortopédicos. Decidieron que yo iba a entrar a una escuela enorme de muros grises que me pareció tan grande como el multifamiliar que estaba cerca de la casa. Lo que me gustó fue que afuera vendían paletas heladas y jícamas con chile piquín. Tuve que pasar por miles de trámites burocráticos y exámenes médicos hasta que alguien decidió que mis seis años y mis conocimientos eran lo suficientemente amplios para entrar a preprimaria.

Se puede decir que pasé la mayor parte de las vacaciones en el baño. Siempre he sido algo friolento y como no tenía nada que hacer decidí pasarme las tardes remojado en el agua caliente de la tina. Ahí inventé a mis cuates Víctor y Pablo. Le puse a mi pie izquierdo Víctor y al derecho Pablo. Mis héroes eran dos señores de doce años que combatían a un maléfico criminal llamado Yambalalón y se platicaban en la tina de baño todas sus aventuras, sin importarles mi desnuda presencia. Yambalalón era uno de los más peligrosos gansters del mundo. Tenía perros amaestrados que lo ayudaban en sus fechorías. Bajo un ahuehuete de Chapultepec se encontraba un pasadizo que conducía al refugio de Yambalalón. En repetidas ocasiones Víctor y Pablo habían tratado de penetrar a la guarida, pero nunca daban con el ahuehuete indicado. El terrible Yambalalón no soportaba la luz del día, así es que permanecía bajo tierra la mayor parte del tiempo. Una noche se iba a París o a Toluca (en realidad yo creía que estaban bastante cerca) y asaltaba el Banco Central, siempre el Banco Central, con ayuda de sus siete perros (producto de una mezcla de razas que sólo él había logrado). Me tardé cerca de un mes en imaginar todo esto, sentado en la tina, antes de que la nana me llegara a secar con una toalla gigante.

Faltaba poco para entrar al colegio de las jícamas y me pasé la última parte de las vacaciones refinando las aventuras de Víctor y Pablo (se las pensaba contar a mis nuevos compañeros, seguro de que me iban a regalar sus sándwiches, admirados con mi historia).

En un arranque de exotismo imaginé el bumerang australiano de Víctor y Pablo. La particularidad de esta arma (que tenía un aguijón de mantarraya capaz de matar al más gordo de los rinocerontes) era que no regresaba al sitio de donde había partido. Si lo aventaba Víctor, el bumerang iba a dar (después de matar un par de pájaros) a las manos de Pablo. Y si lo lanzaba Pablo, Víctor era el encargado de recibir el bumerang lleno de sangre y plumas de pájaro o de apache (también iban mis héroes al lejano Oeste).

Una vez oí que alguien tenía sangre azul. Me pareció imprescindible que Yambalalón tuviera tinta en las venas, y lo que es más, tinta venenosa. Víctor y Pablo soñaban con que algún día su mágico bumerang se vería teñido con la sangre azul del ladrón del Banco Central (claro que se pondrían los guantes de hule que la nana usaba para lavar los trastes, no fuera a ser que se envenenaran con la tinta).

El toque final fue inventar el himno de Yambalalón. Curiosamente quienes lo entonaban eran Víctor y Pablo. En la tina se oía todas las tardes el canto de "Yambalalón y sus siete perros".

Víctor y Pablo habían recibido muchos regalos del Ayuntamiento (en las caricaturas el Ayuntamiento se la pasaba premiando gente; yo ya no creía en Santa Claus, pero empecé a considerar al señor Ayuntamiento como un benévolo sustituto). Se me ocurrió contarle a mi papá lo de Víctor y Pablo (sin revelarle los secretos, por supuesto) con el fin de que él también quisiera premiar las hazañas de mis héroes.

—Quién te platicó todo eso —contestó mi papá, y tuve ganas de que Yambalalón y Víctor y Pablo se aliaran por una vez para matar al hombre de calvicie incipiente que leía el periódico, con su bata blanca, y no creía que yo fuera capaz de inventar algo.

Mi mamá siempre tenía dolores de cabeza. Unos años más tarde me iba a explicar que no eran simples dolores sino neuralgia. El caso es que la nana se ocupaba totalmente de mí, y el verdadero complejo de Edipo lo debo haber tenido con esa señora de cuarenta años y unos pies que seguramente calzaban del 38. Siempre que veo un pie descomunal siento un arranque de ternura. Definitivamente en esa época los pies fueron muy importantes para mí.

Llegó el día de entrar al nuevo colegio. Lloré cuando la nana me dejó en la puerta con el pelo más engominado que nunca y una cantimplora que tenía agua de limón demasiado agria.

Fui al colegio de las jícamas a inscribirme cuando casi no había gente. Al llegar el primer día de clases y ver tantos niños, después de mi encierro en la bañera, tuve la impresión de estar en medio de un campo de batalla.

Víctor y Pablo, envueltos por los zapatos recién lustrados, se negaban a moverse. Por fin una maestra me llevó a mi salón. Fui el último en entrar, todos ya estaban sentados, la mayoría llorando como yo. Bueno, no fui el último, porque detrás venía un cuate muy alto y orejón. La maestra le preguntó su nombre.

—Víctor —contestó una voz agresiva.

En realidad, Víctor no tenía nada de agresivo. Pero ante todo el lloriqueo, su voz parecía demasiado segura. Por comparación era agresiva. Quedé admirado (sobre todo porque junto a Víctor no estuviera Pablo).

Pensé que entre los compañeros habría alguien llamado Pablo. Después de averiguar todos los nombres (algunos tan raros como Gilberto) tuve que conformarme con conocer sólo a Víctor.

Desde el primer día le regalé mi agua de limón.

—Está demasiado dulce —este comentario me dejó asombradísimo. A mí el agua me había parecido muy agria. Decididamente Víctor era muy valiente.

Es obvio que no le conté de mis héroes imaginarios ni que jugaba con mis pies. Víctor me parecía el más inteligente de la clase. La verdad es que sabía casi todo porque estaba repitiendo preprimaria. Me contó que lo habían "reprobado". Era la primera vez que oía esa palabra. Traté de imaginar qué clase de falta debía haber cometido para recibir un castigo de esa magnitud. Mi admiración por él seguía creciendo. Ahora me parecía víctima de una conflagración maligna.

Víctor tenía siete años, y todo mundo sabe que a esa edad un año de diferencia son 365 aventuras de ventaja. Víctor se convirtió en nuestro líder. Imitando a los héroes de "La Pandilla" planeaba trampas para los maestros. Nosotros ejecutábamos sus órdenes y recibíamos el castigo cuando nos atrapaban poniendo *Resistol* en el asiento de la profesora.

Además, él sabía leer de corrido. Nos reuníamos en el baño de la preprimaria, rodeados de excusados enanos, para que nos leyera alguna historia impresionante. Ahora creo que Víctor inventaba todo lo que decía. Pero yo no perdía un solo detalle. Bastaba que hablara de los nuevos coches, de un Corvette que puede ocultar los faros como quien cierra los ojos, para que esa misma tarde Víctor y Pablo abordaran un Corvette rojo.

Nunca pude averiguar la causa por la que reprobaron a Víctor a los seis años. Después entendí que la escuela de muros grises y puestos de jícama era insuperablemente retrógrada, pero sigo creyendo que Víctor realizó algo fuera de lo común.

Por las tardes, después de ver "El Gato Félix" y llenar varias páginas con AAAAA y BBBB hermosamente delineadas, me iba a bañar. Las aventuras de Víctor y Pablo continuaban. Víctor adquiriría una parte cada vez más activa. Fue él quien descubrió el pasadizo para llegar al escondite de Yambalalón. Sólo que al entrar en el refugio, mis héroes vieron que estaba deshabitado y que

había una nota para ellos (escrita con auténtica sangre de rata): "*Ola amigos: fui a rovar el Banco Sentral*", Yambalalón también debía estar en preprimaria, me dijo mi mamá, cuando le enseñé la nota (escrita con auténtico puré de tomate rojo).

También fue Víctor el que encontró en la guarida los lentes que Yambalalón usaba para protegerse del sol. Se los podían llevar y pedirle que se rindiera, o que al menos les regalara uno de sus perros.

Pablo fue ocupando un papel secundario. Se empezó a parecer a mí. En la escuela yo me había convertido en algo así como el secretario de Víctor. Cuando robábamos un sándwich el primer mordisco lo daba nuestro líder y el segundo yo, incapaz de tragar el bocado por la emoción.

Cuando me vomité en la clase, víctima de una sobredosis de sándwiches robados, Víctor pidió permiso para llevarme a la enfermería. Me sentí tan conmovido que se me olvidó pensar que ése era un truco que usaba Víctor para estar fuera de clase.

También gané el privilegio de sentarme a su lado y de soplarle en los exámenes de aritmética lo que él no sabía. Mi historia con Víctor y Pablo había llegado a un punto clave. Yambalalón aceptó ir solo, de noche, al Penthouse (yo creía que el Penthouse era un castillo) de Víctor y Pablo para que le dieran sus lentes (hay que aclarar que esos anteojos eran únicos; estaban fabricados con el caparazón de una tortuga negra que el propio Yambalalón capturó).

Para estas alturas Pablo era francamente el ayudante de Víctor. Cuando jugaba en la tina, mi pie derecho permanecía casi sumergido, mientras Víctor hablaba sin parar. Fui forzando la historia para que se enfrentaran Yambalalón y mis héroes. Estaba tan nervioso que cuando Yambalalón les dijo a sus perros que fueran a buscarlo si no regresaba en una hora, sumergí mis pies en el agua, incapaz de seguir escuchando sus hazañas. La nana llegó con su toalla gigante. Me dio un par de besos que ni sentí y debió decirme que me fuera a tomar el choco-milk.

Esa noche no dormí, pensando en cómo acabaría todo. Me persiguió permanentemente el estribillo de "Yambalalón y sus siete perros".

Al día siguiente era viernes y como siempre todos estaban contentos en el colegio. Me decidí a contarle a Víctor mi historia secreta. Yo creía que a los doce años sería un héroe, o más bien el compañero de un héroe, y le platiqué todo con la decidida intención de que se identificara con Víctor y pensara que yo era el Pablo ideal.

—¿Con los pies? —me preguntó después de que terminé entonando el himno de Yambalalón.

En general mi cuento le pareció bastante bobo, pero lo de los pies era definitivamente idiota.

Durante el recreo noté que Víctor me miraba los zapatos y no se decidía a incluirme en su equipo de futbolito. Finalmente lo hizo y yo me sentí perdonado. Traté de olvidar para siempre la historia que inventaron mis pies (ahora me parecía que yo casi no intervenía en el juego).

A la hora del baño puse punto final al cuento. Yambalalón llegó al Penthouse medieval de Víctor y Pablo. Era medianoche. Les dijo que iba a rendirse. Víctor, confiado, no pensó en ocultar el bumerang que estaba sobre una mesa, frente a la caja fuerte (nunca he sabido para qué usaban Víctor y Pablo la caja fuerte). Yambalalón les dijo que les daría todo el dinero que había robado en el Banco Central.

Víctor y Pablo estallaron en carcajadas (mi papá siempre decía que alguien *estallaba* en carcajadas) y ahí fue cuando Yambalalón se lanzó sobre la mesa.

El bumerang decapitó a Víctor y como luego iba a dar a Pablo, el secretario no pudo evitar el aguijón de mantarraya. Yambalalón encerró los cuerpos en la caja fuerte y se llevó las cabezas para dárselas de comer a sus perros.

Jamás me hubiera creído capaz de un final semejante. Toda la noche lloré la muerte de mis héroes.

El sábado y el domingo me bañé en completo silencio, sin verme los pies. La nana se extrañó de que yo no estuviera platicando solo como de costumbre.

El lunes llegué al colegio un poco tarde. Corrí hasta el salón, le pedí disculpas a la maestra y fui a mi asiento con ganas de decirle a Víctor que ya no existían Víctor y Pablo.

Casi no recordaba la historia, se había olvidado de detalles tan importantes como la sangre azul de Yambalalón. Ni siquiera me contestó. Cuando terminé me dijo que había descubierto una ventana para espiar el baño de las niñas. Víctor y Pablo se le habían olvidado como una multiplicación difícil de aritmética.

La nana fue por mí y me dijo que mi mamá se había pasado toda la mañana con dolor de cabeza. En la casa no quise comer ni ver "El Gato Félix". Tampoco quise bañarme. Entonces mi papá salió del consultorio a decirme que era el colmo, que me iba a desvestir inmediatamente. En la mano traía un aparato para poliomielítico. Creí que me lo iba a poner.

Me dijo que él me iba a bañar. Traté de no llorar cuando miraba el aparato de metal para el niño con una pierna flaca que debía estar esperando a mi papá en el consultorio.

Mi papá terminó quitándome los botines ortopédicos. Era la primera vez que lo hacía desde que me los había recetado. Tuve ganas de que me atravesara el bumerang de Víctor y Pablo, pero preferí no pensar en eso.

Sin decir palabra entré a la tina.

Arte poética
Jorge Luis Borges

*Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.*

*Sentir que la vigilia es otro sueño
que sueña no soñar y que la muerte
que teme nuestra carne es esa muerte
de cada noche, que se llama sueño.*

*Ver en el día o en el año un símbolo
de los días del hombre y de sus años,
convertir el ultraje de los años
en una música, un rumor y un símbolo,*

*ver en la muerte el sueño, en el ocaso
un triste oro, tal es la poesía
que es inmortal y pobre. La poesía
vuelve como la aurora y el ocaso.*

*A veces en las tardes una cara
nos mira desde el fondo de un espejo;
el arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara.*

*Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Itaca
verde y humilde. El arte es esa Itaca
de verde eternidad, no de prodigios.*

*También es como el río interminable
que pasa y queda y es cristal de un mismo
Heráclito inconstante, que es el mismo
y es otro, como el río interminable.*

No me iré sin ti

Rafael Pérez Gay

Estábamos todos muy contentos adquiriendo diversos artículos en un almacén de reconocido prestigio. La magnífica organización familiar descubrió este modo de hacer la compra tú la fruta y la verdura; yo, abarrotes, blancos y salchichonería. No era lo que se llama una propuesta democrática, pero la acepté como se aceptan las cosas que se vuelven costumbre y uno acaba queriéndolas por el simple hecho de que ocurran Siempre.

“Yo la fruta y la verdura”, repetí mentalmente, y me encaminé por un pasillo de galletas, panetones y Pan ideal -como le dice mi padre al Pan Bimbo- hacia los anaqueles del fondo. En los supermercados de los que hablo la fruta y la verdura. siempre están al fondo. Caminé inexplicablemente feliz, como si me hubieran premiado o hubiera ganado una cantidad interesante de dinero en la última semana. Esto es la vida, pensé, lo demás son trampas de los sueños que caducan, turbias diversiones de la voluntad.

Elegir el jitomate bola puede parecer a simple vista una operación no sólo sencilla sino humillante. Es todo lo contrario, muy complicada y, además, fortalece el espíritu. Se sabe: si el jitomate se consumirá en breve, su textura puede ser blanda; pero si se piensa en el almacenamiento, el jitomate debe estar duro para que el tiempo lo madure y apruebe la buena ejecución de, digamos, una ensalada.

Estaba en esto y otras cosas, como la lechuga romana, la zanahoria, el pepino, la sabiduría que implica diferenciar el cilantro del perejil -uno tiene raíz, el otro no-, cuando se oyó por el sonido local del almacén de reconocido prestigio una voz femenina llamando a la corrección de un precio, de un olvido involuntario:

– Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete. Junto a mí una mujer examinaba un melón y le daba golpecitos como si alguien viviera adentro. Se oyó de nuevo la voz:

– Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete. La misma mujer metía en una bolsa de plástico una cantidad de limones suficiente para darle limonada a unas sesenta personas con mucha sed. Una cinta reproducía los acordes orquestales de una canción de los Beatles: “Nothing’s gonna change my world”. Se interrumpió la música y se oyó la voz de la mujer

– Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete. Estaba a punto de decirle a mi compañera de frutas y verduras que los empleados de abarrotes se caracterizan por su impuntualidad, cuando la voz regresó, pero ahora áspera, cercana a la agresión:

– Abarrotes y servicios, favor de pasar a la caja siete. No te escondas entre la muchedumbre -dijo la mujer-. Sé que estás aquí. Siempre supe que no tenías vergüenza. Vienes hasta aquí con tu mujer y tus mentiras como si no hubiera pasado nada entre nosotros. ¿Qué nueva mentira traes contigo?

Un silencio de eternidad, como quería Baundelaire, invadió el almacén de reconocido prestigio. La señora del melón volteó al techo como si quisiera encontrar en él la cara dolida de la mujer que hablaba inopinadamente por el sonido local. Pero yo supe, por mi conocimiento de los almacenes de reconocido prestigio, que la voz venía del departamento de devoluciones, ni más ni menos. Un hombre que como yo compraba la verdura se pasó una mano por la cara. No pudo disimular el miedo, la tensión dominó su mano derecha y despanzurró un jitomate -que yo había desechado- y que estaba listo para ser partido en rodajas.

El silencio se convirtió en desconcierto y éste en confusión. Una mujer dejó caer al piso la pasta Anti-Sarro con Fluoristat y los jabones Antibac -bac se refiere, supongo, a las bacterias que elimina el jabón- y un paquete de Panty Shields para una perfecta higiene femenina después de “esos” días. Por alguna razón que, creo, tiene que ver con la solidaridad, le dije al hombre que había triturado el jitomate:

– Un útil instrumento de persuasión, ¿no le parece? -señalé las bocinas del sonido local y vi su mano derecha enrojecida, húmeda.

– Y pensar que te quise como a nadie -se oyó la voz, ahora con dos puntos más de volumen-. Que pasé años de mi vida en la sombra del secreto, que me alejé de todos. Como pude ser tan ciega. “Somos descaradamente felices”, me dijiste una de las últimas noches que pasamos juntos hasta el amanecer lluvioso de un día de mayo. Eso fue lo que dijiste, ¿te olvidaste ya? Durante toda esa noche en que bebimos nuestro vino y nuestro sudor y nos quedamos dormidos, cansados de ser uno solo, convencidos de que aquello no era un sueño sino el momento más feliz de nuestras vidas, ¿te olvidaste ya? ¿Por eso regresas con tu mujer como si nada hubiera ocurrido entre nosotros?

Todos suspendieron sus necesidades compradoras, atentos a la voz. Un hombre rompió el pasmo:

– Me perdonan, pero un amor así debe ser una esclavitud espantosa.

Era un hombre de abrigo gris y lentes y una mirada perdida en el abismo y no frente al refrigerador de cervezas heladas. Supe de inmediato que se trataba de un profesor de filosofía de la Universidad de Berkeley que pasaba sus vacaciones en la ciudad de México. Las circunstancias me obligaron a responderle esto:

– Eso lo dice Spinoza; y me va a perdonar, pero Spinoza tiene más contradicciones que semillas esta sandía- alcé una sandía verde y madura para enseñársela.

– Piénselo, amigo -me dijo el profesor-. Un amor así es una esclavitud. Por detrás de nosotros se acercó una mujer hermosa, de unos treinta y tres años recién cumplidos, vestida para hacer el mercado: jeans deslavados, blusa de flores, zapatos bajos. Era muy bella y dijo:

– El asunto es si esta pobre mujer fue engañada o no. Por lo que dice creo que él mintió más de una vez. A cambio de las mentiras él recibió certezas diarias, cariño, actos de amor, más que palabras hermosas.

Una corriente eléctrica que emergió de una de mis zonas erróneas sacó una chispa que no pude controlar:

– Dios mío -le dije-. Parece usted candidata a diputada por el sexto distrito. ¿Como puede usted deducir todo eso? ¿Quién es usted, Aristóteles disfrazado de ama de casa joven y bella? ¿No se le ocurre pensar que las cosas fueron de un modo más complicado, menos simple? Además -le dije-, le aclaro que no es tan fácil distinguir la verdad de la mentira.

– No me gusta lo que me dice- dijo la mujer.

– Lo siento mucho- le contesté.

– Lo siento mucho, pero usted da a entender que la verdad y la mentira son la misma cosa. Una mentira siempre es una mentira.

Creo que el profesor de filosofía dijo en voz muy baja, mientras ponía en su carrito un paquete de cervezas:

– Ahí sí, la joven señora se equivoca.

– ¿No se le ocurre pensar -le dije a la señora- que tal vez él estaba muy enfermo y tuvo que irse para evitarle mayor dolor?

El filósofo me miró con su mirada de abismo y tuvo conmigo un detalle que ninguno de mis amigos habría tenido, me señaló el carrito de la compra de la mujer joven y bella y, en él, un paquete de toallas femeninas. Entonces me dijo:

– En estos días el debate civilizado es imposible. Nada que hacer.

Como lo último que dije no me pareció lógicamente sólido, abandoné el lugar del jitomate y los limones. El filósofo y yo alcanzamos a oír que ella nos dijo:

– Son ustedes unos machistas detestables.

Otra vez el sonido que se emitía desde el departamento de devoluciones:

– De pronto un día, te lo confieso, me descubrí aterrada de estar sin ti. Lloraba por las noches y el sol traía la certeza de que ya no estabas conmigo, que ya no te esperaba a la siete, a las ocho, a

las nueve, en una espera en la que se mezclaban el placer, la ansiedad y la rabia. Ya no llegarás otra vez a mi casa y yo ya no te esperaré. No volveré a oírte decir: “Es que tuve un día muy pesado”, ni te quitarás el saco y te aflojarás la corbata diciendo que aquel lugar, mi casa, era un refugio, una de esas cosas por las cuales la vida merece la pena vivirse. Sé muy bien, querido, que no volverás a llorar en mi almohada recordando a tu padre cuando era joven, ya no harás memorias de tu infancia en el campo de fútbol mientras fumas el noveno cigarro de la noche y del amor y del sexo. A cambio, yo no te contaré la primera vez que hice el amor con un hombre tan mayor que pudo ser mi padre. No voy a contarte nunca más de la noche en que besé a una amiga en la boca para saber qué se sentía y, tampoco, repetiré frente a ti el simple mecanismo de pararme al baño después del amor ni, por cierto, tú volverás a gritarme desde el cuarto: “¿Te ayudo?”. Y no irás nunca más a ese baño, un tiempo después de habernos querido hasta el llanto, húmedo de mi, y yo no diré: “Me lo cuidas”. Nada de esto volverá a ocurrir entre nosotros. Deja que yo no sea nada para ti. Cambiaré de nombre si es necesario, cambiaré de manera de ser y dejaré de usar el vestido azul que tanto te gustaba, me cambiaré de casa para borrar los rastros, no quiero seguir en el mismo lugar en donde fue verdad tanta mentira.

La voz del sonido local se interrumpió de golpe. El profesor de filosofía dijo:

– Esto empieza a ser verdaderamente desagradable. Compro mis servitoallas y me voy. Ahora bien- me dijo siguiéndome con su carrito repleto de mercancía-. Vea usted: si Walter Benjamin hubiera conocido estos grandes almacenes habría cambiado el tema de su gran proyecto inacabado. Los pasajes habrían sido Los almacenes: en ellos ocurre todo lo que compete al ser humano, ¿ya lo había pensado? Los grandes almacenes de autoservicio son el enigma por excelencia de la modernidad.

No pude decirle si lo había pensado o no porque el hombre que estranguló el jitomate bola estaba sentado, en cuclillas, bajo el anaquel de los pañales desechables llorando como un niño. Lo auxiliaba un empleado de salchichonería. Le decía que se tranquilizara, que todo lo curaba el tiempo y que, además, no era muy común que esto ocurriera en la tienda. Las mujeres, dijo, son impredecibles. Era un generoso empleado de salchichonería. Abrió un paquete nuevecito de servilletas y él mismo se encargó de limpiarle las lágrimas. El filósofo de Berkeley y yo nos acercamos. Nos llevó, es cierto, una curiosidad insana; le preguntamos si era él a quien le hablaban. El hombre del jitomate se incorporó, tomó otra servilleta que le ofreció el empleado de salchichonería y nos dijo:

– ¿Ustedes creen que si ella fuera la que no es, yo estaría llorando de este modo vergonzoso? No, señores, si yo fuera el hombre de quien esta mujer habla, ya estaría en el departamento de carnes, escondido entre los sirlones. No soy él, por desgracia. A mi lo que me pasa es que acabo de tener un hijo y estoy emocionalmente exhausto. Además, no sé qué pañal comprar: ¿Chicolastic o Kleen Bebé?

Fue hasta entonces que pudimos darnos cuenta de que el almacén se había convertido en un auténtico salón de discusiones. Ya no había silencio sino un murmullo intenso. Una mujer le reclamaba a su marido:

– Es el colmo, Arturo, inconcebible. Hasta en el mercado te siguen las mujerzuelas que dejas por la vida.

Un hombre sudoroso respondió detrás del anaquel de las sardinas:

– Tranquilízate, cariño, por favor. ¿Tú crees que si yo supiera que aquí hay una mujer con la que yo tuve que ver, te hubiera dicho que viniéramos a comprar aquí la carne molida y las almendras? Pues claro que no, mujer, te hubiera dicho que las compráramos en Satélite. No te pongas así, cariño, por Dios.

Yo no sabía que una carne molida con almendras pudiera ser un platillo, una comida, una cena. Me felicité por no ser amigo de esta pareja que da carne molida con almendras. En ese momento vi a Evelia que venía con el carrito lleno de mercancía Me dijo:

– Esta mujer ha sufrido horrores, vámonos de aquí. Por qué tenemos que saber las intimidades de estos amantes desdichados. Mejor vámonos.

El sonido local, otra vez:

– ¿Sigues ahí? Ahora sé que las geografías de nuestras vidas siempre fueron diferentes. Nuestros usos horarios nunca fueron los mismos. Mientras para ti las cosas anochecían, para mi empezaba la mañana. Cuando tú traías el mediodía a la casa, yo estaba de noche en otro país y en otro idioma.

Sobre el sonido que invadía hasta el último rincón del almacén de reconocido prestigio se oyeron voces de protesta:

– Basta ya, no lo torture de ese modo- se oyó una voz indignada-: El también la quiso.

– No estoy dispuesto a seguir oyendo todas esas barbaridades, me quejaré con el gerente.

Evelia y yo decidimos enfilarnos hacia la caja tres del almacén. Los ánimos estaban muy caldeados y, además, los Rodríguez nos esperaban a cenar. Una mujer de edad se acercó y nos dijo:

– Miren, el asunto es así: ella, la de la voz, quería casarse con él, porque lo amaba. Y como no pudo ser, en parte porque él ya era casado cuando la conoció, ella está muy enojada. Nada más: los jóvenes pierden los estribos con mucha facilidad ¿no lo cree así, señora? -le preguntó a Evelia.

– Hay algo más, señora, si me permite: se quisieron como locos, digo, por lo que he oído.

De nuevo la voz:

-“No me iré sin ti”, me dijiste una noche, ¿ya lo olvidaste? Pero tiempo después entendí que no hacemos sino eso: irnos y nadie ni nada regresa nunca. ¿Cuántos amigos te quedan, querido? ¿Lo ves?, nada regresa. Entiendo que sea éste un medio inusual para comunicarme contigo, pero no contestaste el teléfono de tu oficina ni respondiste los recados y las cartas y, como tú mismo decías después de las peleas y los rencores, siempre hay una vez más para decir. Algo más: creo que usaré este medio las veces que sea necesario, en distintos momentos de infelicidad y duda profundas.

– Ella ha sido muy dura con él- le dije ya en la fila de la caja y en medio de las muchas discusiones y aclaraciones que suscitó la mujer del micrófono.

En el pasillo que nos llevó a la caja tres, que nos llevaría, además, a la salida, oímos trece veces la frase “No te pongas así”; ocho veces la frase “Por favor, cariño, yo no sé quién llama a la casa y cuelga el teléfono”; cinco veces la frase “Te lo advierto, eso sería intolerable”, y una vez la frase “Nada qué ver y mejor cambiemos de teman. Esta última me pertenece y se la dije a Evelia cuando ella me reclamó que yo defendiera al hombre desconocido. Entonces me dijo:

– ¿O tienes tú algo qué ver en todo esto?

La vida, dice Bioy Casares, es un ajedrez y uno nunca sabe a ciencia cierta si va ganando o perdiendo. La discusión con Evelia fue absurdamente ríspida, tan áspera que la cajera que marcaba nuestras compras en una máquina flamante intervino y dijo:

– Sí señora, él señor tiene razón. Yo ya leí el libro de Bioy Casares que acaba de citar, en la página ciento y tantos alguien dice: “Para los que se quieren, no hay nada que no se arregle entre las sábanas”. Nunca se olvide de eso, señora. Yo lo tengo subrayado y releo la frase cada vez que salgo en las mañanas.

La cajera siguió marcando los diversos artículos que habíamos comprado. Sobra decir que llegamos tarde a la cena de los Rodríguez. A pesar del retraso la pasamos muy bien, bebimos whisky y vino blanco y vino tinto y algo de pernod.

No recuerdo con claridad cómo llegamos a la casa. Me acuerdo, eso sí, del amanecer y de Evelia atrayéndome hacia su cuerpo y de que, algo insólito, no tuve cruda. No podía creerlo después de los tragos de la noche anterior, pero a veces ocurre lo inesperado.

Si tú me olvidas

Pablo Neruda

QUIERO que sepas
una cosa.

Tú sabes cómo es esto:
si miro
la luna de cristal, la rama roja
del lento otoño en mi ventana,
si toco
junto al fuego
la impalpable ceniza
o el arrugado cuerpo de la leña,
todo me lleva a ti,
como si todo lo que existe,
aromas, luz, metales,
fueran pequeños barcos que
navegan
hacia las islas tuyas que me
aguardan.

Ahora bien,
si poco a poco dejas de quererme
dejaré de quererte poco a poco.

Si de pronto
me olvidas
no me busques,
que ya te habré olvidado.

Si consideras largo y loco
el viento de banderas
que pasa por mi vida
y te decides
a dejarme a la orilla
del corazón en que tengo raíces,
piensa
que en ese día,
a esa hora
levantaré los brazos
y saldrán mis raíces
a buscar otra tierra.

Pero
si cada día,
cada hora
sientes que a mí estás destinada
con dulzura implacable.
Si cada día sube
una flor a tus labios a buscarme,
ay amor mío, ay mía,
en mí todo ese fuego se repite,
en mí nada se apaga ni se olvida,
mi amor se nutre de tu amor,
amada,
y mientras vivas estará en tus
brazos
sin salir de los míos.

Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín

Federico García Lorca

Personajes

DON PERLIMPLÍN

BELISA

MARCOLFA

MADRE DE BELISA

DUENDE PRIMERO

DUENDE SEGUNDO

Cuadro primero

Casa de don Perlimplín. Paredes verdes con las sillas y muebles pintados en negro. Al fondo, un balcón por el que se verá el balcón de Belisa. Perlimplín viste casaca verde y peluca blanca llena de bucles. Marcolfa, criada, el clásico traje de rayas.

PERLIMPLÍN. ¿Sí?

MARCOLFA. Sí.

PERLIMPLÍN.

Pero ¿por qué sí?

MARCOLFA. Pues porque sí.

PERLIMPLÍN. ¿Y si yo te dijera que no?

MARCOLFA. *(Agría.)* ¿Que no?

PERLIMPLÍN. No.

MARCOLFA. Dígame, señor mío, las causas de ese no.

PERLIMPLÍN. *(Pausa.)* Dime tú, doméstica perseverante, las causas de ese sí.

MARCOLFA. Veinte y veinte son cuarenta...

PERLIMPLÍN. *(Escuchando.)* Adelante.

MARCOLFA. Y diez cincuenta.

PERLIMPLÍN. Vamos.

MARCOLFA. Con cincuenta años ya no se es un niño.

PERLIMPLÍN. Claro.

MARCOLFA. Yo me puedo morir de un momento a otro.

PERLIMPLÍN. ¡Caramba!

MARCOLFA. *(Llorando.)* ¿Y qué será de usted sólo en este mundo?

PERLIMPLÍN. ¿Qué sería?

MARCOLFA. Por eso tiene que casarse.

PERLIMPLÍN. *(Distraído.)* ¿Sí?

MARCOLFA. *(Enérgica.)* Sí.

PERLIMPLÍN. *(Angustiado.)* Pero Marcolfa... ¿por qué sí? Cuando yo era niño una mujer estranguló a su esposo. Era zapatero. No se me olvida. Siempre he pensado no casarme. Yo con mis libros tengo bastante. ¿De qué me va a servir?

MARCOLFA. El matrimonio tiene grandes encantos, mi señor. No es lo que se ve por fuera. Está lleno de cosas ocultas. Cosas que no está bien que sean dichas por una servidora... Ya se ve...

PERLIMPLÍN. ¿Qué?

MARCOLFA. Me he puesto colorada.

(Pausa. Se oye un piano.)

UNA VOZ. *(Dentro, cantando.)*

Amor, amor.

Entre mis muslos cerrados

nada como un pez el sol.

Agua tibia entre los juncos,

amor.

¡Gallo, que se va la noche!

¡Que no se vaya, no!

MARCOLFA. Verá mi señor la razón que tengo.

PERLIMPLÍN. *(Rascándose la cabeza.)* Canta bien.

MARCOLFA. Ésa es la mujer de mi señor. La blanca Belisa.

PERLIMPLÍN. Belisa... Pero no sería mejor...

MARCOLFA. No... Venga ahora mismo. *(Le coge de la mano y se acercan al balcón.)* Diga usted Belisa...

PERLIMPLÍN. Belisa...

MARCOLFA. Más alto.

PERLIMPLÍN. ¡Belisa!...

(El balcón de la casa de en frente se abre y aparece Belisa resplandeciente de hermosura. Está medio desnuda.)

BELISA. ¿Quién me llama?

MARCOLFA. *(Escondiéndose detrás de la cortina del balcón.)* Conteste.

PERLIMPLÍN. *(Temblando.)* La llamaba yo.

BELISA. ¿Sí?

PERLIMPLÍN. Sí.

BELISA. Pero ¿por qué sí?

PERLIMPLÍN. Pues porque sí.

BELISA. ¿Y si yo le dijese que no?

PERLIMPLÍN. Lo sentiría... porque... hemos decidido que me quiero casar.

BELISA. *(Ríe.)* ¿Con quién?

PERLIMPLÍN. Con usted...

BELISA. *(Seria.)* Pero... *(A voces.)* Mamá, mamá, mamaíta.

MARCOLFA. Esto va bien.

(Sale la Madre con una gran peluca dieciochesca llena de pájaros, cintas y abalorios.)

BELISA. Don Perlimplín se quiere casar conmigo. ¿Qué hago?

MADRE. Buenísimas tardes, encantador vecinito mío. Siempre dije a mi pobre hija que tiene usted la gracia y modales de aquella gran señora que fue su madre y a la cual no tuve la dicha de conocer.

PERLIMPLÍN. ¡Gracias!...

MARCOLFA. *(Furiosa, en la cortina.)* ¡He decidido que...! ¡Vamos!

PERLIMPLÍN. Hemos decidido que vamos...

MADRE. A contraer matrimonio, ¿no es así?

PERLIMPLÍN. Así es.

BELISA. Pero mamá... ¿Y yo?

MADRE. Tú estás conforme, naturalmente. Don Perlimplín es un encantador marido.

PERLIMPLÍN. Espero serlo, señora.

MARCOLFA. *(Llamando a don Perlimplín.)* Esto está casi terminado.

PERLIMPLÍN. ¿Crees tú? *(Hablan.)*

MADRE. *(A Belisa.)* Don Perlimplín tiene muchas tierras. En las tierras hay muchos gansos y ovejas. Las ovejas se llevan al mercado. En el mercado dan dineros por ellas. Los dineros dan la hermosura... Y la hermosura es codiciada por los demás hombres.

PERLIMPLÍN. Entonces...

MADRE. Emocionadísima... Belisa... vete dentro... no está bien que una doncella oiga ciertas conversaciones.

BELISA. Hasta luego... *(Se va.)*

MADRE. Es una azucena... Ve usted su cara. *(Bajando la voz.)* Pues si la viese por dentro... ¡Como de azúcar!... Pero... ¡perdón! No he de ponderar estas cosas a persona tan moderna y competentísima como usted...

PERLIMPLÍN. ¿Sí?

MADRE. Sí... lo he dicho sin ironía.

PERLIMPLÍN. No sé cómo expresarle nuestro agradecimiento...

MADRE. ¡Oh!... nuestro agradecimiento... qué delicadeza tan extraordinaria. El agradecimiento de su corazón y el de usted mismo... Lo he entendido... lo he entendido... A pesar de que hace veinte años que no trato a un hombre.

MARCOLFA. La boda...

PERLIMPLÍN. La boda...

MADRE. En cuanto quiera... aunque... *(Saca un pañuelo y llora.)* A todas las madres... Hasta luego... *(Se va.)*

MARCOLFA. ¡Por fin!

PERLIMPLÍN. ¡Ay Marcolfa, Marcolfa, en qué mundo me vas a meter!

MARCOLFA. En el mundo del matrimonio.

PERLIMPLÍN. Y si te soy franco, siento una sed... ¿Por qué no me traes agua?

(Marcolfa se le acerca y le da un recado al oído.)

PERLIMPLÍN. ¿Quién lo puede creer?

(Se oye el piano. El teatro queda en penumbra. Belisa descubre las cortinas de su balcón. Se ve a Belisa casi desnuda cantando lánguidamente.)

VOZ DE BELISA.

¡Amor! ¡Amor!

Entre mis muslos cerrados

nada como un pez el sol.

MARCOLFA. ¡Hermosa doncella!

PERLIMPLÍN. ¡Como de azúcar!... blanca por dentro. ¿Será capaz de estrangularme?

MARCOLFA. La mujer es débil si se la asusta a tiempo.

VOZ DE BELISA.

¡Amor!

¡Gallo que se va la noche!

Que no se vaya, no.

PERLIMPLÍN. ¿Qué dice Marcolfa? ¿Qué dice? *(Marcolfa ríe.)* Y ¿qué es esto que me pasa?... ¿Qué es esto?

(Sigue sonando el piano. Por el balcón pasa una bandada de pájaros de papel negro.)

Cuadro segundo

Sala de don Perlimplín. En el centro hay una gran cama con dosel y penachos de plumas. En las paredes hay seis puertas. La primera de la derecha sirve de entrada y salida a don Perlimplín. Es la primera noche de casados.

(Marcolfa, con un candelabro, en la puerta primera de la izquierda.)

MARCOLFA. Buenas noches.

VOZ DE BELISA. Adiós, Marcolfa.

(Sale Perlimplín vestido magníficamente.)

MARCOLFA. Buena noche de boda tenga mi señor.

PERLINIPLÍN. Adiós, Marcolfa. *(Sale Marcolfa. Perlimplín se dirige de puntillas a la habitación de enfrente y mira desde la puerta.)* Belisa... con tantos encajes pareces una ola y me das el mismo miedo que de niño tuve al mar. Desde que tú viniste de la iglesia está mi casa llena de rumores secretos y el agua se entibia ella sola en los vasos... ¡Ay!... Perlimplín... ¿dónde estás, Perlimplín? *(Sale de puntillas.)*

(Aparece Belisa vestida con un gran traje de dormir lleno de encajes. Una cofia inmensa le cubre la cabeza y lanza una cascada de puntillas y entredoses hasta sus pies. Lleva el pelo suelto y los brazos desnudos.)

BELISA. La criada perfumó esta habitación con tomillo y no con menta como yo le indiqué... *(Va hacia el lecho.)* Ni puso a la cama las finas ropas de hilo que tiene.

Marcolfa... *(En este momento suena una música suave de guitarras. Belisa cruza las manos sobre el pecho.)* ¡Ay! El que me busque con ardor me encontrará. Mi sed no se apaga nunca, como nunca se apaga la sed de los mascarones que echan el agua en las fuentes. *(Sigue la música.)* ¡Ay qué música, Dios mío! ¡Qué música! Como el plumón caliente de los cisnes... ¡Ay! Pero, ¿soy yo?, ¿o es la música?

(Se echa sobre los hombros una gran capa de terciopelo rojo y pasea por la escena. Calla la música y se oyen cinco silbidos.)

BELISA. Son cinco.

(Aparece Perlimplín.)

PERLIMPLÍN. ¿Te molesto?

BELISA. ¿Cómo es posible?

PERLIMPLÍN. ¿Tienes sueño?

BELISA. *(Irónica.)* ¿Sueño?

PERLIMPLÍN. La noche se ha puesto un poco fría. *(Se frota las manos.)*

(Pausa.)

BELISA. *(Decidida.)* Perlimplín.

PERLIMPLÍN. *(Temblando.)* ¿Qué quieres?

BELISA. *(Vaga.)* Es un bonito nombre, Perlimplín.

PERLIMPLÍN. Más bonito es el tuyo, Belisa.

BELISA. *(Riendo.)* ¡Oh! ¡Gracias!

(Pausa corta.)

PERLIMPLÍN. Yo quería decirte una cosa.

BELISA. ¿Y es?

PERLIMPLÍN. He tardado en decidirme... Pero...

BELISA. Di.

PERLIMPLÍN. Belisa... ¡yo te amo!

BELISA. ¡Oh, caballerito!... es ésa tu obligación.

PERLIMPLÍN. ¿Sí?

BELISA. Sí.

PERLIMPLÍN. Pero ¿por qué sí?

BELISA. *(Mimosa.)* Pues porque sí.

PERLIMPLÍN. No.

BELISA. ¡Perlimplín...!

PERLIMPLÍN. No, Belisa. Antes de casarme contigo yo no te quería.

BELISA. *(Guasona.)* ¿Qué dices?

PERLIMPLÍN. Me casé... ¡por lo que fuera!, pero no te quería. Yo no había podido imaginarme tu cuerpo hasta que lo vi por el ojo de la cerradura cuando te vestían de

novia. Y entonces fue cuando sentí el amor, ¡entonces!, como un hondo corte de lanceta en mi garganta.

BELISA. (*Intrigada.*) Pero ¿y las otras mujeres?

PERLIMPLÍN. ¿Qué mujeres?

BELISA. Las que tú conociste antes.

PERLIMPLÍN. Pero ¿hay otras mujeres?

BELISA. (*Levantándose.*) ¡Me estás asombrando!

PERLIMPLÍN. El primer asombrado soy yo. (*Pausa. Se oyen los cinco silbidos.*) ¿Qué es eso?

BELISA. El reloj.

PERLIMPLÍN. ¿Son las Cinco?

BELISA. Hora de dormir.

PERLIMPLÍN. ¿Me das permiso para quitarme la casaca?

BELISA. Desde luego (*Bostezando.*), maridito. Y apaga la luz si te place.

PERLIMPLÍN. (*Apaga la luz. En voz baja.*) Belisa.

BELISA. (*En voz alta.*) ¿Qué, hijito?

PERLIMPLÍN. (*En voz baja.*) He apagado la luz.

BELISA. (*Guasona.*) Ya lo Veo.

PERLIMPLÍN. (*En voz mucho más baja.*) Belisa...

BELISA. (*En voz más alta.*) ¿Qué?, ¿encanto?

PERLIMPLÍN. ¡Te adoro!

(Dos Duendes saliendo por lados opuestos del escenario corren una cortina de tonos grises. Queda el teatro en penumbra, con dulce tono de sueño. Suenan flautas. Deben ser dos niños. Se sientan en la concha del apuntador cara al público.)

DUENDE 1.º ¿Cómo te va por lo oscurillo?

DUENDE 2.º Ni bien ni mal, compadrillo.

DUENDE 1.º Ya estamos.

DUENDE 2.º Y qué te parece. Siempre es bonito tapar las faltas ajenas.

DUENDE 1.º Y que luego el público se encargue de destaparlas.

DUENDE 2.º Porque si las cosas no se cubren con toda clase de preocupaciones...

DUENDE 1.º No se descubren nunca.

DUENDE 2.º Y sin este tapar y destapar...

DUENDE 1.º ¡Qué sería de las pobres gentes!

DUENDE 2.º (*Mirando la cortina.*) ¡Que no quede ni una rendija!

DUENDE 1.º Que las rendijas de ahora son oscuridad mañana. (*Ríen.*)

DUENDE 2.º Cuando las cosas están claras...

DUENDE 1.º El hombre se figura que no tiene necesidad de descubrirlas.

DUENDE 2.º Y se van a las cosas turbias para descubrir en ellas secretos que ya sabía.

DUENDE 1.º Pero para eso estamos nosotros aquí. ¡Los duendes!

DUENDE 2.º ¿Tú conocías a Perlimplín?

DUENDE 1.º Desde niño.

DUENDE 2.º ¿Y a Belisa?

DUENDE 1.º Mucho. Su habitación exhalaba un perfume tan intenso, que una vez me quedé dormido y desperté entre las garras de sus gatos. (*Ríen.*)

DUENDE 2.º Este asunto estaba...

DUENDE 1.º ¡Clarísimo!

DUENDE 2.º Todo el mundo se lo imaginaba.

DUENDE 1.º Y el comentario huiría hacia medios más misteriosos.

DUENDE 2.º ¡Por eso! Que no se descorra todavía nuestra eficaz y socialísima pantalla.

DUENDE 1.º ¡No, que no se enteren!

DUENDE 2.º El alma de Perlimplín, chica y asustada como un patito recién nacido, se enriquece y sublima en estos instantes...

(*Ríen.*)

DUENDE 1.º El público está impaciente.

DUENDE 2.º Y tiene razón. ¿Vamos?

DUENDE 1.º Vamos. Ya siento un dulce fresquillo por mis espaldas.

DUENDE 2.º Cinco frías camelias de madrugada se han abierto en las paredes de la alcoba.
DUENDE 1.º Cinco balcones sobre la ciudad.

(Se levantan y se echan unas grandes capuchas azules.)

DUENDE 2.º Don Perlimplín. ¿Te hacemos un mal o un bien?
DUENDE 1.º Un bien... porque no es justo poner ante las miradas del público el infortunio de un hombre bueno.
DUENDE 2.º Es verdad, compadrillo: que no es lo mismo decir «yo he visto» que «se dice».
DUENDE 1.º Mañana lo sabrá toda la gente.
DUENDE 2.º Y es lo que deseamos.
DUENDE 1.º Comentario quiere decir mundo.
DUENDE 2.º Shiiit...

(Empiezan a sonar las flautas.)

DUENDE 1.º Shiiit...
DUENDE 2.º ¿Vámonos por el oscurillo ?
DUENDE 1.º Vámonos ya, compadrillo.
DUENDE 2.º ¿Ya?
DUENDE 1.º ¡Ya!

(Corren la cortina. Aparece don Perlimplín en la cama [con unos grandes cuernos de ciervo en la cabeza]. Belisa a su lado. Los cinco balcones del fondo están abiertos de par en par. Por ellos entra la luz blanca de la madrugada.)

PERLIMPLÍN. *(Despertando.)* Belisa, Belisa. ¡Contesta!
BELISA. *(Fingiendo que despierta.)* Perlimplinito. ¿Qué quieres?
PERLIMPLÍN. ¡Dime pronto!
BELISA. ¿Qué te voy a decir? ¡Yo quedé dormida mucho antes que tú!
PERLIMPLÍN. *(Se echa de la cama. Va vestido con casaca.)* ¿Por qué están los balcones abiertos?
BELISA. Porque esta noche ha corrido el aire como nunca.
PERLIMPLÍN. ¿Por qué tienen los balcones cinco escalas que llegan al suelo?
BELISA. Porque así es la costumbre en el país de mi madre.
PERLIMPLÍN. Y ¿de quiénes son aquellos cinco sombreros que veo debajo de los balcones?
BELISA. *(Saltando de la cama en espléndida toilette.)* De los borrachitos que van y vienen, Perlimplinillo, ¡amor!
PERLIMPLÍN. *(Mirándola y quedándose embobado.)* ¡Belisa! ¡Belisa! ¿Y por qué no? Todo lo explicas bien. Estoy conforme. ¿Por qué no ha de ser así?
BELISA. *(Mimosa.)* No soy mentirosilla.
PERLIMPLÍN. Y yo cada minuto te quiero más.
BELISA. Así me gusta.
PERLIMPLÍN. ¡Por primera vez en mi vida estoy contento! *(Se acerca y la abraza, pero en ese instante se retira bruscamente de ella.)* Belisa. ¿Quién te ha besado? ¡No mientas, que lo sé!
BELISA. *(Cogiéndose el pelo y echándolo por delante.)* ¡Ya lo creo que lo sabes! ¡Qué maridito tan bromista tengo! *(En voz baja.)* ¡Tú! ¡Tú me has besado!
PERLIMPLÍN. ¡Sí! Yo te he besado... ¿pero y si te hubiese besado alguien más...? Si te hubiese besado alguien más... ¿tú me quieres?
BELISA. *(Levantando un brazo desnudo.)* Sí, Perlimplín chiquitito.
PERLIMPLÍN. Entonces... ¿qué me importa?... *(Se dirige a ella y la abraza.)* ¿Eres Belisa?...
BELISA. *(Mimosa y en voz baja.)* ¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!
PERLIMPLÍN. ¡Casi me parece un sueño!
BELISA. *(Reaccionando.)* Mira, Perlimplín, cierra los balcones, que antes de nada se levantará la gente...

PERLIMPLÍN. ¿Para qué? Como los dos hemos dormido lo bastante veremos el amanecer...
¿No te gusta?

BELISA. Sí, pero... *(Se sienta en la cama.)*

PERLIMPLÍN. Nunca había visto la salida del sol... *(Belisa, rendida, cae sobre las almohadas.)* Es un espectáculo que... parece mentira... ¡me conmueve!... ¿Y a ti?, ¿no te gusta? *(Se dirige hacia el lecho.)* Belisa, ¿estás dormida?

BELISA. *(Entre sueños.)* Sí.

(Perlimplín, de puntillas, la cubre con un manto. Una luz intensa y dorada entra por los balcones. Bandadas de pájaros de papel los cruzan entre el sonido de las campanas matinales.

Perlimplín se ha sentado al borde de la cama.)

PERLIMPLÍN.

Amor, amor
que estoy herido.
Herido de amor huido,
herido,
muerto de amor.
Decid a todos que ha sido
el ruiseñor.
Bisturí de cuatro filos,
garganta rota y olvido.
Cógeme la mano, amor,
que vengo muy mal herido,
herido de amor huido,
¡herido!
¡Muerto de amor!

Telón

Cuadro tercero

Comedor de Perlimplín. Las perspectivas están equivocadas deliciosamente. La mesa con todos los objetos pintados como en una «Cena» primitiva.

PERLIMPLÍN. ¿Lo harás como te digo?

MARCOLFA. *(Llorando.)* Descuide el señor.

PERLIMPLÍN. Marcolfa, ¿por qué sigues llorando?

MARCOLFA. Por lo que sabe su merced. La noche de boda entraron cinco personas por los balcones. Cinco. Representantes de las cinco razas de la tierra. El europeo con su barba, el indio, el negro, el amarillo y el norteamericano. Y usted sin enterarse...

PERLIMPLÍN. Eso no tiene importancia...

MARCOLFA. Figúrese. Ayer la vi con otro.

PERLIMPLÍN. *(Intrigado.)* ¿Cómo?

MARCOLFA. Y no se ocultó de mí.

PERLIMPLÍN. Pero yo soy feliz, Marcolfa.

MARCOLFA. Me deja asombrada el señor.

PERLIMPLÍN. Feliz como no tienes idea. He aprendido muchas cosas y, sobre todo, puedo imaginarlas...

MARCOLFA. Mi señor la quiere demasiado.

PERLIMPLÍN. No tanto como ella merece.

MARCOLFA. Aquí llega.

PERLIMPLÍN. Vete.

(Se va Marcolfa y Perlimplín se oculta en un rincón. Entra Belisa.)

BELISA. Tampoco he conseguido verlo. En mi paseo por la alameda venían todos detrás menos él. Debe tener la piel morena y sus besos deben perfumar y escocer al mismo tiempo como el azafrán y el clavo. A veces pasa por debajo de mis balcones y mece su mano lentamente en un saludo que hace temblar mis pechos.

PERLIMPLÍN. ¡Ejem!

BELISA. *(Volviéndose.)* ¡Oh! ¡Qué susto me has dado!

PERLIMPLÍN. *(Acercándose cariñoso.)* Observo que hablas sola.

BELISA. *(Fastidiada.)* ¡Quita!

PERLIMPLÍN. ¿Quieres que demos un paseo?

BELISA. No.

PERLIMPLÍN. ¿Quieres que vayamos a la confitería?

BELISA. ¡He dicho que no!

PERLIMPLÍN. Perdona.

*(Una piedra en la que hay una carta arrollada cae por el balcón.
Perlimplín la recoge.)*

BELISA. *(Furiosa.)* ¡Dame!

PERLIMPLÍN. ¿Por qué?

BELISA. ¡Porque eso era para mí!

PERLIMPLÍN. *(Burlón.)* ¿Quién te lo ha dicho?

BELISA. ¡Perlimplín! ¡No la leas!

PERLIMPLÍN. *(Poniéndose fuerte en broma.)* ¿Qué quieres decir?

BELISA. *(Llorando.)* ¡Dame esa carta!

PERLIMPLÍN. *(Acercándose.)* ¡Pobre Belisa! Porque comprendo tu estado de ánimo te entrego este papel que tanto supone para ti... *(Belisa coge el papel y lo guarda en el pecho.)* Yo me doy cuenta de las cosas. Y aunque me hieren profundamente comprendo que vives un drama.

BELISA. *(Tierna.)* ¡Perlimplín!...

PERLIMPLÍN. Yo sé que tú me eres fiel y lo sigues siendo.

BELISA. *(Gachona.)* No conocí más hombre que mi Perlimplinillo.

PERLIMPLÍN. Por eso quiero ayudarte como debe hacer todo buen marido cuando su esposa es un dechado de virtud... Mira. *(Cierra las puertas y adopta un aire de misterio.)* ¡Yo lo sé todo!... Me di cuenta en seguida. Tú eres joven y yo soy viejo... ¡Qué le vamos a hacer!... pero lo comprendo perfectamente. *(Pausa. En voz baja.)* ¿Ha pasado hoy por aquí?

BELISA. Dos veces.

PERLIMPLÍN. ¿Y te ha hecho señas?

BELISA. Sí... pero de una manera un poco despectiva... ¡y eso me duele!

PERLIMPLÍN. No temas. Hace quince días vi a ese joven por vez primera. Te puedo decir con toda sinceridad que su belleza me deslumbró. Jamás he visto un hombre en que lo varonil y lo delicado se den de una manera más armónica. Sin saber por qué, pensé en ti.

BELISA. Yo no le he visto la cara... pero...

PERLIMPLÍN. No tengas miedo de hablarme... yo sé que tú le amas... Ahora te quiero como si fuera tu padre... ya estoy lejos de las tonterías... así es...

BELISA. Él me escribe cartas.

PERLIMPLÍN. Ya lo sé.

BELISA. Pero no se deja ver.

PERLIMPLÍN. Es raro.

BELISA. Y hasta parece... que me desprecia.

PERLIMPLÍN. ¡Qué inocente eres!

BELISA. Lo que no cabe duda es que me ama como yo deseo...

PERLIMPLÍN. *(Intrigado.)* ¿Dices?

BELISA. Las cartas de los otros hombres que yo he recibido... y que no he contestado porque tenía a mi maridito, me hablaban de países ideales, de sueños y de corazones heridos... pero estas cartas de él... mira...

PERLIMPLÍN. Habla sin miedo.

BELISA. Hablan de mí... de mi cuerpo...

PERLIMPLÍN. (*Acariciándole los cabellos.*) ¡De tu cuerpo!

BELISA. «¿Para qué quiero tu alma? -me dice-. El alma es el patrimonio de los débiles, de los héroes tullidos y las gentes enfermizas. Las almas hermosas están en los bordes de la muerte, reclinadas sobre cabelleras blanquísimas y manos macilentas. Belisa. ¡No es tu alma lo que yo deseo!, isino tu blanco y mórbido cuerpo estremecido! »

PERLIMPLÍN. ¿Quién será ese bello joven?

BELISA. Nadie lo sabe.

PERLIMPLÍN. ¿Nadie? (*Inquisitivo.*)

BELISA. Yo he preguntado a todas mis amigas.

PERLIMPLÍN. (*Misterioso y decidido.*) ¿Y si yo te dijera que lo conozco?

BELISA. ¿Es posible?

PERLIMPLÍN. (*Se levanta.*) Espera. (*Va al balcón.*) ¡Aquí está!

BELISA. (*Corriendo.*) ¿Sí?

PERLIMPLÍN. Acaba de volver la esquina.

BELISA. (*Sofocada.*) ¡Ay!

PERLIMPLÍN. Como soy un viejo quiero sacrificarme por ti. Esto que yo hago no lo hizo nadie jamás. Pero ya estoy fuera del mundo y de la moral ridícula de las gentes. Adiós.

BELISA. ¿Dónde vas?

PERLIMPLÍN. (*Grandioso, en la puerta.*) ¡Más tarde lo sabrás todo! ¡Más tarde!

Telón

Cuadro cuarto

Jardín de cipreses y naranjos. Al levantarse el telón aparecen Perlimplín y Marcolfa en el jardín.

MARCOLFA. ¿Es hora ya?

PERLIMPLÍN. No. Todavía no es hora.

MARCOLFA. ¿Pero qué ha pensado mi señor?

PERLIMPLÍN. Todo lo que no había pensado antes.

MARCOLFA. (*Llorando.*) ¡Yo tengo la culpa!

PERLIMPLÍN. ¡Oh!... ¡Si vieras qué agradecimiento guarda mi corazón hacia ti!

MARCOLFA. Antes todo estaba liso. Yo le llevaba por las mañanas el café con leche y las uvas.

PERLIMPLÍN. Sí... ¡las uvas!, las uvas, pero ¿y yo?... Me parece que han transcurrido cien años. Antes no podía pensar en las cosas extraordinarias que tiene el mundo... Me quedaba en las puertas... En cambio, ahora... El amor de Belisa me ha dado un tesoro precioso que yo ignoraba... ¿Ves? Ahora cierro los ojos y... veo lo que quiero... por ejemplo... a mi madre cuando la visitaron las hadas de los contornos... ¡Oh!... ¿tú sabes cómo son las hadas?... pequeñitas... ¡es admirable!, ¡pueden bailar sobre mi dedo meñique!

MARCOLFA. Sí, sí, las hadas, las hadas... pero ¿y lo otro?

PERLIMPLÍN. ¡Lo otro! ¡Ah! (*Con satisfacción.*) ¿Qué le dijiste a mi mujer?

MARCOLFA. Aunque no sirvo para estas cosas, le dije lo que me indicó el señor... que ese joven... vendría esta noche a las diez en punto al jardín, envuelto como siempre en su capa roja.

PERLIMPLÍN. ¿Y ella?...

MARCOLFA. Ella se puso encendida como un geranio, se llevó las manos al corazón y quedó besando apasionadamente sus hermosas trenzas de pelo.

PERLIMPLÍN. (*Entusiasmado.*) De manera que se puso encendida como un geranio... y ¿qué te dijo?

MARCOLFA. Suspiró nada más. ¡Pero de qué manera!

PERLIMPLÍN. ¡Oh sí!... ¡Como mujer alguna lo hizo! ¿Verdad?

MARCOLFA. Su amor debe rayar en la locura.

PERLIMPLÍN. (*Vibrante.*) ¡Eso es! Yo necesito que ella ame a ese joven más que a su propio cuerpo y ¡no hay duda de que lo ama!

MARCOLFA. (*Llorando.*) ¡Me da miedo de oírlo!... Pero, ¡cómo es posible! Don Perlimplín, ¿cómo es posible? ¡Que usted mismo fomente en su mujer el peor de los pecados!

PERLIMPLÍN. ¡Porque don Perlimplín no tiene honor y quiere divertirse! ¡Ya ves! Esta noche vendrá el nuevo y desconocido amante de mi señora Belisa. ¿Qué he de hacer sino cantar? (*Cantando.*) ¡Don Perlimplín no tiene honor! ¡No tiene honor!

MARCOLFA. Sepa mi señor que desde este momento me considero despedida de su servicio. Las criadas tenemos también vergüenza.

PERLIMPLÍN. ¡Oh, inocente Marcolfa!... Mañana estarás libre como el pájaro... Aguarda hasta mañana... Ahora vete y cumple con tu deber... ¿Harás lo que te dije?

MARCOLFA. (*Yéndose enjugando sus lágrimas.*) ¿Qué remedio me queda? ¡Qué remedio!

PERLIMPLÍN. ¡Bien! ¡Así me gusta!

(*Empieza a sonar una dulce serenata. Don Perlimplín se esconde detrás de unos rosales.*)

BELISA. (*Dentro, cantando.*)

Por las orillas del río
se está la noche mojando.

VOCES.

Se está la noche mojando.

BELISA.

Y en los pechos de Belisa
se mueren de amor los ramos.

VOCES.

Se mueren de amor los ramos.

PERLIMPLÍN. (*Recitando.*)

¡Se mueren de amor los ramos!

BELISA.

La noche canta desnuda
sobre los puentes de marzo.

VOCES.

Sobre los puentes de marzo.

BELISA.

Belisa lava su cuerpo
con agua salobre y nardos.

VOCES.

Con agua salobre y nardos.

PERLIMPLÍN.

¡Se mueren de amor los ramos!

BELISA.

La noche de anís y plata
relumbra por los tejados.

VOCES.

Relumbra por los tejados.

BELISA.

Plata de arroyos y espejos
y anís de tus muslos blancos.

VOCES.

Y anís de tus muslos blancos.

PERLIMPLÍN.

¡Se mueren de amor los ramos!

(Aparece Belisa por el jardín. Viene espléndidamente vestida. La luna ilumina la escena.)

BELISA. ¿Qué voces llenan de dulce armonía el aire de una sola pieza de la noche? He sentido tu calor y tu peso, delicioso joven de mi alma... ¡Oh!... las ramas se mueven. *(Aparece un Hombre envuelto en una capa roja y cruza el jardín cautelosamente.)* Chist... ¡Es aquí!, ¡aquí!... *(El Hombre indica con la mano que ahora vuelve.)* ¡Oh, sí... vuelve, amor mío! Jazminero flotante y sin raíces, el cielo caerá sobre mi espalda sudorosa... ¡Noche!... noche mía de menta y lapislázuli...

(Aparece Perlimplín.)

PERLIMPLÍN. *(Sorprendido.)* ¿Qué haces aquí?

BELISA. Paseaba.

PERLIMPLÍN. ¿Y nada más?

BELISA. En la clara noche.

PERLIMPLÍN. *(Enérgico.)* ¿Qué hacías aquí?

BELISA. *(Sorprendida.)* Pero ¿no lo sabías?

PERLIMPLÍN. Yo no sé nada.

BELISA. Tú me enviaste el recado.

PERLIMPLÍN. *(Concupiscente.)* Belisa..., ¿lo esperas aún?

BELISA. ¡Con más ardor que nunca!

PERLIMPLÍN. *(Fuerte.)* ¿Por qué?

BELISA. Porque lo quiero.

PERLIMPLÍN. ¡Pues vendrá!

BELISA. El olor de su carne le pasa a través de su ropa. Le quiero, Perlimplín, ¡le quiero!

¡Me parece que soy otra mujer!

PERLIMPLÍN. Ése es mi triunfo.

BELISA. ¿Qué triunfo?

PERLIMPLÍN. El triunfo de mi imaginación.

BELISA. Es verdad que me ayudaste a quererlo.

PERLIMPLÍN. Como ahora te ayudaré a llorarlo.

BELISA. *(Extrañada.)* Perlimplín, ¿qué dices?...

(El reloj da las diez. Canta el ruiseñor.)

PERLIMPLÍN. ¡Ya es la hora!

BELISA. Debe llegar en estos instantes.

PERLIMPLÍN. Salta las tapias de mi jardín.

BELISA. Envuelto en su capa roja.

PERLIMPLÍN. *(Sacando un puñal.)* Roja como su sangre...

BELISA. *(Sujetándole.)* ¿Qué vas a hacer?

PERLIMPLÍN. *(Abrazándola.)* Belisa, ¿le quieres?

BELISA. *(Con fuerza.)* ¡Sí!

PERLIMPLÍN. Pues en vista de que le amas tanto yo no quiero que te abandone. Y para que sea tuyo completamente se me ha ocurrido que lo mejor es clavarle este puñal en su corazón galante. ¿Te gusta?

BELISA. ¡Por Dios, Perlimplín!

PERLIMPLÍN. Ya muerto, lo podrás acariciar siempre en tu cama tan lindo y peripuesto sin que tengas el temor de que deje de amarte. Él te querrá con el amor infinito de los difuntos y yo quedaré libre de esta oscura pesadilla de tu cuerpo grandioso.

(Abrazándola.) Tu cuerpo... que nunca podría descifrar... *(Mirando al jardín.)* Míralo por dónde viene... Pero suelta, Belisa... ¡suelta! *(Sale corriendo.)*

BELISA. *(Desesperada.)* Marcolfa, bájame la espada del comedor que voy a atravesar la garganta de mi marido.

(A voces.)
Don Perlimplín
marido ruin,
como le mates
te mato a ti.

(Aparece entre las ramas un Hombre envuelto en una amplia y lujosa capa roja. Viene herido y vacilante.)

BELISA. ¡Amor!... ¿quién te ha herido en el pecho? *(El Hombre se oculta la cara con la capa. Ésta debe ser inmensa y cubrirle hasta los pies. Abrazándolo.)* ¿Quién abrió tus venas para que llenes de sangre mi jardín... ¡Amor! Déjame ver tu rostro por un instante siquiera... ¡Ay!, ¿quién te dio muerte?... ¿quién?

PERLIMPLÍN. *(Descubriéndose.)* Tu marido acaba de matarme con este puñal de esmeraldas. *(Enseña el puñal clavado en el pecho.)*

BELISA. *(Espantada.)* ¡Perlimplín!

PERLIMPLÍN. Él salió corriendo por el campo y no le verás más nunca. Me mató porque sabía que te amaba como nadie. Mientras me hería... gritó: ¡Belisa ya tiene un alma!... Acércate.

(Está tendido en el banco.)

BELISA. ¿Pero qué es esto?... ¡Y estás herido de verdad!

PERLIMPLÍN. Perlimplín me mató... ¡Ah, don Perlimplín! Viejo verde, monigote sin fuerzas, tú no podías gozar el cuerpo de Belisa... El cuerpo de Belisa era para músculos jóvenes y labios de ascuas... Yo en cambio amaba tu cuerpo nada más... ¡tu cuerpo!... pero me ha matado... con este ramo ardiente de piedras preciosas.

BELISA. ¿Qué has hecho?

PERLIMPLÍN. *(Moribundo.)* ¿Entiendes?... Yo soy mi alma y tú eres tu cuerpo... Déjame en este último instante, puesto que tanto me has querido, morir abrazado a él.

BELISA. *(Se acerca medio desnuda y lo abraza.)* Sí... ¿pero y el joven?... ¿Por qué me has engañado?

PERLIMPLÍN. ¿El joven?... *(Cierra los ojos.)*

(La escena adquiere luz mágica.)

MARCOLFA. *(Entrando.)* ¡Señora!

BELISA. *(Llorando.)* ¡Don Perlimplín ha muerto!

MARCOLFA. ¡Lo sabía! Ahora le amortajaremos con el rojo traje juvenil con que paseaba bajo sus mismos balcones.

BELISA. *(Llorando.)* ¡Nunca creí que fuese tan complicado!

MARCOLFA. Se dio cuenta demasiado tarde. Yo le haré una corona de flores como un sol de mediodía.

BELISA. *(Extrañada y en otro mundo.)* Perlimplín, ¿qué cosa has hecho, Perlimplín?

MARCOLFA. Belisa, ya eres otra mujer... Estás vestida por la sangre gloriosísima de mi señor.

BELISA. ¿Pero quién era este hombre? ¿Quién era?

MARCOLFA. El hermoso adolescente al que nunca verás el rostro.

BELISA. Sí, sí, Marcolfa, le quiero, le quiero con toda la fuerza de mi carne y de mi alma. Pero ¿dónde está el joven de la capa roja?... Dios mío. ¿Dónde está?

MARCOLFA. Don Perlimplín, duerme tranquilo... ¿La estás oyendo?... Don Perlimplín... ¿la estás oyendo?...

(Suenan campanas.)

Telón

Espantapájaros 1

Oliverio Girondo

No se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo; un cutis de durazno o de papel de lija. Le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amanezcan con un aliento afrodisíaco o con un aliento insecticida. Soy perfectamente capaz de soportarles una nariz que sacaría el primer premio en una exposición de zanahorias; ¡pero eso sí! y en esto soy irreductible no les perdono, bajo ningún pretexto, que no sepan volar. ¡Si no saben volar pierden el tiempo las que pretendan seducirme!

Esta fue y no otra la razón de que me enamorase, tan locamente, de María Luisa.

¿Qué me importaban sus labios por entregas y sus celos sulfurosos? ¿Qué me importaban sus extremidades de palmípedo y sus miradas de pronóstico reservado?

¡María Luisa era una verdadera pluma!

Desde el amanecer volaba del dormitorio a la cocina, volaba del comedor a la despensa. Volando me preparaba el baño, la camisa. Volando realizaba sus compras, sus quehaceres

¡Con que impaciencia yo esperaba que volviese, volando, de algún paseo por los alrededores! Allí lejos, perdido entre las nubes, un puntito rosado. "¡María Luisa! ¡María Luisa!"... y a los pocos segundos, ya me abrazaba con sus piernas de pluma, para llevarme, volando, a cualquier parte.

Durante kilómetros de silencio planeábamos una caricia que nos aproximaba al paraíso; durante horas enteras nos anidábamos en una nube, como dos ángeles, y de repente, en tirabuzón, en hoja muerta, el aterrizaje forzoso de un espasmo.

¡Qué delicia la de tener una mujer tan ligera..., aunque nos haga ver, de vez en cuando, las estrellas! ¡Qué voluptuosidad la de pasarse los días entre las nubes... la de pasarse las noches de un solo vuelo!

Después de conocer una mujer etérea, ¿puede brindarnos alguna clase de atractivos una mujer terrestre? ¿Verdad que no hay una diferencia sustancial entre vivir con una vaca o con una mujer que tenga las nalgas a setenta y ocho centímetros del suelo?

Yo, por lo menos, soy incapaz de comprender la seducción de una mujer pedestre, y por más empeño que ponga en concebirlo, no me es posible ni tan siquiera imaginar que pueda hacerse el amor más que volando

CUENTO DE HORROR

Lectura 12

Stine, R. L. *La hora de las pesadillas*. Ediciones B, Barcelona, 2000, 183 pp.



La gente a menudo me pregunta si creo en fantasmas y brujas. La respuesta es no. No obstante, hace muchos años conocí a una mujer que decía ser una bruja. Se llamaba Judith, y trabajaba en la misma oficina que yo.

Un día Phil, un chico que trabajaba en la oficina de al lado, cayó enfermo. Todo el mundo dijo que Judith le había echado un maleficio. Pobre Phil. El cabello se le puso blanco. Se le cayeron algunos dientes. Adelgazó hasta quedarse en los huesos. De pronto, un buen día se recuperó.

Judith aseguró que le había quitado el maleficio. Nunca creí que ella lo hubiese curado. En realidad no sabía qué creer. Pero pienso que a veces sería estupendo poseer poderes mágicos. Al menos esto es lo que piensa Samantha en este cuento. Samantha anhela ser una bruja... a toda costa.

ILUSTRACIONES DE BLEU TURRELL

Quiero ser como tú —le dije a la bruja. Ella enarcó sus espesas y negras cejas. El cabello negro, liso y largo le llegaba hasta los hombros. Ladeó la cabeza y me observó con ojos fríos y plateados.

Le devolví la mirada, sin pestañear, desafiándola. El mentón me temblaba un poco, pero por lo demás no moví un músculo.

Tuve que hacer acopio de valor para ir a casa de la bruja. La mayoría de los niños del barrio no se atreven a acercarse a ella, ni siquiera a subir por la colina sobre la que está situada.

Pero yo era muy valiente.

O, mejor dicho, estaba desesperada.

Quizá penséis que es un disparate ir a casa de una bruja, pero si conocierais mi vida, lo comprenderíais.

Ella representaba mi última esperanza.

Gemma Rogerson es una bruja de verdad, y todos los habitantes de Maywood Falls lo saben. Las personas acuden a Gemma en busca de ayuda cuando todo lo demás falla. Le piden que formule un encantamiento para mejorar sus vidas o para sacarlos de un apuro.

A veces incluso le piden que eche un maleficio sobre sus enemigos.

¡Gemma es muy poderosa!

Un día lanzó un maleficio sobre el señor Fraley, el dueño de la tienda de coches de segunda mano, porque se enteró de que éste vendía coches robados. El señor Fraley se pasó dos años hipando sin parar ¡y no vendió un solo coche!

No me lo he inventado. Lo dieron en las noticias.

También dieron en las noticias que Gemma había gastado una broma muy cruel al alcalde Kreniski. Durante una conferencia de prensa, le saltó de la nariz y las orejas un millón de moscas, y de sus ojos unos guanos largos y morados.

Gemma puede utilizar sus extraordinarios poderes para hacer el bien, y también para hacer el mal.

Pero a mí no me importaba. Necesitaba ayuda.

Así que allí me encontraba, de pie en su cocina, mirándola sin pestañear. El sol del atardecer penetraba a través de las ventanas cubiertas de polvo. La luz bañaba la estantería repleta de libros y los estantes llenos de tarros y frascos que contenían plumas, polvos, insectos y huesos diminutos.

Por fin Gemma se movió. Cuando atravesó la habitación, su vestido largo y arrugado crujó. Mientras se acercaba, observé su bello y blanquicino cutis. Sus ojos eran luminosos y perspicaces, sus labios suaves y carnosos. ¿Cuántos años tenía? Era difícil de precisar. Quizá treinta, o menos.

Gemma me apretó el brazo con su mano pálida y delicada.

—¿Tienes miedo? —preguntó con voz suave y aterciopelada.

—N-no —balbucí—. Creo que no.

Me apretó el brazo con más fuerza, hasta emblandecerme la piel.

—Pues deberías tenerlo —dijo.

Aguanté la respiración.

¿Había cometido un error al ir allí?

Por fin Gemma me soltó el brazo. Sus uñas negras relucieron cuando alzó la mano para apartarme un mechón de pelo lacio y castaño de la frente.

—¿Por qué quieres ser una bruja, Samantha? —preguntó sin sonreír.

—Porque soy muy desgraciada —respondí exhalando un prolongado suspiro.

Entonces se lo conté todo, incapaz de contenerme. Le dije que odiaba mi aspecto, mi barbilla puntiaguda, mi nariz respingona, mi pelo ralo, color de riza. Le dije que no tenía amigos, que los niños en la escuela se reían de mí porque soy fea y bizca.

Le enumeré los apodosos horribles que me habían puesto los niños y le confesé que ni siquiera les caía bien a los maestros; que todos me trataban con crueldad, que mis padres no me hacían el menor caso y se volcaban en Roddy, mi hermano menor.

Le conté muchas más cosas. Me costaba explicárselo, pero al mismo tiempo me sobrevino un gran alivio.

Confíaba en que ella se percataría de lo desgraciada que me sentía. Quizá Gemma comprendería por qué había dejado mi temor a un lado y había acudido a verla.

Mientras yo le relataba mi desdichada historia, Gemma mantenía fijos en mí sus ojos plateados, sin pestañear. El sol a ratos se disipaba y a ratos volvía a lucir, envolviéndonos en sombras o iluminándonos con su resplandor.

Oí el tictac de un reloj en la habitación contigua. Me detuve para recobrar el aliento. Miré las estanterías de la cocina, contemplando maravillada los misteriosos frascos que contenían alas de insectos y diversas partes de animales.

De pronto Gemma frunció el ceño.

—De modo que te sientes muy desgraciada —murmuró—. Pero ¿por qué has acudido a mí, Samantha? ¿Por qué quieres ser una bruja?

—¡Deseo... deseo tener poderes mágicos! —exclamé—. Quiero demostrar mi poder a los demás, vengarme de ellos por tratarme con crueldad, por burlarse de mí, por meterse siempre conmigo.

—¿Vengarte? —preguntó Gemma achicando los ojos—. ¿Deseas vengarte?

—¡No! ¡No sólo quiero vengarme! —repliqué alzando la voz debido a la emoción que me embargaba—. Mucha gente acude a ti en busca de ayuda. Te temen, pero te respetan. Yo también quiero que la gente me respete.

Respiraba de manera agitada. Por mis mejillas resbaban gruesos lagrimones.

Gemma movió la cabeza, apartándose la hermosa melena negra del hombro.

—¿Estás segura de querer ser como yo? —preguntó, examinándome con aquellos ojos tan intensos—. ¿Quieres que te conceda unos poderes mágicos?

Asentí con vehemencia, dejando que las lágrimas brotaran.

—Sí, sí. Te lo suplico. Hace tiempo que sueño con ello. Haré lo que sea con tal de conseguirlo.

—¿Lo que sea? —preguntó Gemma sin dejar de observarme. Luego me indicó que me sentara en un taburete de la cocina—. Puedo hacer lo que me pides, Samantha —dijo suavemente—, pero deberás pagar un elevado precio por ello.

—¿Un precio? —pregunté con voz entrecortada.

—Por supuesto —contestó Gemma cruzando los brazos sobre la pechera de su vestido negro—. Un precio muy alto. Quizá no estés dispuesta a pagarlo.

—Haré lo que sea —repetí—. No tengo dinero, pero...

—No quiero dinero, Samantha —me interrumpió Gemma—. El dinero no significa nada para mí. Si estás decidida a convertirme en una bruja, debes pagar un precio mucho más elevado que el dinero.

—¿Qué... qué debo hacer? —inquirí—. ¿Qué es lo que deseas?

—Tráeme a tu hermanito —respondió Gemma sin titubear.

—¿Qué? —pregunté horrorizada.

—Tu hermanito. Ése es el precio —insistió Gemma—. Tráemelo, y te convertiré en una bruja.

La miré con los ojos arrasados en lágrimas. Sentí un nudo en la garganta. Tenía el estómago revuelto debido a la tensión.

«¿Cómo voy a llevarle a mi hermanito? —pensé—. ¿Seré capaz de semejante cosa?»

Papá se hallaba en la sala de estar, leyendo el periódico. Ni siquiera alzó la vista cuando entré. Lo saludé, y él me respondió con un gruñido.

Mamá estaba en la cocina, cortándole los rabos a unas judías verdes.

—Hola —dije. Mi madre sabe que odio las judías verdes. Supongo que por eso las comemos cada noche.

—Siempre vas despeinada —comentó mamá—.

¿No puedes hacer algo con ese pelo?

—No... no lo sé —respondí.

—Si te arreglaras un poco casi parecerías guapa —aseveró mamá sin apartar la mirada de las judías.

—Gracias por el cumplido —repose.

Mi madre nunca me dice cosas agradables. Jamás.

—¿Dónde está Roddy? —pregunté.

—Acostado en su cuna. Durmiendo. No lo despiertes —dijo mi madre—. He tardado horas en dor-

mirlo. No entres en su habitación, Samantha. Siempre consigues asustarlo.

—No te preocupes —respondí.

Salí de la cocina y me dirigí directamente a la habitación de Roddy. Estaba dormido, arrebujado en su pijama amarillo de felpa. Era calvo y sonrosado, adorable a más no poder.

Apoyé las manos en el borde de la cuna y contemplé a mi hermanito. Sentí las manos frías y sudorosas y un vacío en el estómago.

«¿Seré capaz de hacerlo? —me pregunté—. ¿Seré capaz de raptar a mi hermanito y entregárselo a la bruja?»

Me incliné sobre él. Roddy abrió los ojos, alzó una manita rolliza y sonrosada y me agarró el pelo.

—¡Ay! —exclamé.

Me tiró del pelo con todas sus fuerzas.

—¡Suéltame! —dije intentando apartar la cabeza, pero Roddy se metió el mechón en la boca—. ¡Suéltame, Roddy! —repeñ. Entonces tomé su puño entre ambas manos y traté de obligarlo a abrirlo.

Mi hermano agarra todo lo que tiene a mano. Es un niño muy fuerte. Un día me asió la nariz y la apretó con tanta fuerza que la hizo sangrar.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —grité. Por fin lo gré forzado a abrir el puño y soltarle el pelo.

Roddy rompió a berrear a voz en cuello al tiempo que agitaba los puños enfurecido.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi madre entrando

precipitadamente en la habitación—. Te dije que no lo despertaras, Samantha.

—Pero... pero —titubeé—. ¡No es culpa mía! ¡Me agarró del pelo!

—Sal de aquí —me ordenó mamá, tomando al bebé en brazos—. Siempre lo asustas. ¡Sal de aquí!

Di media vuelta y salí corriendo.

Entré en mi habitación y me arrojé boca abajo en la cama.

De pronto decidí que lo haría. Llevaría a Roddy a Gemma.

Y punto.

Esperé hasta bien avanzada la noche. Mis padres se habían acostado. Roddy dormía.

Entré con sigilo en su habitación y me acerqué a la cuna. Roddy dormía con el pulgar en la boca, haciendo gorgoritos.

De pronto caí en la cuenta de que me estremecía de pies a cabeza.

—Lo siento, Roddy —musité—. Debo hacerlo. No tengo más remedio.

Alcé a mi hermanito en brazos y lo sostuve contra mi pecho. Tenía la piel suave y calentita. Oía muy bien. Continuó emitiendo gorgoritos, pero no se despertó.

Caminando de puntillas, procurando no hacer el menor ruido, salí al pasillo.

«¿Es posible que yo esté haciendo esto?», pensé sin dejar de temblar.

Tragué saliva. Sabía que si recapacitaba dejaría a Roddy en la cuna y asunto terminado.

De modo que eché a correr.

Atravesé el pasillo y la sala de estar y salí por la puerta principal.

Atravesé el jardín, crucé la calle y seguí adelante sin dejar de correr. Oí el murmullo del viento a través de los árboles. Era una noche sin luna ni estrellas. Por la calle no circulaban coches. Sosteniendo al niño contra mi pecho, corrí a través de la oscuridad. Subí la colina hasta llegar a la casa de Gemma.

No me detuve a llamar a la puerta, sino que irrumpí precipitadamente.

Hallé a Gemma en la cocina, de pie ante los fogones, preparando un té negro y espeso.

Me detuve en el umbral. Roddy dormía plácidamente en mis brazos.

Gemma se volvió hacia mí y me miró sorprendida.

«Pero ¿qué estoy haciendo? —pensé de nuevo—.

¿Seré capaz de entregarle a mi hermanito?»

Sí.

Hacía tanto tiempo que soñaba con cambiar mi vida...

—Toma —dije. Cerré los ojos y deposité a Roddy en brazos de Gemma.

Ella me miró boquiabierta. Sostenía al niño como si fuera un balón de rugby y se dispusiera a darle una patada. Me miró a mí y luego al bebé.

—De modo que estás decidida, Samantha —dijo por fin, sin poder disimular su asombro—. Es cierto que deseas convertirte en una bruja.

Asentí con la cabeza.

Roddy levantó sus bracitos y se desesperó sin abrir los ojos.

—¿Qué... qué piensas hacer con él? —pregunté a Gemma con voz temblorosa.

Gemma sonrió y acarició la barbilla de Roddy con el dedo.

—Necesito polvo de bebé —respondió—. Voy a triturar sus huesos.

—¡NO! —grité—. ¡No puedes hacer eso!

Gemma se echó a reír.

—Era una broma, Samantha —dijo.

—¿Qué vas a hacer con él? —insistí.

—Nada —contestó Gemma sentando al bebé sobre su huesudo hombro—. Era sólo una prueba, Samantha.

—¿Una prueba? —pregunté perpleja.

—Quería comprobar si hablabas en serio —me explicó—. Quería ver hasta dónde estabas dispuesta a llegar para alcanzar tu propósito.

—Pues ahora ya lo sabes —dije—. ¿Cumplirás lo prometido?

—Ven aquí —me indicó Gemma dirigiéndose hacia la mesa con el niño en brazos.

La seguí. Mi corazón latía con violencia y me temblaban las rodillas.

—Las he preparado esta tarde. —Gemma señaló dos cápsulas verdes que reposaban sobre la mesa—. Ingiere una y yo ingeriré la otra. Así intercambiaremos nuestros cuerpos.

—¿Qué? —pregunté atónita. Estaba tan aturdida que tuve que sujetarme al borde de la mesa para no caer redonda—. ¿Quieres que intercambiemos nuestros cuerpos?

Gemma asintió con la cabeza; su cabellera negra y lustrada le caía sobre los hombros.

—Penetrarás en mi cuerpo y te convertirás en la bruja Gemma, con todos mis poderes y conocimientos —dijo ésta sonriendo—. Y yo penetraré en tu cuerpo y me convertiré en Samantha, la niña de doce años. Intercambiaremos nuestros cuerpos y nuestras vidas.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. Eres muy hermosa y poderosa. ¿Por qué quieres ocupar mi lugar?

Gemma emitió un suspiro.

—Me siento muy sola aquí. Y estoy cansada de sortilegios y maleficios. Estoy aburrida. Me atrae la idea de comenzar de nuevo en un cuerpo nuevo, con una nueva familia.

Roddy abrió los ojos y miró alrededor. Gemma lo sentó sobre su otro hombro.

—Tranquilo —susurró con ternura al niño—. Calmate, pequenín. A partir de ahora serás mi hermanito.

Tragué saliva.

—¿Estás segura de que deseas vivir con mi familia? ¿De que quieres vivir mi vida?

Gemma me observó con frialdad.

—No me hagas perder tiempo, Samantha. Estás a punto de conseguir tu desco, lo que siempre has soñado. ¿Estás dispuesta a hacerlo? ¿Estás dispuesta a ingerir la cápsula y convertirte en mi?

Dudé por unos instantes. Miré a Roddy y las dos cápsulas verdes que reposaban sobre la mesa.

«Seré hermosa —me dije—. Poseré dotes mágicas y poder. La gente me respetará. Acudirá a mí en busca de ayuda. Me temerá...»

—Sí —afirmé—, lo haré, Gemma. Estoy dispuesta. Los ojos de Gemma centellearon de emoción.

—¡Excelente! —exclamó. A continuación tomó una de las cápsulas, se la llevó a la boca y tragó.

Respiré profundamente. Alargué una mano temblorosa para tomar la cápsula.

—¡Apresúrate, Samantha! ¡Vamos, vamos! —me apremió la bruja.

Sin embargo, antes de que yo alcanzara a tomar la cápsula, Roddy se apoderó de ella.

—¡No! —exclamamos Gemma y yo a la vez. Roddy ingirió la cápsula.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritamos las dos.

Contemplé horrorizada a mi hermanito. Al cabo de unos segundos Gemma y él habían intercambiado sus cuerpos.

Roddy, convertido en bruja, permanecía de pie junto a la mesa de la cocina, con el vestido negro de Gemma.

Sostenía al niño en brazos. Gemma no cesaba de revolverse ni de agitar sus puños en el aire. Se había convertido en el bebé, en brazos de Roddy la bruja. Yo no había cambiado. Continuaba siendo Samantha.

—¡Te juro que me vengaré de ti! —me gritó la bruja, furiosa.

Bajé la vista y miré al niño, rojo de ira.

—¡Os juro que me vengaré de los dos! —chilló.

PARA LOS QUE LLEGAN A LAS FIESTAS

Rubén Bonifaz Nuño

Para los que llegan a las fiestas
ávidos de tiernas compañías,
y encuentran parejas impenetrables
y hermosas muchachas solas que dan miedo
—pues uno no sabe bailar, y es triste—;
los que se arrinconan con un vaso
de aguardiente oscuro y melancólico,
y odian hasta el fondo su miseria,
la envidia que sienten, los deseos;

para los que saben con amargura
que de la mujer que quieren les queda
nada más que un clavo fijo en la espalda
y algo tenue y acre, como el aroma
que guarda el revés de un guante olvidado;

para los que fueron invitados
una vez; aquéllos que se pusieron
el menos gastado de sus dos trajes
y fueron puntuales; y en una puerta
ya mucho después de entrados todos
supieron que no se cumpliría
la cita, y volvieron despreciándose;

para los que miran desde afuera,
de noche, las casas iluminadas,
y a veces quisieran estar adentro:
compartir con alguien mesa y cobijas
vivir con hijos dichosos;
y luego comprenden que es necesario
hacer otras cosas, y que vale
mucho más sufrir que ser vencido;

para los que quieren mover el mundo
con su corazón solitario,
los que por las calles se fatigan
caminando, claros de pensamientos;
para los que pisan sus fracasos y siguen;
para los que sufren a conciencia,
porque no serán consolados
los que no tendrán, los que no pueden escucharme;
para los que están armados, escribo.

UN PACTO CON EL DIABLO

Juan José Arreola

Aunque me di prisa y llegué al cine corriendo, la película había comenzado. En el salón oscuro traté de encontrar un sitio. Quedé junto a un hombre de aspecto distinguido.

—Perdone usted —le dije—, ¿no podría contarme brevemente lo que ha ocurrido en la pantalla?

—Sí. Daniel Brown, a quien ve usted allí, ha hecho un pacto con el diablo.

—Gracias. Ahora quiero saber las condiciones del pacto: ¿podría explicármelas?

—Con mucho gusto. El diablo se compromete a proporcionar la riqueza a Daniel Brown durante siete años. Naturalmente, a cambio de su alma.

—¿Siete nomás?

—El contrato puede renovarse. No hace mucho, Daniel Brown lo firmó con un poco de sangre.

Yo podía completar con estos datos el argumento de la película. Eran suficientes, pero quise saber algo más. El complaciente desconocido parecía ser hombre de criterio. En tanto que Daniel Brown se embolsaba una buena cantidad de monedas de oro, pregunté:

—En su concepto, ¿quién de los dos se ha comprometido más?

—El diablo.

—¿Cómo es eso? —repliqué sorprendido.

—El alma de Daniel Brown, créame usted, no valía gran cosa en el momento en que la cedió.

—Entonces el diablo...

—Va a salir muy perjudicado en el negocio, porque Daniel se manifiesta muy deseoso de dinero, mírelo usted.

Efectivamente, Brown gastaba el dinero a puñados. Su alma de campesino se desquiciaba. Con ojos de reproche, mi vecino añadió:

—Ya llegarás al séptimo año, ya.

Tuve un estremecimiento. Daniel Brown me inspiraba simpatía. No pude menos de preguntar:

—Usted, perdóneme, ¿no se ha encontrado pobre alguna vez?

El perfil de mi vecino, esfumado en la oscuridad, sonrió débilmente. Apartó los ojos de la pantalla donde ya Daniel Brown comenzaba a sentir remordimientos y dijo sin mirarme:

—Ignoro en qué consiste la pobreza, ¿sabe usted?

—Siendo así...

—En cambio, sé muy bien lo que puede hacerse en siete años de riqueza.

Hice un esfuerzo para comprender lo que serían esos años, y vi la imagen de Paulina, sonriente, con un traje nuevo y rodeada de cosas hermosas. Esta imagen dio origen a otros pensamientos:

—Usted acaba de decirme que el alma de Daniel Brown no valía nada: ¿cómo, pues, el diablo le ha dado tanto? —El alma de ese pobre muchacho puede mejorar, los remordimientos pueden hacerla crecer —contestó filosóficamente mi vecino, agregando luego con malicia—: entonces el diablo no habrá perdido su tiempo.

—¿Y si Daniel se arrepiente?...

Mi interlocutor pareció disgustado por la piedad que yo manifestaba. Hizo un movimiento como para hablar, pero solamente salió de su boca un pequeño sonido gutural. Yo insistí:

—Porque Daniel Brown podría arrepentirse, y entonces...

—No sería la primera vez que al diablo le salieran mal estas cosas. Algunos se le han ido ya de las manos a pesar del contrato.

—Realmente es muy poco honrado —dije, sin darme cuenta.

—¿Qué dice usted?

—Si el diablo cumple, con mayor razón debe el hombre cumplir —añadí como para explicarme.

—Por ejemplo... —y mi vecino hizo una pausa llena de interés.

—Aquí está Daniel Brown —contesté—. Adora a su mujer. Mire usted la casa que le compró. Por amor ha dado su alma y debe cumplir.

A mi compañero le desconcertaron mucho estas razones.

—Perdóneme —dijo—, hace un instante usted estaba de parte de Daniel.

—Y sigo de su parte. Pero debe cumplir.

—Usted, ¿cumpliría?

No pude responder. En la pantalla, Daniel Brown se hallaba sombrío. La opulencia no bastaba para hacerle olvidar su vida sencilla de campesino. Su casa era grande y lujosa, pero extrañamente triste. A su mujer le sentaban mal las galas y las alhajas. ¡Parecía tan cambiada!

Los años transcurrían veloces y las monedas saltaban rápidas de las manos de Daniel, como antaño la semilla. Pero tras él, en lugar de plantas, crecían tristezas, remordimientos.

Hice un esfuerzo y dije:

—Daniel debe cumplir. Yo también cumpliría. Nada existe peor que la pobreza. Se ha sacrificado por su mujer, lo demás no importa.

—Dice usted bien. Usted comprende porque también tiene mujer, ¿no es cierto?

—Daría cualquier cosa porque nada le faltase a Paulina.

—¿Su alma?

Hablábamos en voz baja. Sin embargo, las personas que nos rodeaban parecían molestas. Varias veces nos habían pedido que calláramos. Mi amigo, que parecía vivamente interesado en la conversación, me dijo:

—¿No quiere usted que salgamos a uno de los pasillos? Podremos ver más tarde la película.

No pude rehusar y salimos. Miré por última vez a la pantalla: Daniel Brown confesaba llorando a su mujer el pacto que había hecho con el diablo.

Yo seguía pensando en Paulina, en la desesperante estrechez en que vivíamos, en la pobreza que ella soportaba dulcemente y que me hacía sufrir

mucho más. Decididamente, no comprendía yo a Daniel Brown, que lloraba con los bolsillos repletos.

—Usted, ¿es pobre?

Habíamos atravesado el salón y entrábamos en un angosto pasillo, oscuro y con un leve olor de humedad. Al trasponer la cortina gastada, mi acompañante volvió a preguntarme:

—Usted, ¿es muy pobre?

—En este día —le contesté—, las entradas al cine cuestan más baratas que de ordinario y, sin embargo, si supiera usted qué lucha para decidirme a gastar ese dinero. Paulina se ha empeñado en que viniera; precisamente por discutir con ella llegué tarde al cine.

—Entonces, un hombre que resuelve sus problemas tal como lo hizo Daniel, ¿qué concepto le merece?

—Es cosa de pensarlo. Mis asuntos marchan muy mal. Las personas ya no se cuidan de vestirse. Van de cualquier modo. Reparán sus trajes, los limpian, los arreglan una y otra vez. Paulina misma sabe entenderse muy bien. Hace combinaciones y añadidos, se improvisa trajes; lo cierto es que desde hace mucho tiempo no tiene un vestido nuevo.

—Le prometo hacerme su cliente —dijo mi interlocutor, compadecido—; en esta semana le encargaré un par de trajes.

—Gracias. Tenía razón Paulina al pedirme que viniera al cine; cuando sepa esto va a ponerse contenta.

—Podría hacer algo más por usted —añadió el nuevo cliente—; por ejemplo, me gustaría proponerle un negocio, hacerle una compra...

—Perdón —contesté con rapidez—, no tenemos ya nada para vender: lo último, unos aretes de Paulina...

—Piense usted bien, hay algo que quizás olvida...

Hice como que meditaba un poco. Hubo una pausa que mi benefactor interrumpió con voz extraña:

—Reflexione usted. Mire, allí tiene usted a Daniel Brown. Poco antes de que usted llegara, no tenía nada para vender, y, sin embargo...

Noté, de pronto, que el rostro de aquel hombre se hacía más agudo. La luz roja de un letrero puesto en la pared daba a sus ojos un fulgor extraño, como fuego. Él advirtió mi turbación y dijo con voz clara y distinta:

—A estas alturas, señor mío, resulta por demás una presentación. Estoy completamente a sus órdenes.

Hice instintivamente la señal de la cruz con mi mano derecha, pero sin sacarla del bolsillo. Esto pareció quitar al signo su virtud, porque el diablo, componiendo el nudo de su corbata, dijo con toda calma:

—Aquí, en la cartera, llevo un documento que...

Yo estaba perplejo. Volvía a ver a Paulina de pie en el umbral de la casa, con su traje gracioso y desteñido, en la actitud en que se hallaba cuando salí: el rostro inclinado y sonriente, las manos ocultas en los pequeños bolsillos de su delantal. Pensé que nuestra fortuna estaba en mis manos. Esta noche apenas si teníamos algo para comer. Mañana habría manjares sobre la mesa. Y también vestidos y joyas, y una casa grande y hermosa. ¿El alma?

Mientras me hallaba sumido en tales pensamientos, el diablo había sacado un pliego crujiente y en una de sus manos brillaba una aguja.

"Daría cualquier cosa porque nada te faltara." Esto lo había dicho yo muchas veces a mi mujer. Cualquier cosa. ¿El alma? Ahora estaba frente a mí el que podía hacer efectivas mis palabras. Pero yo seguía meditando. Dudaba. Sentía una especie de vértigo. Bruscamente, me decidí:

—Trato hecho. Sólo pongo una condición.

El diablo, que ya trataba de pinchar mi brazo con su aguja, pareció desconcertado:

—¿Qué condición?

—Me gustaría ver el final de la película —contesté.

—¡Pero qué le importa a usted lo que ocurra a ese imbécil de Daniel Brown! Además, eso es un cuento. Déjelo usted y firme, el documento está en regla, sólo hace falta su firma, aquí sobre esta raya.

La voz del diablo era insinuante, ladina, como un sonido de monedas de oro. Añadió:

—Si usted gusta, puedo hacerle ahora mismo un anticipo.

Parecía un comerciante astuto. Yo repuse con energía:

—Necesito ver el final de la película. Después firmaré.

—¿Me da usted su palabra?

—Sí.

Entramos de nuevo en el salón. Yo no veía en absoluto, pero mi guía supo hallar fácilmente dos asientos.

En la pantalla, es decir, en la vida de Daniel Brown, se había operado un cambio sorprendente, debido a no sé qué misteriosas circunstancias.

Una casa campesina, destartalada y pobre. La mujer de Brown estaba junto al fuego, preparando la comida. Era el crepúsculo y Daniel volvía del campo con la azada al hombro. Sudoroso, fatigado, con su burdo traje lleno de polvo, parecía, sin embargo, dichoso.

Apoyado en la azada, permaneció junto a la puerta. Su mujer se le acercó, sonriendo. Los dos contemplaron el día que se acababa dulcemente, prometiendo la paz y el descanso de la noche. Daniel miró con ternura a su esposa, y recorriendo luego con los ojos la limpia pobreza de la casa, preguntó:

—Pero, ¿no echas tú de menos nuestra pasada riqueza? ¿Es que no te hacen falta todas las cosas que teníamos?

La mujer respondió lentamente:

—Tu alma vale más que todo eso, Daniel...

El rostro del campesino se fue iluminando, su sonrisa parecía extenderse, llenar toda la casa, salir del paisaje. Una música surgió de esa sonrisa y parecía disolver poco a poco las imágenes. Entonces, de la casa dichosa y pobre de Daniel Brown brotaron tres letras blancas que fueron creciendo, creciendo, hasta llenar toda la pantalla.

Sin saber cómo, me hallé de pronto en medio del tumulto que salía de la sala, empujando, atropellando, abriéndome paso con violencia. Alguien me cogió de un brazo y trató de sujetarme. Con gran energía me solté, y pronto salí a la calle.

Era de noche. Me puse a caminar de prisa, cada vez más de prisa, hasta que acabé por echar a correr. No volví la cabeza ni me detuve hasta que llegué a mi casa. Entré lo más tranquilamente que pude y cerré la puerta con cuidado.

Paulina me esperaba.

Echándome los brazos al cuello, me dijo:

—Pareces agitado.

—No, nada, es que...

—¿No te ha gustado la película?

—Sí, pero...

Yo me hallaba turbado. Me llevé las manos a los ojos. Paulina se quedó mirándome, y luego, sin poderse contener, comenzó a reír, a reír alegremente de mí, que deslumbrado y confuso me había quedado sin saber qué decir. En medio de su risa, exclamó con festivo reproche:

—¿Es posible que te hayas dormido?

Estas palabras me tranquilizaron. Me señalaron un rumbo. Como avergonzado, contesté:

—Es verdad, me he dormido.

Y luego, en son de disculpa, añadí:

—Tuve un sueño, y voy a contártelo.

Cuando acabé mi relato, Paulina me dijo que era la mejor película que yo podía haberle contado. Parecía contenta y se rió mucho.

Sin embargo, cuando yo me acostaba, pude ver cómo ella, sigilosamente, trazaba con un poco de ceniza la señal de la cruz sobre el umbral de nuestra casa.

Cuerpo encarcelado

Vicente Quirarte

Cuando te verdaderamente beso toda, cuando dejo de pensar estos son dientes, lengua tibia, tu saliva, lentamente me entero de tu historia; y algo que no sabes tuyo me trasmina, desencadena mareas inaudibles, como si mi cuerpo tendido en la arena fuera bahía que recibe el mar de la resaca. Ese beso llega de sorpresa, sin que podamos conjurarlo ni detenerlo a tiempo y todo le es propicio: el marco de una puerta (mejor si hace frío y las bocas son locomotoras que llegan a la estación bajo la lluvia), la acompañada intimidad de un parque, el intermedio entre los trastos o la alcoba, campo donde los sueños se consuman. Pero si el beso ocurre en una cama, las sábanas combaten, como si ellas quisieran mutuamente enterarse de su último pliegue, de aquel rincón antes dormido que despierta, violento, ante la nueva caricia. Porque esos besos son como el milagro que nos deja vivir los otros días en que nada parece rescatable. Y los milagros ocurren, para gracia de todos los mortales, de cuando en cuando y sólo si son absolutamente necesarios.

De *Bahía Magdalena* (1984)

El gato negro**Edgar Allan Poe**

No espero ni pido que nadie crea el extraño, aunque simple relato que voy a escribir. Estaría completamente loco si lo esperase, pues mis sentidos rechazan su evidencia. Pero no estoy loco, y sé perfectamente que esto no es un sueño. Mañana voy a morir, y quiero de alguna forma aliviar mi alma. Mi intención inmediata consiste en poner de manifiesto simple y llanamente y sin comentarios una serie de episodios domésticos. Las consecuencias de estos episodios me han aterrorizado, me han torturado y, por fin, me han destruido.

Pero no voy a explicarlos. Si para mí han sido horribles, para otros resultarán menos espantosos que barrocos. En el futuro, quizá aparezca alguien cuya inteligencia reduzca mis fantasmas a lugares comunes, una inteligencia más tranquila, más lógica y mucho menos excitable que la mía, capaz de ver en las circunstancias que voy a describir con miedo una simple sucesión de causas y efectos naturales.

Desde la infancia sobresalí por docilidad y bondad de carácter. La ternura de corazón era tan grande que llegué a convertirme en objeto de burla para mis compañeros. Me gustaban, de forma singular, los animales, y mis padres me permitían tener una variedad muy amplia.

Pasaba la mayor parte de mi tiempo con ellos y nunca me sentía tan feliz como cuando les daba de comer y los acariciaba. Este rasgo de mi carácter crecía conmigo y, cuando llegué a la madurez, me proporcionó uno de los mayores placeres. Quienes han sentido alguna vez afecto por un perro fiel y sagaz no necesitan que me moleste en explicarles la naturaleza o la intensidad de la satisfacción que se recibe. Hay algo en el generoso y abnegado amor de un animal que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha probado la falsa amistad y frágil fidelidad del hombre.

Me casé joven y tuve la alegría de que mi mujer compartiera mis preferencias. Cuando advirtió que me gustaban los animales domésticos, no perdía ocasión para proporcionarme los más agradables. Teníamos pájaros, peces de colores, un hermoso perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Este último era un hermoso animal, bastante grande, completamente negro y de una sagacidad asombrosa. Cuando se refería a su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era bastante supersticiosa, aludía con frecuencia a la antigua creencia popular de que todos los gatos negros eran brujas disfrazadas. No quiero decir que lo creyera en serio, y sólo menciono el asunto porque acabo de recordarla.

Plutón -pues así se llamaba el gato- era mi favorito y mi camarada. Sólo yo le daba de comer, y él en casa me seguía por todas partes. Incluso me resultaba difícil impedirle que siguiera mis pasos por la calle.

Nuestra amistad duró varios años, en el transcurso de los cuales mi temperamento y mi carácter, por causa del demonio Intemperancia (y me pongo rojo al confesarlo), se habían alterado radicalmente. Día a día me fui volviendo más irritable, malhumorado e indiferente hacia los sentimientos ajenos. Llegué, incluso, a usar palabras duras con mi

mujer, y terminé recurriendo a la violencia física. Por supuesto, mis favoritos sintieron también el cambio de mi carácter.

No sólo los descuidaba, sino que llegué a hacerles daño. Sin embargo, hacia Plutón sentía el suficiente respeto como para abstenerme de maltratarlo, cosa que hacía con los conejos, el mono y hasta el perro, cuando, por casualidad o por afecto, se cruzaban en mi camino. Pero mi enfermedad empeoraba- pues, ¿qué enfermedad se puede comparar con el alcohol? -, y al fin incluso Plutón, que ya empezaba a ser viejo y, por tanto, irritable, empezó a sufrir las consecuencias de mi mal humor.

Una noche en que volvía a casa completamente borracho, después de una de mis correrías por el centro de la ciudad, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo agarré y, asustado por mi violencia, me mordió ligeramente en la mano. Al instante se apoderó de mí una furia de diablos y ya no supe lo que hacía. Fue como si la raíz de mi alma se separaba de un golpe del cuerpo; y una maldad más que diabólica, alimentada por la ginebra, estremeció cada fibra de mi ser. Saqué del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí mientras seguía sujetando al pobre animal por el pescuezo y deliberadamente le saqué un ojo.

Me pongo más rojo que un tomate, siento vergüenza, tiemblo mientras escribo tan reprochable atrocidad.

Cuando me volvió la razón con la mañana, cuando el sueño hubo disipado los vapores de la orgía nocturna, sentí que el horror se mezclaba con el remordimiento ante el crimen del que era culpable, pero sólo era un sentimiento débil y equívoco, y no llegó a tocar mi alma. Otra vez me hundí en los excesos y pronto ahogué en vino los recuerdos de lo sucedido.

El gato mientras tanto mejoraba lentamente. La cuenca del ojo perdido presentaba un horrible aspecto, pero el animal parecía que ya no sufría. Se paseaba, como de costumbre, por la casa; aunque, como se puede imaginar, huía aterrorizado al verme. Me quedaba bastante de mi antigua forma de ser para sentirme agraviado por la evidente antipatía de un animal que una vez me había querido tanto. Pero ese sentimiento pronto cedió paso a la irritación. Y entonces se presentó, para mi derrota final e irrevocable, el espíritu de la PERVERSIDAD. La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu. Sin embargo, estoy tan seguro de que mi alma existe como de que la perversidad es uno de los impulsos primordiales del corazón humano... una de las facultades primarias indivisibles, uno de los sentimientos que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en los momentos en que cometía una acción estúpida o malvada por la simple razón de que *no debía* cometerla? ¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que nos enfrenta con el sentido común, a transgredir lo que constituye *la Ley* por el simple hecho de serlo (existir)? Este espíritu de perversidad se presentó, como he dicho, en mi caída final. Y ese insondable anhelo que tenía el alma de vejarse a sí misma, de violentar su naturaleza, de hacer el mal por el mal mismo, me empujó a continuar y finalmente a consumir el suplicio que había infligido al inocente animal.

Una mañana, a sangre fría, le pasé un lazo por el pescuezo y lo ahorqué en la rama de un árbol, lo ahorqué mientras las lágrimas me brotaban de los ojos y el más amargo remordimiento me retorció el corazón; lo ahorqué *porque* recordaba que me había querido y *porque* estaba seguro de que no me había dado motivos para matarlo; lo ahorqué *porque* sabía que, al hacerlo, cometía un pecado, un pecado mortal que pondría en peligro mi alma

hasta llevarla- si esto fuera posible- más allá del alcance de la infinita misericordia del dios más misericordioso y más terrible.

La noche del día en que cometí ese acto cruel me despertaron gritos de «¡Fuego!» La ropa de mi cama era una llama, y toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad pudimos escapar del incendio mi mujer, un criado y yo. Todo quedó destruido. Mis bienes terrenales se perdieron y desde ese momento no me quedó más remedio que resignarme.

No caeré en la debilidad de establecer una relación de causa y efecto entre el desastre y la acción criminal que cometí. Simplemente me limito a detallar una cadena de hechos, y no quiero dejar suelto ningún eslabón. Al día siguiente del incendio visité las ruinas. Todas las paredes, salvo una, se habían desplomado. La que quedaba en pie era un tabique divisorio, de poco espesor, situado en el centro de la casa, y contra el cual antes se apoyaba la cabecera de mi cama. El yeso del tabique había aguantado la acción del fuego, algo que atribuí a su reciente aplicación. Una apretada muchedumbre se había reunido alrededor de esta pared y varias personas parecían examinar parte de la misma atenta y minuciosamente. Las palabras «¡extraño!, ¡curioso!» y otras parecidas despertaron mi curiosidad. Al acercarme más vi que en la blanca superficie, grabada en bajorrelieve, aparecía la figura de un gigantesco gato. El contorno tenía una nitidez verdaderamente extraordinaria. Había una cuerda alrededor del pescuezo del animal.

Al descubrir esta aparición- ya que no podía considerarla otra cosa- el asombro y el terror me dominaron. Pero la reflexión vino en mi ayuda. Recordé que había ahorcado al gato en un jardín colindante con la casa. Cuando se produjo la alarma del incendio, la gente invadió inmediatamente el jardín: alguien debió cortar la soga y tirar al gato en mi habitación por la ventana abierta. Sin duda habían tratado así de despertarse.

Probablemente la caída de las paredes comprimió a la víctima de mi crueldad contra el yeso recién encalado, cuya cal, junto con la acción de las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen que ahora veía.

Aunque, con estas explicaciones, quedó satisfecha mi razón, pero no mi conciencia, sobre el asombroso hecho que acabo de describir, lo ocurrido impresionó profundamente mi imaginación. Durante meses no pude librarme del fantasma del gato, y en todo ese tiempo dominó mi espíritu un sentimiento informe, que se parecía, sin serlo, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del gato y a buscar, en los sucios antros que habitualmente frecuentaba, otro animal de la misma especie y de apariencia parecida, que pudiera ocupar su lugar.

Una noche, medio borracho, me encontraba en una taberna pestilente, y me llamó la atención algo negro posado en uno de los grandes toneles de ginebra, que constituían el principal mobiliario del lugar. Durante unos minutos había estado mirando fijamente ese tonel y me sorprendió no haber advertido antes la presencia de la mancha negra de encima. Me acerqué a él y lo toqué con la mano. Era un gato negro, un gato muy grande, tan grande como Plutón y exactamente igual a éste, salvo en un detalle. Plutón no tenía ni un pelo blanco en el cuerpo, mientras este gato mostraba una mancha blanca, tan grande como indefinida, que le cubría casi todo el pecho. Al acariciarlo, se levantó en seguida, empezó a ronronear con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció encantado de mis cuitas. Había encontrado al animal que estaba buscando.

Inmediatamente propuse comprárselo al tabernero, pero me contestó que no era suyo, y que no lo había visto nunca antes ni sabía nada del gato.

Seguí acariciando al gato y, cuando iba a irme a casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Le permití que lo hiciera, parándome una y otra vez para agacharme y acariciarlo. Cuando estuvo en casa, se acostumbró en seguida y pronto se convirtió en el gran favorito de mi mujer.

Por mi parte, pronto sentí que nacía en mí una antipatía hacia el animal. Era exactamente lo contrario de lo que yo había esperado, pero- sin que pueda justificar cómo ni por qué- su evidente afecto por mí me disgustaba y me irritaba. Lentamente tales sentimientos de disgusto y molestia se transformaron en la amargura del odio. Procuraba no encontrarme con el animal; un resto de vergüenza y el recuerdo de mi acto de crueldad me frenaban de maltratarlo.

Durante algunas semanas no le pegué ni fue la víctima de mi violencia; pero gradualmente, muy gradualmente, llegué a sentir una inexpresable repugnancia por él y a huir en silencio de su odiosa presencia, como si fuera un brote de peste.

Lo que probablemente contribuyó a aumentar mi odio hacia el animal fue descubrir, a la mañana siguiente de haberlo traído a casa, que aquel gato, igual que Plutón, no tenía un ojo. Sin embargo, fue precisamente esta circunstancia la que le hizo más agradable a los ojos de mi mujer, quien, como ya dije, poseía en alto grado esos sentimientos humanitarios que una vez fueron mi rasgo distintivo y la fuente de mis placeres más simples y puros.

El cariño del gato hacia mí parecía aumentar en la misma proporción que mi aversión hacia él. Seguía mis pasos con una testarudez que me resultaría difícil hacer comprender al lector.

Dondequiera que me sentara venía a agazaparse bajo mi silla o saltaba a mis rodillas, cubriéndome con sus repugnantes caricias. Si me ponía a pasear, se metía entre mis pies y así, casi, me hacía caer, o clavaba sus largas y afiladas garras en mi ropa y de esa forma trepaba hasta mi pecho. En esos momentos, aunque deseaba hacerlo desaparecer de un golpe, me sentía completamente paralizado por el recuerdo de mi crimen anterior, pero, sobre todo- y quiero confesarlo aquí- por un terrible temor al animal. Aquel temor no era exactamente miedo a un mal físico, y, sin embargo, no sabría definirlo de otra manera. Me siento casi avergonzado de admitir- sí, aun en esta celda de criminales me siento casi avergonzado de admitir que el terror, el horror que me causaba aquel animal, era alimentado por una de las más insensatas quimeras que fuera posible concebir. Más de una vez mi mujer me había llamado la atención sobre la forma de la mancha de pelo blanco, de la cual ya he hablado, y que constituía la única diferencia entre este extraño animal y el que yo había matado. El lector recordará que esta mancha, aunque era grande, había sido al principio muy indefinida, pero, gradualmente, de forma casi imperceptible mi razón tuvo que luchar durante largo tiempo para rechazarla como imaginaria, la mancha iba adquiriendo una rigurosa nitidez en sus contornos. Ahora ya representaba algo que me hace temblar cuando lo nombro- y por eso odiaba, temía y me habría librado del monstruo *si me hubiese atrevido a hacerlo*; representaba, digo, la imagen de una cosa atroz, siniestra... ¡la imagen del PATÍBULO! ¡Oh lúgubre y terrible máquina del horror y del crimen, de la agonía y de la muerte!

Y entonces me sentí más miserable que todas las miserias del mundo juntas. ¡Pensar que una *bestia*, cuyo semejante yo había destruido desdeñosamente, una *bestia* era capaz de producir esa angustia tan insoportable sobre mí, un hombre creado a imagen y semejanza de Dios! ¡Ay, ni de día ni de noche pude ya gozar de la bendición del descanso!

De día, ese animal no me dejaba ni un instante solo; y de noche, me despertaba sobresaltado por sueños horribles sintiendo el ardiente aliento de *aquella cosa* en mi rostro y su enorme peso encarnada pesadilla que no podía quitarme de encima- apoyado eternamente sobre *mi corazón*.

Bajo la opresión de estos tormentos, sucumbió todo lo poco que me quedaba de bueno. Sólo los malos pensamientos disfrutaban de mi intimidad; los más retorcidos, los más perversos pensamientos. La tristeza habitual de mi mal humor terminó convirtiéndose en aborrecimiento de todo lo que estaba a mi alrededor y de toda la humanidad; y mi mujer, que no se quejaba de nada, llegó a ser la más habitual y paciente víctima de las repentinas y frecuentes explosiones incontroladas de furia a las que me abandonaba.

Un día, por una tarea doméstica, me acompañó al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. El gato me siguió escaleras abajo y casi me hizo caer de cabeza, por lo que me desesperé casi hasta volverme loco. Alzando un hacha y olvidando en mi rabia los temores infantiles que hasta entonces habían detenido mi mano, lancé un golpe que hubiera causado la muerte instantánea del animal si lo hubiera alcanzado. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Su intervención me llenó de una rabia más que demoníaca; me solté de su abrazo y le hundi el hacha en la cabeza. Cayó muerta a mis pies, sin un quejido.

Consumado el horrible asesinato, me dediqué urgentemente y a sangre fría a la tarea de ocultar el cuerpo. Sabía que no podía sacarlo de casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que los vecinos me vieran. Se me ocurrieron varias ideas. Por un momento pensé descuartizar el cadáver y quemarlo a trozos. Después se me ocurrió cavar una tumba en el piso del sótano. Luego consideré si no convenía arrojarlo al pozo del patio, o meterlo en una caja, como si fueran mercancías, y, con los trámites normales, y llamar a un mozo de cuerda para que lo retirase de la casa. Por fin, di con lo que me pareció el mejor recurso. Decidí emparedar el cadáver en el sótano, tal como se cuenta que los monjes de la Edad Media emparedaban a sus víctimas.

El sótano se prestaba bien para este propósito. Las paredes eran de un material poco resistente, y estaban recién encaladas con una capa de yeso que la humedad del ambiente no había dejado endurecer. Además, en una de las paredes había un saliente, una falsa chimenea, que se había rellenado de forma que se pareciera al resto del sótano. Sin ningún género de dudas se podían quitar fácilmente los ladrillos de esa parte, introducir el cadáver y tapar el agujero como antes, de forma que ninguna mirada pudiera descubrir nada sospechoso.

No me equivocaba en mis cálculos. Con una palanca saqué fácilmente los ladrillos y, después de colocar con cuidado el cuerpo contra la pared interior, lo mantuve en esa posición mientras colocaba de nuevo los ladrillos en su forma original. Después de procurarme argamasa, arena y cerda, preparé con precaución un yeso que no se distinguía del anterior, y revoqué cuidadosamente el enladrillado. Terminada la tarea, me sentí satisfecho de que todo hubiera quedado bien.

La pared no mostraba la menor señal de haber sido alterada. Recogí del suelo los cascotes más pequeños. Y triunfante miré alrededor y me dije: «Aquí, por lo menos, no he trabajado en vano» El paso siguiente consistió en buscar a la bestia que había causado tanta desgracia; pues por fin me había decidido a matarla. Si en aquel momento el gato hubiera aparecido ante mí, habría quedado sellado su destino, pero, por lo visto, el astuto animal, alarmado por la violencia de mi primer acceso de cólera, se cuidaba de aparecer

mientras no se me pasara mi mal humor. Es imposible describir, ni imaginar el profundo y feliz sentimiento de alivio que la ausencia del odiado animal trajo a mi pecho. No apareció aquella noche, y así, por primera vez desde su llegada a la casa, pude dormir profunda y tranquilamente; sí, pude dormir, incluso con el peso del asesinato en mi alma.

Pasaron el segundo y el tercer día y no volvía mi atormentador. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡El monstruo aterrorizado había huido de casa para siempre! ¡No volvería a verlo!

Grande era mi felicidad, y la culpa de mi negra acción me preocupaba poco. Se hicieron algunas investigaciones, a las que me costó mucho contestar. Incluso registraron la casa, pero naturalmente no se descubrió nada. Consideraba que me había asegurado mi felicidad futura. Al cuarto día, después del asesinato, un grupo de policías entró en la casa intempestivamente y procedió otra vez a una rigurosa inspección. Seguro de que mi escondite era inescrutable, no sentí la menor inquietud. Los agentes me pidieron que los acompañara en su registro. No dejaron ningún rincón ni escondrijo sin revisar. Al final, por tercera o cuarta vez bajaron al sótano. No me temblaba ni un solo músculo. Mi corazón latía tranquilamente como el de quien duerme en la inocencia. Me paseaba de un lado a otro del sótano. Había cruzado los brazos sobre el pecho e iba tranquilamente de acá para allá. Los policías quedaron totalmente satisfechos y se disponían a marcharse. El júbilo de mi corazón era demasiado fuerte para ser reprimido. Ardía en deseos de decirles, al menos, una palabra como prueba de triunfo y de asegurar doblemente su certidumbre sobre mi inocencia.

-Caballeros- dije, por fin, cuando el grupo subía la escalera-, me alegro de haber disipado sus sospechas. Les deseo felicidad y un poco más de cortesía. Por cierto, caballeros, esta casa está muy bien construida... (En mi rabioso deseo de decir algo con naturalidad, no me daba cuenta de mis palabras.). Repito que es una casa *excelentemente* construida. Estas paredes... ¿ya se van ustedes, caballeros?... estas paredes son de gran solidez.

Y entonces, empujado por el frenesí de mis bravatas, golpeé fuertemente con el bastón que llevaba en la mano sobre la pared de ladrillo tras la cual estaba el cadáver de la esposa de mi alma.

¡Que Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio! Apenas había cesado el eco de mis golpes, y una voz me contestó desde dentro de la tumba. Un quejido, ahogado y entrecortado al principio, como el sollozar de un niño, que luego creció rápidamente hasta convertirse en un largo, agudo y continuo grito, completamente anormal e inhumano, un aullido, un alarido quejumbroso, mezcla de horror y de triunfo, como sólo puede surgir en el infierno de la garganta de los condenados en su agonía y de los demonios gozosos en la condenación.

Hablar de lo que pensé en ese momento es una locura. Presa de vértigo, fui tambaleándome hasta la pared de enfrente. Por un instante el grupo de hombres de la escalera se quedó paralizado por el espantoso terror. Luego, una docena de robustos brazos atacó la pared, que cayó de un golpe. El cadáver, ya corrompido y cubierto de sangre coagulada, apareció de pie ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la roja boca abierta y el único ojo de fuego, estaba agazapada la horrible bestia cuya astucia me había llevado al asesinato y cuya voz delatora me entregaba ahora al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

Óyeme como quien oye llover

Octavio Paz

Óyeme como quien oye llover,
ni atenta ni distraída,
pasos leves, llovizna,
agua que es aire,
aire que es tiempo,
el día no acaba de irse,
la noche no llega todavía,
figuraciones de la niebla
al doblar la esquina,
figuraciones del tiempo
en el recodo de esta pausa,
óyeme como quien oye llover.

Sin oírme, oyendo lo que digo
con los ojos abiertos hacia adentro,
dormida con los cinco sentidos despiertos,
llueve, pasos leves, rumor de sílabas,
aire y agua, palabras que no pesan:
lo que fuimos y somos,
los días y los años, este instante,
tiempo sin peso, pesadumbre enorme,
óyeme como quien oye llover,
relumbra el asfalto húmedo,
el vaho se levanta y camina,
la noche se abre y me mira,
eres tú y tu talle de vaho,
tú y tu cara de noche,
tú y tu pelo, lento relámpago,
cruzas la calle y entras en mi frente,
pasos de agua sobre mis párpados,
óyeme como quien oye llover,
el asfalto relumbra, tú cruzas la calle,
es la niebla errante en la noche,
como quien oye llover.

Es la noche dormida en tu cama,
es el oleaje de tu respiración,
tus dedos de agua mojan mi frente,
tus dedos de llama queman mis ojos,
tus dedos de aire abren los párpados del tiempo,
manar de apariciones y resurrecciones,
óyeme como quien oye llover,
pasan los años, regresan los instantes,
¿oyes tus pasos en el cuarto vecino?
no aquí ni allá: los oyes
en otro tiempo que es ahora mismo,
oye los pasos del tiempo
inventor de lugares sin peso ni sitio,
oye la lluvia correr por la terraza,
la noche ya es más noche en la arboleda,
en los follajes ha anidado el rayo,
vago jardín a la deriva
entra, tu sombra cubre esta página

HORACIO QUIROGA

Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre

Había una vez un coatí que tenía tres hijos. Vivían en el monte comiendo frutas, raíces y huevos de pajaritos. Cuando estaban arriba de los árboles y sentían un gran ruido, se tiraban al suelo de cabeza y salían corriendo con la cola levantada.

Una vez que los coaticitos fueron un poco grandes, su madre los reunió un día arriba de un naranjo y les habló así:

—Coaticitos: ustedes son bastante grandes para buscarse la comida solos. Deben aprenderlo, porque cuando sean viejos andarán siempre solos, como todos los coatis. El mayor de ustedes, que es muy amigo de cazar cascarudos, puede encontrarlos entre los palos podridos, porque allí hay muchos cascarudos y cucarachas. El segundo, que es gran comedor de frutas, puede encontrarlas en este naranjal; hasta diciembre habrá naranjas. El tercero, que no quiere comer sino huevos de pájaros, puede ir a todas partes, porque en todas partes hay nidos de pájaros. Pero que no vaya nunca a buscar nidos al campo, porque es peligroso.

»Coaticitos: hay una sola cosa a la cual deben tener gran miedo. Son los perros. Yo peleé una vez con ellos, y sé lo que les digo; por eso tengo un diente roto. Detrás de los perros vienen siempre los hombres con un gran ruido, que mata. Cuando oigan cerca este ruido, tírense de cabeza al suelo, por alto que sea el árbol.— Si no lo hacen así los matarán con seguridad de un tiro.

Así habló la madre. Todos se bajaron entonces y se separaron, caminando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si hubieran perdido algo, porque así caminan los coatis.

El mayor, que quería comer cascarudos, buscó entre los palos podridos y las hojas de los yuyos, y encontró tantos, que comió hasta quedarse dormido. El segundo, que prefería las frutas a cualquier cosa, comió cuantas naranjas quiso, porque aquel naranjal estaba dentro del monte, como pasa en el Paraguay y Misiones, y ningún hombre vino a incomodarlo. El tercero, que era loco por los huevos de pájaros, tuvo que andar todo el día para encontrar únicamente dos nidos; uno de tucán que tenía tres huevos, y uno de tortola, que tenía sólo dos. Total, cinco huevos chiquitos, que era muy poca comida; de modo que al caer la tarde el coaticito tenía tanta hambre como de mañana, y se sentó muy triste a la orilla del monte. Desde allí veía el campo, y pensó en la recomendación de su madre.

—¿Por qué no querrá mamá —se dijo— que vaya a buscar nidos en el campo?

Estaba pensando así cuando oyó, muy lejos, el canto de un pájaro.

—¡Qué canto tan fuerte! —dijo admirado—. ¡Qué huevos tan grandes debe tener ese pájaro!

El canto se repitió. Y entonces el coatí se puso a correr por entre el monte, cortando camino, porque el canto había sonado muy a su derecha. El sol caía ya, pero el coatí volaba con la cola levantada. Llegó a la orilla del monte, por fin, y miró al campo. Lejos vio la casa de los hombres, y vio a un hombre con botas que llevaba un caballo de la soga. Vio también un pájaro muy grande que cantaba y entonces el coaticito se golpeó la frente y dijo:

—¡Qué zonzo soy! Ahora ya sé qué pájaro es ese. Es un gallo; mamá me lo mostró un día de arriba de un árbol. Los gallos tienen un canto lindísimo, y tienen muchas gallinas que ponen huevos. ¡Si yo pudiera comer huevos de gallina!...

Es sabido que nada gusta tanto a los bichos chicos de monte como los huevos de gallina. Durante un rato el coaticito se acordó de la recomendación de su madre. Pero el deseo pudo más, y se sentó a la orilla del monte, esperando que cerrara bien la noche para ir al gallinero.

La noche cerró por fin, y entonces, en puntas de pie y paso a paso, se encaminó a la casa. Llegó allá y escuchó atentamente: no se sentía el menor ruido. El coaticito, loco de alegría porque iba a comer cien, mil, dos mil huevos de gallina, entró en el gallinero, y lo primero que vio bien en la entrada, fue un huevo que estaba solo en el suelo. Pensó un instante en dejarlo para el final, como postre, porque era un huevo muy grande; pero la boca se le hizo agua, y clavó los dientes en el huevo.

Apenas lo mordió, ¡TRAC! un terrible golpe en la cara y un inmenso dolor en el hocico.

—¡Mamá, mamá!— gritó, loco de dolor, saltando a todos lados. Pero estaba sujeto, y en ese momento oyó el ronco ladrido de un perro.

Mientras el coatí esperaba en la orilla del monte que cerrara bien la noche para ir al gallinero, el hombre de la casa jugaba sobre la gramilla con sus hijos, dos criaturas rubias de cinco y seis años, que corrían riendo, se caían, se levantaban riendo otra vez, y volvían a caerse. El padre se caía también, con gran alegría de los chicos. Dejaron por fin de jugar porque ya era de noche, y el hombre dijo entonces:

—Voy a poner la trampa para cazar a la comadreja que viene a matar los pollos y robar los huevos.

Y fue y armó la trampa. Después comieron y se acostaron. Pero las criaturas no tenían sueño, y saltaban de la cama del uno a la del otro y se enredaban en el camisón. El padre, que leía en el comedor, los dejaba hacer. Pero los chicos de repente se detuvieron en sus saltos y gritaron:

—¡Papá! ¡Ha caído la comadreja en la trampa! ¡Tuké está ladrando! ¡Nosotros también queremos ir, papá!

El padre consintió, pero no sin que las criaturas se pusieran las sandalias, pues nunca los dejaba andar descalzos de noche, por temor a las víboras.

Fueron. ¿Qué vieron allí? Vieron a su padre que se agachaba, teniendo al perro con una mano, mientras con la otra levantaba por la cola a un coatí, un coaticito chico aún, que gritaba con un chillido rapidísimo y estridente, como un grillo.

—¡Papá, no lo mates! —dijeron las criaturas—. ¡Es muy chiquito! ¡Dánoslo para nosotros!

—Bueno, se lo voy a dar —respondió el padre—. Pero cuídenlo bien, y sobre todo no se olviden de que los coatís toman agua como ustedes.

Esto lo decía porque los chicos habían tenido una vez un gatito montés al cual a cada rato le llevaban carne, que sacaban de la fiambra; pero nunca le dieron agua, y se murió.

En consecuencia, pusieron al coatí en la misma jaula del gato montés, que estaba cerca del gallinero, y se acostaron todos otra vez.

Y cuando era más de medianoche y había un gran silencio, el coaticito, que sufría mucho por los dientes de la trampa, vio, a la luz de la luna, tres sombras que se acercaban con gran sigilo. El corazón le dio un vuelco al pobre coaticito al reconocer a su madre y a sus dos hermanos que lo estaban buscando.

—¡Mamá, mamá! —murmuró el prisionero en voz muy baja para no hacer ruido—. ¡Estoy aquí! ¡Sáquenme de aquí! ¡No quiero quedarme, ma... má! ...— y lloraba desconsolado.

Pero a pesar de todo estaban contentos porque se habían encontrado, y se hacían mil caricias en el hocico.

Se trató en seguida de hacer salir al prisionero. Probaron primero cortar el alambre tejido, y los cuatro se pusieron a trabajar con los dientes; mas no conseguían nada. Entonces a la madre se le ocurrió de repente una idea, y dijo:

—¡Vamos a buscar las herramientas del hombre! Los hombres tienen herramientas para cortar fierro. Se llaman limas. Tienen tres lados como las víboras de cascabel. Se empuja y se retira. ¡Vamos a buscarla!

Fueron al taller del hombre y volvieron con la lima. Creyendo que uno solo no tendría fuerzas bastantes, sujetaron la lima entre los tres y empezaron el trabajo. Y se entusiasmaron tanto, que al rato la jaula entera temblaba con las sacudidas y hacía un terrible ruido. Tal ruido hacía, que el perro se despertó, lanzando un ronco ladrido. Mas los coatís no esperaron a que el perro les pidiera cuenta de ese escándalo y dispararon al monte, dejando la lima tirada.

Al día siguiente, los chicos fueron temprano a ver a su nuevo huésped, que estaba muy triste.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó la nena a su hermano.

—¡Ya sé! —respondió el varoncito—. ¡Le pondremos Diecisiete!

¿Por qué Diecisiete? Nunca hubo bicho del monte con nombre más raro. Pero el varoncito estaba aprendiendo a contar, y tal vez le había llamado la atención aquel número.

El caso es que se llamó Diecisiete. Le dieron pan, uvas, chocolate, carne, langostas, huevos, riquísimos huevos de gallina. Lograron que en un solo día se dejara rascar la cabeza; y tan grande es la sinceridad del cariño de las criaturas, que al llegar la noche, el coatí estaba casi resignado con su cautiverio. Pensaba a cada momento en las cosas ricas que había para comer allí, y pensaba en aquellos rubios cachorritos de hombre que tan alegres y buenos eran.

Durante las noches siguientes, el perro durmió tan cerca de la jaula, que la familia del prisionero no se atrevió a acercarse, con gran sentimiento. Cuando a la tercera noche llegaron de nuevo a buscar la lima para dar libertad al coaticito, éste les dijo:

—Mamá: yo no quiero irme más de aquí. Me dan huevos y son muy buenos conmigo. Hoy me dijeron que si me portaba bien me iban a dejar suelto muy pronto. Son como nosotros. Son cachorritos también, y jugamos juntos.

Los coatís salvajes quedaron muy tristes, pero se resignaron, prometiendo al coaticito venir todas las noches a visitarlo.

Efectivamente, todas las noches, lloviera o no, su madre y sus hermanos iban a pasar un rato con él. El coaticito les daba pan por entre el tejido de alambre, y los coatís salvajes se sentaban a comer frente a la jaula.

Al cabo de quince días, el coaticito andaba suelto y él mismo se iba de noche a su jaula. Salvo algunos tirones de orejas que se llevaba por andar muy cerca del gallinero, todo marchaba bien. El y las criaturas se querían mucho, y los mismos coatís salvajes, al ver lo buenos que eran aquellos cachorritos de hombre, habían concluido por tomar cariño a las dos criaturas.

Hasta que una noche muy oscura, en que hacía mucho calor y tronaba, los coatís salvajes llamaron al coaticito y nadie les respondió. Se acercaron muy inquietos y vieron entonces, en el momento en que casi la pisaban, una enorme víbora que estaba enroscada a la entrada de la jaula. Los coatís comprendieron en seguida que el coaticito había sido mordido al entrar, y no había respondido a su llamado porque acaso estaba ya muerto. Pero lo iban a vengar bien. En un segundo, entre los tres, enloquecieron a la serpiente de cascabel, saltando de aquí para allá, y en otro segundo, cayeron sobre ella, deshaciéndole la cabeza a mordiscones.

Corrieron entonces adentro, y allí estaba en efecto el coaticito, tendido, hinchado, con las patas temblando y muriéndose. En balde los coatís salvajes lo movieron; lo lamieron en balde por todo el cuerpo durante un cuarto de hora. El coaticito abrió por fin la boca y dejó de respirar, porque estaba muerto.

Los coatís son casi refractarios, como se dice, al veneno de las víboras. No les hace casi nada el veneno, y hay otros animales, como la mangosta, que resisten muy bien el veneno de las víboras. Con toda seguridad el coaticito

había sido mordido en una arteria o una vena, porque entonces la sangre se envenena en seguida, y el animal muere. Esto le había pasado al coaticito.

Al verlo así, su madre y sus hermanos lloraron un largo rato. Después, como nada más tenían que hacer allí, salieron de la jaula, se dieron vuelta para mirar por última vez la casa donde tan feliz había sido el coaticito, y se fueron otra vez al monte.

Pero los tres coatís, sin embargo, iban muy preocupados y su preocupación era ésta: ¿Qué iban a decir los chicos, cuando, al día siguiente, vieran muerto a su querido coaticito? Los chicos le querían muchísimo y ellos, los coatís, querían también a los cachorritos rubios. Así es que los tres coatís tenían el mismo pensamiento, y era evitarles ese gran dolor a los chicos.

Hablaron un largo rato y al fin decidieron lo siguiente: el segundo de los coatís, que se parecía muchísimo al menor en cuerpo y en modo de ser, iba a quedarse en la jaula, en vez del difunto. Como estaban enterados de muchos secretos de la casa, por los cuentos del coaticito, los chicos no conocerían nada; extrañarían un poco algunas cosas, pero nada más.

Y así pasó en efecto. Volvieron a la casa, y un nuevo coaticito reemplazó al primero, mientras la madre y el otro hermano se llevaban sujeto a los dientes el cadáver del menor. Lo llevaron despacio al monte, y la cabeza colgaba, balanceándose, y la cola iba arrastrando por el suelo.

Al día siguiente los chicos extrañaron, efectivamente, algunas costumbres raras del coaticito. Pero como éste era tan bueno y cariñoso como el otro, las criaturas no tuvieron la menor sospecha. Formaron la misma familia de cachorritos de antes, y, como antes, los coatís salvajes venían noche a noche a visitar al coaticito civilizado, y se sentaban a su lado a comer pedacitos de huevos duros que él les guardaba, mientras ellos le contaban la vida de la selva.

Amor condusse noi ad una morte

Xavier Villaurrutia

Amar es una angustia, una pregunta,
una suspensa y luminosa duda;
es un querer saber todo lo tuyo
y a la vez un temor de al fin saberlo.

Amar es reconstruir, cuando te alejas,
tus pasos, tus silencios, tus palabras,
y pretender seguir tu pensamiento
cuando a mi lado, al fin inmóvil, callas.

Amar es una cólera secreta,
una helada y diabólica soberbia.

Amar es no dormir cuando en mi lecho
sueñas entre mis brazos que te ciñen,
y odiar el sueño en que, bajo tu frente,
acaso en otros brazos te abandonas.

Amar es escuchar sobre tu pecho,
hasta colmar la oreja codiciosa,
el rumor de tu sangre y la marea
de tu respiración acompasada.

Amar es absorber tu joven savia
y juntar nuestras bocas en un cauce
hasta que de la brisa de tu aliento
se impregnen para siempre mis entrañas.

Amar es una envidia verde y muda,
una sutil y lúcida avaricia.

Amar es provocar el dulce instante
en que tu piel busca mi piel despierta;
saciar a un tiempo la avidez nocturna
y morir otra vez la misma muerte
provisional, desgarradora, oscura.

Amar es una sed, la de la llaga
que arde sin consumirse ni cerrarse,
y el hambre de una boca atormentada
que pide más y más y no se sacia.

Amar es una insólita lujuria
y una gula voraz, siempre desierta.

Pero amar es también cerrar los ojos,
dejar que el sueño invada nuestro cuerpo
como un río de olvido y de tinieblas,
y navegar sin rumbo, a la deriva:
porque amar es, al fin y al cabo, una indolencia

Momo

Segunda parte

Los hombres grises

VI

La cuenta está equivocada, pero cuadra

Existe una cosa muy misteriosa, pero muy cotidiana. Todo el mundo participa de ella, todo el mundo la conoce, pero muy pocos se paran a pensar en ella. Casi todos se limitan a tomarla como viene, sin hacer preguntas. Esta cosa es el tiempo.

Hay calendarios y relojes para medirlo, pero eso significa poco, porque todos sabemos que, a veces, una hora puede parecernos una eternidad, y otra, en cambio, pasa en un instante; depende de lo que hagamos durante esa hora.

Porque el tiempo es vida. Y la vida reside en el corazón.

Y nadie lo sabe tan bien, precisamente, como los hombres grises. Nadie sabía apreciar tan bien el valor de una hora, de un minuto, de un segundo de vida, incluso, como ellos. Claro que lo apreciaban a su manera, como las sanguijuelas aprecian la sangre, y así actuaban.

Ellos se habían hecho sus planes con el tiempo de los hombres. Eran planes trazados muy cuidadosamente y con gran previsión. Lo más importante era que nadie prestara atención a sus actividades. Se habían incrustado en la vida de la gran ciudad y de sus habitantes sin llamar la atención. Paso a paso, sin que nadie se diera cuenta, continuaban su invasión y tomaban posesión de los hombres.

Conocían a cualquiera que parecía apto para sus planes mucho antes de que éste se diera cuenta. No hacían más que esperar el momento adecuado para atraparlo. Aunque hicieran todo lo posible para que ese momento llegara pronto.

Tomemos, por ejemplo, al señor Fusi, el barbero. Es cierto que no se trataba de un peluquero famoso, pero era apreciado en su barrio. No era ni pobre ni rico. Su tienda, situada en el centro de la ciudad, era pequeña, y ocupaba a un aprendiz.

Un día, el señor Fusi estaba a la puerta de su establecimiento y esperaba a la clientela. El aprendiz libraba aquel día, y el señor Fusi estaba solo. Miraba cómo la lluvia caía sobre la calle, pues era un día gris, y también en el espíritu del señor Fusi hacía un día plomizo. Mi vida va pasando, pensaba, entre el chasquido de las tijeras, el parloteo y la espuma de jabón. ¿Qué estoy haciendo de mi vida? El día que me muera será como si nunca hubiera existido.

A todo eso no hay que creer que el señor Fusi tuviera algo que oponer a una charla. Todo lo contrario: le encantaba explicar a los clientes, con toda amplitud, sus opiniones, y oír lo que ellos pensaban de ellas. Tampoco le molestaba en absoluto el chasquido de las tijeras o la espuma de jabón. Su trabajo le gustaba mucho y sabía que lo hacía bien. Especialmente su habilidad en afeitar a contrapelo bajo la barbilla era difícil de superar. Pero hay momentos en que uno se olvida de todo eso. Le pasa a todo el mundo.

¡Toda mi vida es un error!, pensaba el señor Fusi.

¿Qué se ha hecho de mí? Un insignificante barbero, eso es todo lo que he conseguido ser. Pero si pudiera vivir de verdad sería otra cosa distinta.

Claro que el señor Fusi no tenía la menor idea de cómo habría de ser eso de vivir de verdad. Sólo se imaginaba algo importante, algo muy lujoso, tal como veía en las revistas.

Pero, pensaba con pesimismo, mi trabajo no me deja tiempo para ello. Porque para vivir de verdad hay que tener tiempo. Hay que ser libre. Pero yo seguiré toda mi vida preso del chasquido de las tijeras, el parloteo y la espuma de jabón.

En ese momento se acercó un coche lujoso, gris, que se detuvo exactamente delante de la barbería del señor Fusi. Se apeó un señor gris, que entró en el establecimiento. Puso su cartera gris en la mesa, delante del espejo, colgó su bombín del perchero y, sentándose en el sillón, sacó del bolsillo un cuaderno de notas que comenzó a hojear, mientras fumaba su pequeño cigarro gris.

El señor Fusi cerró la puerta de la barbería porque le pareció que, de repente, hacía mucho frío allí.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó trastornado—. ¿Afeitar o cortar el pelo? —y en el mismo instante se maldijo por su falta de tacto, pues el señor cliente poseía una calva reluciente.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo el hombre gris, sin sonreír, con una voz átona, que podríamos llamar gris ceniza—. Vengo de la caja de ahorros de tiempo. Soy el agente N° XYQ_,384_,2. Sabemos que quiere abrir una cuenta de ahorros en nuestra entidad.

—Eso me resulta nuevo —contestó el señor Fusi, más desconcertado todavía—. Si he de serle franco, no sabía que existiera una institución así.

—Pues bien, ahora lo sabe —respondió, tajante, el agente. Volvió algunas hojas de su cuaderno y prosiguió—. Usted es el señor Fusi, el barbero, ¿no es así?

—Pues sí, ése soy yo —contestó el señor Fusi.

—Entonces no me he equivocado de dirección —dijo el hombre gris mientras cerraba su cuaderno de notas—. Es usted candidato de nuestra institución.

—¿Cómo, cómo? —preguntó el señor Fusi, sorprendido todavía.

—Verá usted, querido señor Fusi —dijo el agente—, se gasta usted la vida entre el chasquido de las tijeras, el parloteo y la espuma de jabón. Cuando usted se muera, será como si nunca hubiera existido. Si tuviera tiempo para vivir de verdad, sería otra cosa. Todo lo que necesita es tiempo. ¿Tengo razón?

—En eso precisamente estaba pensando —murmuró el señor Fusi, con un escalofrío, porque a pesar de haber cerrado la puerta, cada vez hacía más frío.

—¡Lo ve! —repuso el hombre gris, chupando con satisfacción su pequeño cigarro—. Pero, ¿de dónde sacar el tiempo? Hay que ahorrarlo. Usted, señor Fusi, gasta el tiempo de modo totalmente irresponsable. Se lo demostraré con una pequeña cuenta. Un minuto tiene sesenta segundos. Y una hora tiene sesenta minutos. ¿Me sigue?

—Claro —dijo el señor Fusi.

El agente N° XYQ_,384_,2 comenzó a escribir las cifras, con un lápiz gris, en el espejo.

—Sesenta por sesenta son tres mil seiscientos. De modo que una hora tiene tres mil seiscientos segundos. Un día tiene veinticuatro horas, es decir, tres mil seiscientos por veinticuatro, lo que da ochenta y seis mil cuatrocientos segundos por día. Un año tiene, como sabe todo el mundo, trescientos sesenta y cinco días. Lo que nos da treinta y un millones quinientos treinta y seis mil segundos por año. O trescientos quince millones trescientos sesenta mil segundos en diez años. ¿En cuánto estima usted, señor Fusi, la duración de su vida?

—Bueno —tartamudeó el señor Fusi, trastornado—, espero llegar a los setenta u ochenta años.

—Está bien —prosiguió el hombre gris—, por precaución contaremos con setenta años. Eso sería, pues, trescientos quince millones trescientos sesenta mil por siete. Lo que da dos mil doscientos siete millones quinientos veinte mil segundos.

Y escribió esa cifra con grandes números en el espejo: 2.207.520.000 segundos.

Después la subrayó varias veces y declaró:

—Ésta es, pues, señor Fusi, la fortuna de que dispone.

El señor Fusi tragó saliva y se pasó la mano por la frente. La cifra le daba mareos. Nunca había pensado que fuera tan rico.

—Sí —dijo el agente, asintiendo con la cabeza, mientras volvía a aspirar su pequeño cigarro gris—, es una cifra impresionante, ¿verdad? Pero todavía hemos de continuar. ¿Cuántos años tiene usted, señor Fusi?

—Cuarenta y dos —farfulló éste, mientras de repente se sentía tan culpable como si hubiera cometido un desfalco.

—¿Cuántas horas suele dormir usted, de promedio, cada noche? —siguió inquiriendo el hombre gris.

—Unas ocho horas —confesó el señor Fusi.

El agente calculó a la velocidad del rayo. El lápiz volaba con tal rapidez sobre el espejo, que al señor Fusi se le erizaba el cabello.

—Cuarenta y dos años —ocho horas diarias—, eso da cuatrocientos cuarenta y un millones quinientos cuatro mil. Esa suma podemos darla ya por perdida. ¿Cuánto tiempo tiene que sacrificar diariamente para el trabajo, señor Fusi?

—Ocho horas, más o menos, también —reconoció el señor Fusi con humildad.

—Entonces hemos de asentar una vez más la misma suma en el saldo negativo —prosiguió el agente, inflexible—. Pero resulta que también se le gasta algún tiempo debido a la necesidad de alimentarse. ¿Cuánto tiempo necesita, en total, para todas las comidas del día?

—No lo sé exactamente —dijo el señor Fusi, miedoso—, ¿dos horas, quizá?

—Eso me parece demasiado poco —dijo el agente—, pero admitámoslo. Eso da, en cuarenta y dos años, el importe de ciento diez millones trescientos setenta y seis mil. Prosigamos. Vive usted solo con su anciana madre, según sabemos. Cada día le dedica a la buena señora una hora entera, lo que significa que se sienta con ella y le habla, a pesar de que está tan sorda que apenas puede oírle. Eso es tiempo perdido: da cincuenta y cinco millones ciento ochenta y ocho mil. Además, tiene usted, sin ninguna necesidad, un periquito, cuyo cuidado le cuesta, diariamente, un cuarto de hora, lo que, al cambio, da trece millones setecientos noventa y seis mil.

—Pero... —intervino, suplicante, el señor Fusi.

—¡No me interrumpa! —gruñó el agente, que contaba más deprisa cada vez—. Como su madre está impedida, usted, señor Fusi, tiene que hacer parte de las tareas de la casa. Tiene que ir a hacer la compra, lustrar los zapatos y otras cosas molestas. ¿Cuánto tiempo le lleva eso diariamente?

—Acaso una hora, pero...

—Eso da otros cincuenta y cinco millones ciento ochenta y ocho mil, que pierde. Sabemos, además, que va una vez a la semana al cine, que una vez a la semana canta en un orfeón, que tiene un grupo de amigos, con los que se reúne dos veces por semana y que a veces incluso lee un libro. En resumen, que mata usted el tiempo con actividades inútiles, y eso durante unas tres horas diarias, lo que da ciento sesenta y cinco millones quinientos sesenta y cuatro mil. ¿No se encuentra bien, señor Fusi?

—No —contestó el señor Fusi—, perdone, por favor...

—En seguida acabamos —dijo el hombre gris—. Pero tenemos que hablar todavía de un capítulo especial de su vida. Porque tiene usted un pequeño secreto... Usted ya sabe...

Al señor Fusi comenzaron a castañetearle los dientes de tanto frío que tenía.

—¿Eso también lo sabe? —murmuró, agotado—. Creía que aparte de mí y la señorita Daría...

—En nuestro mundo moderno —le interrumpió el agente N° XYQ_384_2—, no hay sitio para secretitos. Vea usted las cosas con realismo, señor Fusi. Contésteme a una pregunta: ¿quiere usted casarse con la señorita Daría?

—No —dijo el señor Fusi—, eso no va...

—Precisamente —prosiguió el hombre gris—, porque la señorita Daría estará toda su vida encadenada a la silla de ruedas, porque tiene paralizadas las piernas. A pesar de eso, usted va a verla cada día, durante media hora, para llevarle una flor. ¿A qué viene eso?

—Se alegra tanto siempre —contestó el señor Fusi, a punto de llorar.

—Pero visto fríamente —repuso el agente—, es tiempo perdido para usted. Exactamente veintisiete millones quinientos noventa y cuatro mil segundos, hasta ahora. Y si a ello añadimos que tiene usted la costumbre de sentarse, cada noche, antes de acostarse, junto a la ventana, durante un cuarto de hora para reflexionar sobre el día transcurrido, podemos restar, una vez más, la suma de trece millones setecientos noventa y siete mil. Veamos ahora lo que queda, señor Fusi.

En el espejo había ahora la siguiente suma:

sueño	441.504.000	segundos
trabajo	441.504.000	
alimentación	110.376.000	
madre	55.188.000	
periquito	13.797.000	
compra, etc.	55.188.000	
amigos, orfeón, etc.	165.564.000	
secreto	27.594.000	
ventana	13.797.000	
=====		
TOTAL	1.324.512.000	

—Esta suma —dijo el hombre gris, mientras golpeaba varias veces el espejo con su lápiz, con tal fuerza, que sonaba como tiros de revólver—, esta suma es, pues, el tiempo que ha perdido hasta ahora, señor Fusi. ¿Qué le parece?

Al señor Fusi no le parecía nada. Se sentó en una silla, en un rincón, y se secó la frente con el pañuelo, porque a pesar del frío estaba sudando.

El hombre gris asintió, serio.

—Sí, se está dando exacta cuenta —dijo—. Ya es más de la mitad de su fortuna inicial, señor Fusi. Pero ahora vamos a ver qué le ha quedado de sus cuarenta y dos años. Un año son treinta y un millones quinientos treinta y seis mil segundos, como sabe. Y eso, multiplicado por cuarenta y dos da mil trescientos veinticuatro millones quinientos doce mil.

Escribió esa cifra debajo del tiempo perdido:

1.324.512.0009 segundos -1.324.512.000 segundos 0.000.000.000 segundos.

Se guardó el lápiz e hizo una larga pausa para que la vista de la larga serie de ceros hiciera su efecto sobre el señor Fusi.

Éste es, pues, pensaba el señor Fusi, anonadado, el balance de toda mi vida hasta ahora.

Estaba tan impresionado por la cuenta, que cuadraba con tal precisión, que lo aceptó todo sin contradicción. Y la cuenta en sí era correcta. Éste era uno de los trucos con los que los hombres grises estafaban a los hombres en mil ocasiones.

—¿No cree usted —retomó la palabra, en tono suave, el agente N° XYQ_384_2-, que no puede seguir con este despilfarro? ¿No sería hora, señor Fusi, de empezar a ahorrar?

El señor Fusi asintió, mudo, con los labios morados de frío.

—Si, por ejemplo —proseguía la voz cenicienta del agente junto al oído del señor Fusi—, hubiera empezado a ahorrar una hora diaria hace veinte años, tendría ahora un saldo de veintiséis millones doscientos ochenta mil segundos. De ahorrar diariamente dos horas, el saldo, claro está, sería doble, es decir, cincuenta y dos millones quinientos sesenta mil. Y, por favor, señor Fusi, ¿qué son dos miserables horitas a la vista de esta suma?

—¡Nada! —exclamó el señor Fusi—. ¡Una pequeñez!

—Me alegra que se dé usted cuenta —prosiguió el agente—. Y si calculamos lo que habría ahorrado, en las mismas condiciones, en veinte años más, nos daría la señorial cifra de ciento cinco millones ciento veinte mil segundos. Todo este capital estaría a su libre disposición al alcanzar los sesenta y dos años.

—¡Magnífico! —farfulló el señor Fusi, poniendo ojos como platos.

—Espere —prosiguió el hombre gris—, que todavía hay más. Nosotros, los de la caja de ahorros de tiempo, no nos limitamos a guardarle el tiempo que usted ha ahorrado, sino que le pagamos intereses. Lo que significa que, en realidad, tendría usted mucho más.

—¿Cuánto más? —preguntó el señor Fusi, sin aliento.

—Eso dependerá de usted —aclaró el agente—, según la cantidad que ahorrara y el plazo en que dejara fijos sus ahorros.

—¿Plazo fijo? —se informó el señor Fusi—. ¿Qué significa eso?

—Es muy sencillo —dijo el hombre gris—. Si usted no nos exige la devolución del tiempo ahorrado antes de cinco años, nosotros se lo doblamos. Su fortuna, pues, se dobla cada cinco años, ¿entiende? A los diez años sería cuatro veces la suma original, a los quince años ocho veces y así sucesivamente. Si hubiera empezado a ahorrar sólo dos horas diarias hace veinte años, a los sesenta y dos años, es decir, después de un total de cuarenta años, dispondría del tiempo ahorrado hasta entonces por usted multiplicado por doscientos cincuenta y seis. Serían veintiséis mil novecientos diez millones setecientos veinte mil.

Tomó una vez más su lápiz gris y escribió también esa cifra en el espejo:

6.910.700.000 segundos

—Como puede ver usted, señor Fusi —dijo entonces, mientras sonreía por primera vez—, sería más del décuplo de todo el tiempo de su vida original. Y eso ahorrando sólo dos horas diarias. Piense si no merece la pena esta oferta.

—¡Y tanto! —dijo el señor Fusi agotado—. Sin duda que sí. Soy un infeliz por no haber empezado a ahorrar hace tiempo. Ahora me doy cuenta, y he de confesar que estoy desesperado.

—Para eso no hay ningún motivo —dijo el hombre gris con suavidad—. Nunca es demasiado tarde. Si usted quiere, puede empezar hoy mismo. Verá usted que merece la pena.

—¡Y tanto que quiero! —gritó el señor Fusi—. ¿Qué he de hacer?

—Querido amigo —contestó el agente, alzando las cejas—, usted sabrá cómo se ahorra tiempo. Se trata, simplemente, de trabajar más deprisa, y dejar de lado todo lo inútil. En lugar de media hora, dedique un cuarto de hora a cada cliente. Evite las charlas innecesarias. La hora que pasa con su madre la reduce a media. Lo mejor sería que la dejara en un buen asilo, pero barato, donde cuidaran de ella, y con eso ya habrá ahorrado una hora. Quítese de encima el periquito. No visite a la señorita Daría más que una vez cada quince días, si es que no puede dejarlo del todo. Deje el cuarto de hora diario de reflexión, no pierda su tiempo precioso en cantar, leer, o con sus supuestos amigos. Por lo demás, le recomiendo que cuelgue en su barbería un buen reloj, muy exacto, para poder controlar mejor el trabajo de su aprendiz.

—Está bien —dijo el señor Fusi—, puedo hacer todo eso. Pero, ¿qué haré con el tiempo que me sobre? ¿Tengo que depositarlo? ¿Dónde? ¿O tengo que guardarlo? ¿Cómo funciona todo eso?

—No se preocupe —dijo el hombre gris, mientras sonreía por segunda vez—. De eso nos ocupamos nosotros. Puede estar usted seguro de que no se perderá nada del tiempo que usted ahorre. Ya se dará cuenta de que no le sobra nada.

—Está bien —respondió el señor Fusi, anonadado—, me fío de ustedes.

—Hágalo tranquilo, querido amigo —dijo el agente, mientras se levantaba—. Puedo darle, pues, la bienvenida a la gran comunidad de los ahorradores de tiempo. Ahora también usted, señor Fusi, es un hombre realmente moderno y progresista. ¡Le felicito!

Con estas palabras tomó el sombrero y la cartera.

—¡Un momento, por favor! —le llamó el señor Fusi—. ¿No tenemos que firmar algún contrato? ¿No me da algún papel?

El agente N° XYQ_,384_,2 se volvió, en la puerta, y miró al señor Fusi con cierta desgana.

—¿Para qué? —preguntó—. El ahorro de tiempo no se puede comparar con ningún otro tipo de ahorro. Es una cuestión de confianza absoluta por ambas partes. A nosotros nos basta su asentimiento. Es irrevocable. Nosotros nos ocupamos de sus ahorros. Cuánto va a ahorrar es cosa suya. No le obligamos a nada. Usted lo pase bien, señor Fusi.

Con estas palabras, el agente se montó en su elegante coche y salió disparado.

El señor Fusi le siguió con la mirada y se frotó la frente. Poco a poco volvía a entrar en calor, pero se sentía enfermo. El humo azul del pequeño cigarro del agente siguió flotando durante mucho tiempo por la barbería, sin querer disolverse.

Sólo cuando el humo hubo desaparecido, comenzó a sentirse mejor el señor Fusi. Pero del mismo modo que desaparecía el humo, palidecían también las cifras del espejo. Y cuando se borraron del todo, se borró también de la memoria del señor Fusi el recuerdo de su visitante gris: el recuerdo del visitante, no el de la decisión. Ésta la consideró ahora como propia. El propósito de ahorrar tiempo para poder empezar otra clase de vida en algún momento del futuro se había clavado en su alma como un anzuelo.

Y entonces llegó el primer cliente del día. El señor Fusi le atendió refunfuñando, dejó de lado todo lo superfluo, se estuvo callado, y, efectivamente, en lugar de en media hora acabó en veinte minutos.

Lo mismo hizo desde entonces con todos los clientes. Su trabajo, hecho de esta manera, no le gustaba nada, pero eso ya no importaba. Además del aprendiz, contrató dos oficiales y vigilaba que no perdieran ni un solo segundo. Cada movimiento se realizaba según un plan de tiempos exactamente calculado. En la barbería del señor Fusi colgaba ahora un cartel que decía:

“El tiempo ahorrado vale el doble”.

Escribió una cartita breve, objetiva, a la señorita Daría, en la que decía que por falta de tiempo no podría ir a verla. Vendió su periquito a una pajarería. Envío a su madre a un asilo bueno, pero barato, adonde la iba a ver una vez al mes. También en todo lo demás siguió los consejos del hombre gris, pues los tomaba por decisiones propias.

Cada vez se volvía más nervioso e intranquilo, porque ocurría una cosa curiosa: de todo el tiempo que ahorraba, no le quedaba nunca nada. Desaparecía de modo misterioso y ya no estaba. Al principio de modo apenas sensible, pero después más y más, se iban acortando sus días. Antes de que se diera cuenta, ya había pasado una semana, un mes, un año, y otro.

Como ya no se acordaba de la visita del hombre gris, debería haberse preguntado en serio a dónde iba a parar su tiempo. Pero esa pregunta nunca se la hacía, al igual que todos los demás ahorradores de tiempo. Había caído sobre él una especie de obsesión ciega. Y si alguna vez se daba cuenta de que sus días se volvían más y más cortos, ahorraba con mayor obsesión.

Al igual que al señor Fusi, le ocurría a mucha gente de la gran ciudad. Y cada día eran más los que se dedicaban a lo que ellos llamaban “ahorrar tiempo”. Y cuantos más eran, más los imitaban, e incluso aquellos que en realidad no querían hacerlo no tenían más remedio que seguir el juego.

Diariamente se explicaban por radio, televisión y en los periódicos las ventajas de nuevos inventos que ahorraban tiempo, que un día, regalarían a los hombres la libertad para la vida “de verdad”. En las paredes se pegaban carteles en los que se veían todas las imágenes posibles de la felicidad. Debajo ponía en letras luminosas:

*Los ahorradores de tiempo viven mejor Los ahorradores de tiempo
son dueños del futuro. Cambia tu vida: ahorra tiempo.*

Pero la realidad era muy otra. Es cierto que los ahorradores de tiempo iban mejor vestidos que los que vivían cerca del viejo anfiteatro. Ganaban más dinero y podían gastar más. Pero tenían caras desagradables, cansadas o amargadas y ojos antipáticos. Ellos, claro está, desconocían la frase: “¡Ve con Momo!” No tenían a nadie que pudiera escucharlos y les ayudara a volverse listos, amistosos o contentos. Pero incluso si hubieran tenido a alguien así es más que dudoso que jamás hubieran ido a verle, a menos que se hubiera podido resolver la cuestión en cinco minutos. Si no, lo habrían considerado tiempo perdido. Según decían, tenían que aprovechar incluso los ratos libres, con lo que tenían que conseguir como fuera y a toda prisa diversión y relajación.

Así que ya no podían celebrar fiestas de verdad, ni alegres ni serias. El soñar se consideraba, entre ellas, casi un crimen. Pero lo que más les costaba soportar era el silencio. Porque en el silencio les sobrevenía el miedo, porque intuían lo que en realidad estaba ocurriendo con su vida. Por eso hacían ruido siempre que los amenazaba el silencio. Pero está claro que no se trataba de un ruido divertido, como el que reina allí donde juegan los niños, sino de uno airado y pesimista, que de día en día hacía más ruidosa la ciudad.

El que a uno le gustara su trabajo y lo hiciera con amor no importaba; al contrario, eso sólo entretenía. Lo único importante era que hiciera el máximo trabajo en el mínimo de tiempo.

En todos los lugares de trabajo de las grandes fábricas y oficinas colgaban carteles que decían: *El tiempo es precioso — no lo pierdas El tiempo es oro — ahórralo*

Había carteles parecidos en los escritorios de los jefes, sobre los sillones de los directores, en las salas de consulta de los médicos, en las tiendas, restaurantes y almacenes e incluso en las escuelas y parvularios. No se libraba nadie.

Al final, incluso la propia ciudad había cambiado más y más su aspecto. Los viejos barrios se derribaban y se construían casas nuevas en las que se dejaba de lado todo lo que parecía superfluo. Se evitaba el esfuerzo de construir las casas en función de la gente que tenía que vivir en ellas, porque entonces se tendrían que construir muchas casas diferentes. Resultaba más barato y, sobre todo, ahorraba tiempo, construir las casas todas iguales.

Al norte de la ciudad se extendían ya inmensos barrios nuevos. Se alzaban allí, en filas interminables, las casas de vecindad de muchos pisos, que se parecían entre sí como un huevo a otro. Y como todas las casas eran iguales, también las calles eran iguales. Y estas calles monótonas crecían y crecían y se extendían hasta el horizonte: un desierto de monotonía. Del mismo modo discurría la vida de los hombres que vivían en ellas: derechas hasta el horizonte. Porque aquí, todo estaba calculado y planificado con exactitud, cada centímetro y cada instante.

Nadie se daba cuenta de que, al ahorrar tiempo, en realidad ahorraba otra cosa. Nadie quería darse cuenta de que su vida se volvía cada vez más pobre, más monótona y más fría.

Los que lo sentían con claridad eran los niños, pues para ellos nadie tenía tiempo.

Pero el tiempo es vida, y la vida reside en el corazón. Y cuanto más ahorraba de esto la gente, menos tenía.

Esto es amor

Lope de Vega

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

Gato padre y gato hijo

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
(1888-1963)

I

Eran dos gatos grises listados de negro y con el fondo de las orejas más luminoso que el mismo fondo de los ojos. Dos gatos de tejas arriba, el uno hijo del otro, pero ya tan iguales que parecían hermanos.

Eran como dos diablos, y por eso hacían diabluras, como si esa fuese la única misión de sus vidas.

Se separaban muchas veces y no se volvían a ver hasta pasados muchos días.

Al encontrarse se acariciaban como si se ayudasen a lavar la cara, y gato hijo le decía a gato padre:

—¡Vamos a ver buhardillas!

Los dos iban descubriendo ese mundo de las alturas en que los seres humanos se creen más tranquilos que a ras del suelo, como si estuviesen ya habitando en el cielo.

—Mira —dijo gato padre.

Gato hijo se paró a contemplar la ventana y vieron que relucía un pastel de cumpleaños con nueve velitas encendidas.

Los dos gatos saltaron al interior de la pieza, y mientras la madre del niño le buscaba para que apagara las nueve velas, los dos gatos se atracaron de pastel, pero se atragantaron con las velas encendidas y comenzaron a arder por dentro.

Incendiados, delirantes, dando el espectáculo de unas llamas en forma de gato que corrían por los tejados del atardecer, por fin se encontraron una tina de agua y allí apagaron sus fuegos.

Los dos gatos a medio carbonizar se ocultaron entre las chimeneas y fueron resucitando poco a poco.

—Hijo mío —le dijo gato padre a gato hijo—. Desde hoy sólo tenemos seis vidas... Hemos perdido una, y no hubiéramos podido resucitar si no tuviésemos siete, como todos los gatos.

—¿Seis vidas nada más? No puede ser —decía gato hijo, sin quererse resignar a entrar por el camino de lo mortal.

—Seis vidas —sentenció el padre tristemente.

II

Otra vez gato padre y gato hijo, ya curados de sus quemaduras, estaban dispuestos a todo, como si tal cosa, y comenzaron a hacer correrías por los tejados.

Ante un gran ventanal que daba a un vasto estudio se pusieron a observar los gestos del pintor, que, como enloquecido, como un torero, de su cuadro, lo pasaba de muleta con la paleta, se acercaba a él, ponía un par de pinceladas en su lienzo y después se separaba como para contemplar el efecto de la estocada de color que acababa de darle.

Los bigotes de los dos gatos sonreían al ver aquellos aspavientos y notar cómo se envalentonaba y cómo parecía huir con miedo ante aquel cuadro, en el que estaba realizando un paisaje imaginario.

Por fin el artista pareció cansarse de hacer puntería con sus flechas de color y, dejando la paleta y los pinceles metidos en su agujero como un manojo de claveles en un búcaro, se puso el gabán y el sombrero y se fue a la calle.

Los dos gatos dieron un salto dentro del estudio y, mojando sus rabos en las pinturas de la paleta, garrapatearon todo el lienzo y pusieron estrellas amarillas y zigzags violetas en el horizonte que el pintor había dejado de un azul incólume.

Después volvieron a dar un salto y se situaron en su tejado para ver el efecto que le hacía al pintor ver un cuadro corregido y aumentado.

¡Cómo se reían cuando vieron el gesto de asombro con que contempló el desaguisado!

El pintor buscó por todos lados al autor de aquel atentado y no dando con quien pudiera ser se tiró en el diván en plena desesperación.

Gato padre y gato hijo siguieron su excursión.

Por una claraboya vieron un matrimonio que se adormilaba oyendo la radio.

Gato padre y gato hijo, aprovechando el camino de la chimenea, se dejaron caer dentro de la habitación y se escondieron en el fondo del receptor.

Entonces comenzó un concierto de maullidos que sobresaltó a los dos viejos.

—¿Qué estación puede ser?

—¿No serán unas guitarras javanesas?

Los dos gatos rivalizaban en el maullar desentonado, y los dueños del aparato permanecían atónitos oyendo aquella audición maullante.

—¡Cierra, cierra el aparato! —gritó la vieja, y el marido se levantó y dio al dial como si cerrase con llave el armario de la música.

Los gatos callaron, y sigilosamente se fueron por donde habían venido, escalando la chimenea de dos saltos.

Gato hijo se asomó entonces a un tragaluz, por el que se veía a unos ladrones repartiéndose el producto de lo robado.

—Mira, ven —le dijo a su padre, y gato padre se asomó, sorprendiendo también a los ladrones en plena tarea administrativa.

—¿Quieres que les demos un susto? —propuso el hijo.

—Mira que es peligroso... —dijo el padre.

Pero el hijo ya se había lanzado por el tragaluz, y cuando estuvo en la habitación de los ladrones comenzó a hacer ruido moviendo una puerta...

Los ladrones creyeron que alguien iba a sorprenderles, sacaron sus pistolas y vieron que el gato saltaba al tragaluz, donde le esperaba su padre cautelosamente.

—¡Pum ! ¡Pum! ¡Pum!

Tres uros hicieron blanco en él, y gracias a que ya lo tenía agarrado su padre no cayó como presa de los ladrones, Igual que cae el búho herido.

Gato padre lo arrastró junto al alero, y allí lo dejó como muerto, mientras esperaba su resurrección.

Tardaba en resucitar, y ya gato padre dudaba de la ley de la vida de los gatos.

Por fin abrió los ojos, y entonces el padre le dijo:

—Hijo mío, por imprudente sólo tienes ya cinco vidas... Así resultas ahora más viejo que tu padre, que tiene aún opción a seis muertes.

III

Un sábado por la tarde se encontraron de nuevo en el mismo tejado gato padre y gato hijo.

Se notaba más algazara y más reuniones en las habitaciones de las terrazas y en los comedores abiertos a la curiosidad de las alturas, como si por ser sábado inglés hubiese variado la aventura vulgar de sus existencias.

Por una chimenea vieron a unos que jugaban al dominó y que lentamente iban componiendo la sierpe enroscada de las fichas puestas unas junto a otras en sinuosa línea.

A gato hijo se le ocurrió en seguida penetrar por la chimenea, y aprovechando cualquier descuido deshacerles la componenda.

Padre e hijo saltaron a los adentros de la habitación, y mientras los jugadores tenían una discusión, dos colas automáticas barrieron la mesa.

Los jugadores coléricos vieron la faena de los gatos, y, agarrándolos por la sisa del cuello, los tiraron a la calle.

Se oyó un grito que rebotó en varios balcones y los jugadores se asomaron a ver cómo se estrellaban en la calle los dos animalitos.

Dos sombras de gato quedaron extendidas en la acera, y los transeúntes comenzaron a comentar la desgracia de los dos mirrimiaus.

—Matarse, no deben haberse matado. ¿Y lo de las siete vidas?

—¿Y si era ésta la última que les quedaba?

—Están así aturridos por el golpe.

—Yo les he visto caer de pie, como caen los gatos; después se quedaron así tendidos cuan largos son.

Algunos de los que pasaban los removían con los pies, y los dos gatos variaban de postura como si flotasen rígidos sobre la tierra.

Pasaron las horas. Había curiosos que tenían hecha una apuesta sobre si resucitarían o no resucitarían.

—¿Puedo irme a cenar? —preguntó el que había apostado al otro apostante.

—Sí, vaya usted, que cuando vuelva iré yo a mi vez.

La guardia de las comadres estaba también montada.

—Vamos a ver si es verdad la única mentira que envidiaba yo a los gatos.

—¡Que van a resucitar! Doblo mi apuesta a que no.

—Aceptado —dijo la vieja que sabe de augurios y sabe si sanará la tísica o se irá galopando, galopando al otro mundo.

Gracias a que la noche fue una noche veraniega y en calma, que si no se hubieran helado los porfiados.

El sereno custodiaba los dos gatos yertos en un desperezo de carreristas que corren en la muerte.

Los que se habían ido a dormir madrugaban ya para ver si estaban o no las sombras incrustadas en el pálido suelo.

La luz del alba, como una prueba ya casi definitiva en el no despertar de los gatos, venía buscándoles para borrar su nauseabunda muerte.

—¡El carro de la basura! —gritó, señalando al enterrador de los gatos muertos.

Entonces se produjo el milagro, y los dos gatos, recobrando su flexibilidad, salieron escapados hacia las lomas del diablo.

IV

En un día de gran fiesta se reunieron junto a la chimenea de los marqueses gato padre y gato hijo.

No se veían desde el día de la gran caída.

—¡Querido hijito! —exclamó el padre abrazándole. ¡Tú cuatro vidas y yo cinco! Hay que tener cuidado.

—¡Bah! ¡Qué importa! —dijo gato hijo—. Son muchas vidas cuatro vidas... Se pueden hacer muchas travesuras sin miedo a morir...

Gato hijo se encaramó a la chimenea de los marqueses y miró por su tubo el gran comedor preparado para una comilona.

—¡Huelo a caviar! —dijo.

—Y yo a salchichón —contestó gato padre.

Los dos, sin ponerse de acuerdo, se deslizaron por la chimenea hasta el comedor y comenzaron a comerse los entremeses preparados y todas las caperuzas de los pastelillos preparados para el final.

De pronto oyeron la voz de la marquesa, que decía:

—¡A la mesa!

Y todos los comensales llegaron con esa precipitación incomprensible con que se trasladan al comedor desde la sala de invitados aristocráticos.

—Aquí... Allá... Aquí... Allá... Allí... Al lado...

La marquesa jugaba a la colocación de los invitados, que era su juego favorito.

Los dos gatos estaban acurrucados debajo de la mesa, temiendo puntapiés.

Todos se sentaron y comenzó la suntuosa cena.

Los dos gatos se decían en voz baja:

—Huele a pavo.

—Huele a besugo.

—Huele a *foi-gras*.

Aguantaron hasta que acabó la cena, y como los criados estaban ocupados en servir el café en el salón de al lado pudieron aprovecharse aún.

Pero qué salto no pegaron cuando vieron al cocinero, que indiscretamente asomaba su nariz y su gorro blanco al final del festín, y que exclamó al verles:

-¡Oh, qué liebre en salsa negra iba a preparar con estos gatos!

Pronto en el tejado se relamían, recordando el ágape de la marquesa, cuando descubrieron a un loro que se movía en libertad sobre su travesaño de metal, atado con una cadena a una pata.

Los dos gatos saltaron a aquel interior y hubo un rato de revuelo de loro y gato, hasta que bajo el surtidor de plumas rojas, verdes y amarillas sólo quedaron unos huesecillos pelados.

—¿Lorito, estás ahí? —gritó la dueña del loro desde el fondo de la habitación de al lado.

Gato padre y gato hijo al oír aquello se sintieron perdidos, pero notaron que les acudía a la garganta una Inverosímil voz de loro, y los dos contestaron tan al unísono que parecieron un solo loro:

—Aquí estamos...

Después, asustados del fenómeno de su voz, más que de la proximidad de aquella vieja temible, dieron otro salto y volvieron a los tejados.

—¡Podemos hablar con los hombres! —dijo gato hijo lleno de entusiasmo.

—Sí... —dijo gato padre—. Es tradición que el gato que come loro puede hablar un día seguido...

—¡Ah, pues tenemos que armar escándalo en algún sitio! ¡Vamos a asustar a las porteras y a los porteros, que tan mala vida nos dan!

—Vamos.

Bajaron las escaleras, y al estar en el portal gritaron:

—¡Portera! ¡Portera!

La portera salió a ver quién llamaba, y se quedó despavorida al ver que habían sido los gatos los que habían gritado.

Salió a la calle tras ellos y vio que se metían en el portal de al lado, donde gritaban lo mismo:

—¡Portera! ¡Portera!

La portera de al lado salió tras ellos con una escoba, y a ella se unió la portera del primer susto, que gritaba:

—¡Unos gatos que hablan! ¡Unos gatos que hablan!
Se organizó la persecución de los gatos, y al fin lograron atraparles.
Todos los chicos y las comadres del barrio gritaban su sentencia:
¡Hay que ahorcarles! ¡Deben ser unos herejes o unos demonios!
Prepararon las cuerdas y se las pasaron por el cuello, colgándoles de un árbol.
Las últimas palabras de los gatos antes de que se ajustase el nudo corredizo a su gañote fueron:
—¡Viva la libertad de palabra!

V

Después de aquel aciago día en que quedaron ahorcados y en que resucitaron gracias a que pudieron romper la cuerda de que colgaban, habían estado varios meses sin encontrarse, aprovechando cada cual la vida por su cuenta.

—¿Fuiste prudente, hijo mío? ¿Perdiste alguna vida más?

—No, padre... Me quedan tres y a ti cuatro... Pero no hay que hacer caso... Cuando nos quede sólo una asentaremos la cabeza...

Los dos unidos comenzaron su recorrido de inspección mirando hacia el fondo de las casas por el telescopio de las chimeneas y asomándose a todos los balcones y ventanas que encontraban a tiro.

Vieron al hombre araña que tejía su red para cazar incautos ejerciendo una usura terrible.

Saltaron a un recinto en que una vieja hacía labor de punto, y jugando con el ovillo lo trasladaron a casa de una vecina, enzarzándose la vieja con la comadre, porque creyó que había sido ella la autora de la treta.

Penetraron en la galería de un fotógrafo y le gastaron la broma macabra de salir en un retrato de bodas, aprovechando ese momento en que, ya enfocado el asunto, el fotógrafo levanta en alto una postal y mientras da a la pera ruega que miren la postal.

En el comedor de un altillo sorprendieron una reunión de anarquistas, que preparaban la bomba que iban a tirar aquella noche al paso del coche presidencial.

Gato padre y gato hijo temblaban oyendo las feroces proposiciones.

Sortearon entre ellos quién había de colocar la bomba, y le tocó al más infeliz de la reunión, como si hubiesen hecho trampa.

Compungido y pálido, el que debía tirar la bomba sólo dijo:

—Lo que yo sentiría es que la bomba mate algún niño.

—¡Cuanto más mueran mejor! —dijo el de la barba roja.

La bomba estaba encima de la mesa, todos se fueron despidiendo del encargado de cumplir el bárbaro cometido.

El pobre infeliz se paseaba por la habitación con visible nerviosidad.

Los gatos estaban dispuestos a evitar el atentado, pero no sabían cómo, pues no habían comido loro y, por lo tanto, no se podían hacer entender de los hombres. ¿Cómo avisar a la policía que allí estaba aquel mortífero aparato?

Bajaron como para avisar a la portera, rondaron sus faldas, pero la portera les tiró una sartén a la cabeza.

Volviéron a subir, y encaramándose el uno sobre el otro tocaron el timbre del piso segundo, donde se leía en una placa: “Detective privado” y salió el mismo “detective”, que en vez de comprender que aquellos gatos le proponían alguna pesquisa, agarró un bastón y quiso perseguirles a bastonazos.

¿Qué hacer? El tiempo apremiaba.

—¿Y si por bien de la humanidad sacrificamos una de las vidas que nos quedan? —dijo gato padre.

—No va a haber otro remedio —dijo gato hijo.

Entonces desde el tejado pasaron a la habitación del anarquista, y con nerviosa decisión empujaron la bomba que estaba sobre la mesa y la hicieron caer, provocando una explosión que hizo derrumbarse el techo y las paredes contiguas.

Del fondo de los escombros sacaron dos gatos muertos, a los que nadie dio importancia, pues nadie se pudo imaginar que a su abnegación se había debido el estallido de la máquina infernal, ni siquiera al mismo “detective”, que no unió la llamada de los gatos con la explosión de la dinamita.

VI

Ya los dos gatos listados se volvieron de piel más oscura, como si se hubiesen enjutado sus vidas. La verdad es que no era para menos, ya que sólo le quedaban dos vidas a gato hijo y tres a gato padre.

Casi no se separaban y tenían muy en cuenta el peligro de los tejados, haciendo menos gatunadas de las que solían hacer antaño.

De todos modos, de vez en cuando les tentaba el diablo y se dejaban llevar de su picardía.

Aquella noche se habían atrevido con una bruja.

La habían sorprendido preparando sus polvos venenosos, y aprovechando su ausencia se habían Introducido en su buhardilla y le habían cambiado la escoba amaestrada de las excursiones por la simple escoba de barrer, y cuando la bruja se echó los polvos y los ungüentos en la faltriquera y se lanzó al espacio montada en la escoba falsa, cayó velozmente al patio y se estrelló contra sus baldosas.

No contentos con esa aventura, penetraron en la alcoba de un niño que dormía en su cuna y aprovecharon la oscuridad para maullar, como si llorase el niño, y recibir en la oscuridad unos tragos de biberón.

Después, ya puestos a lanzarse por las chimeneas, penetraron en una que daba al despacho en que un pobre hombre copiaba planos de arquitecto.

Ya pensaban meter el rabo en la tinta china y pintarle unas rosquillas en el papel cuando el pobre hombre, al sentir ruido, volvió la cabeza y vio a los dos gatos en actitud maliciosa y expectante.

El pobre hombre se lanzó sobre ellos y los cazó en un periquete.

¡No sabían ellos con quien habían topado! ¡Nada menos que con un pelagatos!

Ellos habían oído hablar muchas veces de tal o cual persona, a la que se apodaba con el remoquete de pelagatos, pero nunca se habían metido en la boca del lobo.

El pelagatos les dio el golpe de muerte que se da detrás de las orejas a los conejos, y así los dejó patitiesos. Después, con la maestría única que sólo poseen los pelagatos, los comenzó a desollar.

VII

¡Qué trabajo les costó resucitar aquella vez, pero al fin salieron de la muerte, poniéndose a duras penas sus pieles, ya tendidas aparte de sus cadáveres!

Los dos andaban despacio, como inválidos, muy temerosos de cualquier resbalón o imprudencia.

En cuanto gato hijo se excedía un poco, gato padre le gritaba:

—¡Que no te queda más que una vida!

¡Qué lejos aquella alegría bulliciosa que les hacía dar saltos mortales y hasta les hizo atravesar los callejones lanzándose de alero a alero!

Eran los días de un crudo invierno, y como no tenían iniciativa para la acrobacia, andaban famélicos y faltos de recursos.

Se contentaban con lo que encontraban en los techos de la basura y con algún ratón que otro.

Por no exponerse se quedaban muchas noches al relente, y gracias si encontraban alguna chimenea caliente junto a la que dormir, aprovechando su rescoldo.

Cuando los gatos están al borde de su última muerte ya están casi muertos.

¿Qué le importaba a gato padre tener una vida más si su hijo ya no tenía más que la que llevaba puesta?

Así las cosas, una gran nevada cubrió los tejados, como si les hubiese puesto copete, y en la nevada quedaron enterrados los dos gatos, asomando sólo la punta de sus orejas.

Con el deshielo quedaron al descubierto, tendidos como si fuesen dos gatos blancos que se hubiesen ido al otro mundo.

Al día siguiente un sol de rosa, que pareció burlarse de la nieve pasada, acabó por borrar toda huella blanca, y de los gatos listados sólo resucitó uno, gato padre, que aún tenía una vida de repuesto.

¡Mejor hubiera sido que no resucitase para encararse con la muerte sin arreglo de su hijo!

Con los ojos turbios, desesperado, estuvo maullando con aullido de perro, pero al cabo de unas horas, no pudiendo soportar la vida solitaria, huérfano de hijo, que es mucho peor que ser huérfano de padre, cedió a la muerte la vida que le quedaba y se tiró desde el alto tejado a la calle.

A solas con todo el mundo

Charles Bukowski

la carne cubre el hueso
y dentro le ponen
un cerebro y
a veces un alma,
y las mujeres arrojan
jarrones contra las paredes
y los hombres beben
demasiado
y nadie encuentra al
otro
pero siguen
buscando
de cama
en cama.

la carne cubre
el hueso y la
carne busca
algo más que
carne.

no hay ninguna
posibilidad:
estamos todos atrapados
por un destino
singular.

nadie encuentra jamás
al otro.

los tugurios se llenan
los vertederos se llenan
los manicomios se llenan
los hospitales se llenan
las tumbas se llenan
nada más
se llena.

NARRATIVA POP NORTEAMERICANA

Lectura 24

Beckermann, Marty. *Generación S.L.U.T.* Ediciones B, México, 2005, 292 págs.



GENERACIÓN S.L.U.T

«Ligar» era un término conocido en el año 2000 por casi cualquier estadounidense mayor de 9 años de edad; pero sólo por un porcentaje relativamente bajo de sus padres, quienes, aun cuando lo hayan oído, pensaban que era utilizado en la forma antigua de «conocer» a alguien... Por allá en el siglo xx, las chicas estadounidenses habían utilizado la terminología del béisbol: «Primera base» se refería al abrazo y al beso; «segunda base» se refería a tocarse y acariciarse; «tercera base», a la felación, conocida en las conversaciones decentes con el término ambiguo de «sexo oral»; y «llegar a home» quería decir coito en su forma para concebir, conocido familiarmente como «hacerlo todo». En el año 2000, en la era del lígüe, «primera base» quería decir besos profundos, caricias y toqueteo; «segunda base», sexo oral; «tercera base», hacerlo todo; y «llegar a home» quería decir saber cada uno su nombre.

Hooking up de Tom Wolfe. Picador. USA, 2001

Elizabeth Walters, una enfermera de partos y consejera en la clínica del Programa sobre Sexualidad de los Adolescentes Interesados en su Salud (HiTOPS, por sus siglas en inglés), en Princeton, recuerda la visita reciente de una madre y su hijo de 12 años de edad. «Tenía el tipo de jugador de fútbol», dice. La madre había notado a su hijo retraído e irritable después de haber ido de campamento. «La madre siguió haciendo preguntas», dice Walters. Finalmente, un día que lo recogió de su práctica de fútbol en la camioneta familiar, él le dijo lo que pasaba: había tenido sexo anal con una chica en el campamento. «Hasta ahí pudo seguir conduciendo el auto», dice Walters.

U.S. News & World Report, 27 de mayo de 2002

ESTADÍSTICAS S.L.U.T.

Porcentaje de hombres estadounidenses no vírgenes de 18 años de edad: **80**

Porcentaje de mujeres estadounidenses no vírgenes de 18 años de edad: **77**

Cantidad de adolescentes estadounidenses que pierden su virginidad al día: **7,700**

Fuente: El Instituto Alan Guttmacher



LISA C., 16

Fargo, Dakota del Norte

«A ver, ¿con cuántos chavos he tenido sexo? Probablemente como con tres... ocho... once... doce... Sí, probablemente unos 14. ¡Dios! Espera, voy a contar con los dedos. Jerry, mmm..... Mike, Casey, Aaron... Sí, probablemente con unos 14.»

ESTADÍSTICAS S.L.U.T.

Porcentaje de hombres de entre 15 y 17 años que se sienten presionados por sus amigos para tener sexo: **67**

Porcentaje de mujeres de entre 15 y 17 años que se sienten presionadas por los hombres para tener sexo: **89**

Porcentaje de mujeres de entre 15 y 17 años que consideran aceptable que los hombres tengan varias parejas sexuales: **42**

Porcentaje de adolescentes de entre 15 y 17 años que consideran «mal» que un hombre sea virgen: **19**

Fuente: Fundación Familia Kaiser / Revista Seventeen, diciembre de 2002



AMANDA, 13

Sacramento, California. [Cita tomada de «Middle School Confessions», HBO Networks]

«Creo que somos una generación introducida al sexo a una edad más joven, y por eso estamos, ya sabes, más ansiosos de empezarlo... Ya sabes, mi mamá no estaba mucho en eso del sexo cuando tenía trece años. Y nosotras sí.»

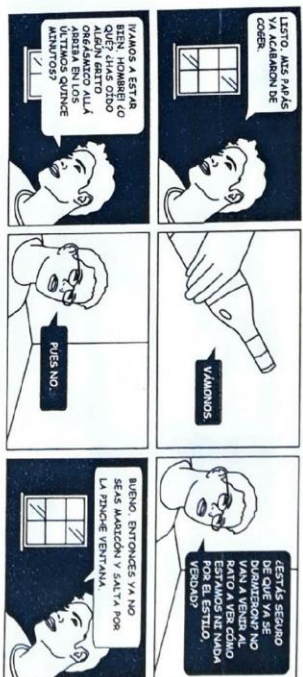
Las chicas ahora platican tanto de condones como de zapatos y aretes en el ombligo, y están orgullosas de sus habilidades. «Yo traigo uno desde que tenía 12 años» —dice Amanda, una menuda chica de voz suave que está en el equipo de atletismo—. «Un labial y un condón, eso es casi lo único que necesitas. No puedes confiar en los hombres». En realidad, aún no ha practicado el coito, pero, dice, «uno nunca sabe». Hoy, a sus 16 años, ha practicado el sexo oral a 5 muchachos. «Estuvo bien, pero no fue la gran cosa. A veces es un poco aburrido porque los chavos no dicen mucho, y tú tienes que seguir chupando hasta que te duele la boca. Yo siempre me imagino que soy Drew Barrymore [la actriz] cuando lo hago.»

Salon.com, 4 de diciembre de 2000

El que las mujeres tiendan a ser más selectivas que los hombres en cuanto a sus parejas sexuales es, por supuesto, exactamente lo que predice la teoría de la evolución; sin embargo, ya que el amor romántico no parece ser una experiencia humana universal, uno no podría esperar que el amor fuera la base de la elección femenina en todas partes.

***The Evolution of Human Sexuality* de Donald Symons.
Oxford University Press. 1979**

VIERNES



—No soy maricón—Max dio un paso de la cama de Brett a la ventana cubierta de nieve—. Como si mi hombría tuviera algo que ver con saltar de tu estúpida ventana.

—¿Tu hombría?—rió Brett—. Discúlpame pero, ¿quién de nosotros jamás ha besado a una mujer en toda su pinche vida?

—Ni que fuera la gran cosa—Max saltó por la ventana y azotó de lado en el suelo congelado.

—Pero *esta noche*...—Brett siguió a Max por la ventana y aterrizó suavemente—. Bueno, no la llaman una fiesta de ligue por nada, Maxwell. De que te toca, te toca, quieras o no.

—Pero yo no *conozco* a nadie de los que van a estar allí—Max se levantó del suelo y se sacudió los pantalones—. ¿Cómo le haces para que te toque algo con una chava que jamás has *conocido*?

—Sólo busca a una chava que esté sola, la haces reír, le dices que es especial o bonita o lo que sea. Estarás en segunda base, *por lo menos*. Te lo juro por Dios.

—¿Y eso es así como lengüeteos y tocarle sus pechos? ¿O cómo?

—Más o menos—Brett tomó un cigarro de su lata de Al-toids Wintergreen Mints—. Pero no le refundas la lengua hasta la garganta ni nada estúpido como eso, ¿ok? Y mantén los

labios cerrados cuando ataques, si no nada más vas a hacer que le dé asco antes de que *empiece* el Festival de Mamadas de Adolescentes Americanos. Y si—si—efectivamente hoy te ligas una chava, y no estoy garantizando nada con ese exuberante grano en la nariz, *no* le vayas a decir que es tu primer beso, ¿de acuerdo? Eso estaba bien hace como tres años. Pero ahora representa un pinche trabajo. Ya sabes, ¿no? Ahora a las chavas les gustan los chavos con experiencia. Así que tendrás que fingir.

—Listo. Seguro. «Tengo experiencia, nena». ¿Así?

—Dios santo—se burló Brett—. Te va a *tocar*.

—Pero, ¿no se sentirá raro?—preguntó Max, siguiendo a Brett por la calle cubierta de hielo y apretando sus puños en las bolsas de su abrigo para mantener los dedos calientes—. Digo, ¿ni siquiera *conocer* a una chava y hacerlo todo con ella?

—No importa con estas pinches putitas, cabrón. Es completamente irrelevante si eres tú o soy yo. Bueno, quizá ayude que yo soy yo. Pero el caso es que somos unos cabrones y eso es todo lo que les importa a estas estúpidas niñas. Si todo sale mal, déjamelos a mí, nada más le digo a alguna putita de tercero de secundaria que me la cojo en la próxima fiesta si te coge en ésta.

—Mmm, Brett, no estoy seguro de que me gustaría tener sexo con una chava que no conozco o lo que sea que...

—O qué importa, me la cojo en esta fiesta también. Oye, ¿te interesaría alguna vez trabajar en equipo con una chava o algo así? Digo, tendríamos que vernos el pito y todo, pero sólo piensa en lo caliente que sería si a mí me toca la boca y a ti la apesosa *puchita*...

—Qué asqueroso... ¿Cuánto falta para que lleguemos a casa de Ashley Iverson? Está haciendo más frío aquí afuera.

—Tranquilo, mamón. Todavía faltan unas cuadras.

—Mañana se mudan al departamento enfrente del mío—Max casi se tropieza con un montículo de nieve en el camino—. No sé quiénes son todavía, pero creo que me emociona bastante la idea.

—¿Ah, sí? Pues chíngate, putito.

—No soy gay, Brett. Eso lo sabes.

—¿Ah, sí? Pues chíngate, putito.

—¿Y qué se siente?—preguntó Max después de cinco minutos de silencio—. Digo, tener sexo con una chava y todo.

—Es... no es como jálárela—Brett encendió otro cigarrillo—. Es más como... ¡no mames! No sé. Es tan difícil de *describir*. Supongo que es como un pastel de manzana calentito o algo. Pero... bueno, no, ésas son pendejadas. Es una de esas cosas que no son como nada más, ¿me entiendes?

Silencio.

—Vale madres—Brett sonrió—. Ya te enterrarás a su debido tiempo. Aunque pueda ser necesario que intervenga nuestro buen amigo Cristo Todopoderoso, pero te doy dos horas más de virginidad, cuando mucho. Felicidades, Maxwell. Pronto serás un hombrequito de verdad.

—Bueno, supongo que sí, quizá. Es sólo que... no sé. ¿Qué no tu primera vez tiene que ser algo especial o algo así?

—¿Especial?—rió Brett—. Dios santo, Max. ¿Qué, nunca te conté *mi* primera vez?

—No... creo que no. ¿Quién fue? ¿Quinn Kaysen?

—Noooo, compadre. Una chava de universidad. ¿Te acuerdas cuando fui a visitar a mi hermano a la Universidad de Oregon el año pasado? Bueno, un día invitó a varios de sus hermanos de la fraternidad y estaban tomando vodka de recho y todos dijeron que estaría cagado que cogiera. Entonces empezaron a repasar la lista de todas las chavas que conocían que acabaran de tronar con sus novios o que se cogieran cualquier cosa que se moviera, y le hablaron a una, creo se llamaba Kia o Sarah o algo. Mi hermano me presentó como un estudiante de primer año que estaba de visita. De acuerdo, yo era estudiante de primer año de preparatoria, pero empezamos tanto a la mensa como para que no supiera la pinche diferencia. Te juro que lo único que le dije a la zorra fue «¿de dónde eres?» y «¿qué estudias?» y ella me preguntó si quería ir a su cuarto a «acurrucarnos». Hicimos de todo, compadre. Y quiero decir *todo*.

—No mames... ¿Y de veras no te sientes mal de que se te olvidara su nombre?

—Por favor, Maxwell. Fue increíble. Y yo ni siquiera estaba *pedo*.

—Mmm, ¿Brett? —Max siguió a Brett entre las dos docenas de estudiantes de la escuela. Kapkovich Pacific que estaban platicando e intentando mantenerse en pie en el jardín de Ashley Iverson—. No creo que vaya a encajar bien aquí.

—¿De qué estás hablando?

—Me... Brett, me da *miedo*.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De la gente?

—Todos son *grandes* —Max se congeló en su lugar—. Y

no me conocen y no les caigo bien y todos visitan Pike & Crew y yo no, y no puedo, no puedo, no puedo, no puedo...

—¿Quieres *calmarte, chingada madre*? Venimos a divertimos, no a tener un puto *ataque de nervios*.

—Lo sé, lo sé. Lo siento, Brett. Lo sé, lo sé, lo sé.

—Escucha, Max... Te voy a decir un secreto, ¿está bien? ¿Te tranquilizas si te digo un secreto? *Yo también estoy asustado*, ¿ok? Todos aquí están cagados de miedo.

—¿Lo están? —Max respiró mejor—. ¿Tú lo estás?

—Es este pinche *estándar* que tienes que cumplir, ¿de acuerdo? Usas Pike & Crew, coges en las fiestas, usas estos estúpidos collares de conchas y te pintas el pelo, y vas a broncearte tres horas a la semana y *después* puedes ser juzgado por quien eres en realidad como persona. Sólo tienes que sacrificar un poco de tu individualidad para ser visto como individuo con esta gente.

—¿Entonces por qué...?

—¿Por qué *qué*, Max?

—¿Por qué lo haces?

—No mames... no sé. Supongo que de una manera morbida y jodida, lo disfruto. Ahora escucha, te acabo de decir algo sobre esta gente que ni ellos saben de sí mismos, ¿de acuerdo? Así que vamos adentro, tomamos unos tragos, la pasamos bien y te prometo que pensarás en lo estúpido que era tenerle miedo a estas putas para empezar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Max se mordió el labio inferior—. Perdón por ponerme nervioso. Me imagino que no fue algo muy galán.

—No te preocupes, compadre —Brett le dio una palmada en la espalda—. Trataré de no decirle a todos aquí el gran *maricón* que puedes ser a veces.



Ashley sonrió, su aliento ya perfumado de crema de whiskey Bailey's, vodka Absolut, ron Malibú y Bacardi Breezers.

—Vamos arriba para que nadie vea que hay más para tomar. Y no se preocupen si quieren quitarse los zapatos. Será algo más para que la gente se tropiece.

—Por cierto, éste es Max —Brett siguió a Ashley por las escaleras de madera, analizando con cuidado su trasero envuelto en una minifalda—. Max, ella es Ashley. Demasiado buena para ti, así que ni lo pienses.

—Cállate, Brett —ella se sonrojó—. Mucho gusto, Max.

—Igualmente —dijo Max—. Eres bonita. Y especial. O algo.

—Aaaaaayyyyyyyyy —susurró Ashley, llevando a Max y Brett a su habitación oscurificada y cerró la puerta—. Hay un vasito allá encima de mi tocador.

—Por supuesto, pinche alcohólica —Brett alcanzó el vaso que estaba junto a una envoltura azul cerrada de un condón Trojan¹.

—¿Grandes planes para esta noche?

—Ninguno contigo —Ashley se sentó en la cama—. Por lo menos no en el futuro inmediato.

1. Trojan-Erz, condón de látex con lubricante. Si se usa de forma adecuada, un condón de hule látex natural ayudará a reducir el riesgo de transmisión del VIH y muchas otras enfermedades de transmisión sexual. También es muy efectivo para prevenir el embarazo.

—¡Qué mal! —Brett llenó el vaso y bebió—. Entonces tus papás están en Europa o algo así.

—Creo que Tailandia. Te ves incómodo, Max. ¿Te quieres sentar aquí en la cama conmigo?

—Ok —Max ocupó su lugar en la cama—. Gracias.

—Putra —Brett fingió estornudar en una mano—. Fácil.

—Ay, chinga tu madre, Brett —dijo Ashley—. ¿No deberías estar cazando a Quinn Kaysen?

—Ya sólo somos amigos —Brett le pasó el vaso a Ashley—. Ya lo sabes, Ash.

—¿Ah, sí? —ella llenó el vaso y bebió—. Entonces no tendrías por qué molestarte saber quién la ha estado acosando toda la noche. Max, ¿quieres tomar un poco?

—Sí, seguro —Max tomó la botella de las manos de Ashley y, nerviosamente, llenó el vaso, lo tomó de un trago y cayó de rodillas tosiendo y ahogándose.

—Qué patético —suspiró Brett—. El primer trago de su vida.

—Lo, *cof, cof*, lo siento —jadeó Max—. Ay, *cof*, Dios. Quemá.

—A ver, patético pendejo, yo me voy para abajo. ¿Ash, vienes?

—Mmm... yo me quedo —dijo Ashley mirando a Max—. Seguro que estará mejor con la limonada.

—Por supuesto —Brett abrió la puerta de la habitación—. Felices cogidas, preciosa.

«All you need is fuck, all you need is fuck, fuck is all you need», cantó Brett a la tonada de la canción de los Beatles «All you need is love», mientras bajaba por las escaleras a la espaciosa

sala. Cientos de estudiantes de Kapkovian Pacific tomaban cerveza barata en vasos de plástico, contaban chistes locales que databan de sus primeros años en la preparatoria y giraban enardecidos en parejas sobre los pisos de madera. Muchas otras parejas, también sobre los mismos pisos, estaban, más que bailando, en un acto de fornicación pública.

«...la cerveza no está tan mala...»

«...prefiero los tragos derechos...»

«...gusto adquirido...»

«...gusto adquirido, como el de la pancha...»

«...lo harías anal si...»

«...con un condón o...»

«...medio pendejo, pero tenía un buen paquete, así que dejé que me cogiera...»

«...buenísima, pero es trisitana...»

«...un par de clavos y una cruz, haz lo que quieras con ella, hijo de la chingada...»

—¡Hey, pinche Brett Hunter!—el mariscal de campo del equipo de fútbol americano de la preparatoria Kapkovian Pacific se tambaleó entre la sofocante multitud y echó su brazo olímpico sobre los hombros de Brett—. ¿Qué le ha parecido Oregon a tu hermano?

—Le está gustando. Jamás vuelvas a tocarme —Brett se sacudió al mariscal y siguió caminando en el pandemonium adolescente.

—¡Dios mío, Brett Hunter!—una chica con destellos rojizos en el pelo se aferró al cinturón de piel de Brett y pegó su pelvis a la de él al ritmo de la música generada por computadora que inundaba la casa—. Dios mío. No puedo creer que estoy bailando con el campeón de pista de toda la escuela.

—¿Cómo te llamas?—él la montó en frío, le puso una ma-

no en su cadera y la otra sobre sus *glutei maximí*, esculpidos en gimnasio y bronceados en Maui—. Mierda, qué bien bailas.

—¡Brett! ¡Aguil!—Quinn Kaysen se lanzó desde el sofá de piel del otro lado de la habitación—. Creí que no vendrías.

—¿Abrazo para papá?—preguntó Brett al empujar a la pelirroja de nuevo a la muchedumbre.

—¿Por favor? Te pago.

—Fácil—Quinn lanzó sus brazos sobre los hombros de Brett—. ¿Dónde has estado toda la noche?

—Tuve un poco de problemas para salirme de la casa, eso fue todo. No quise traer el Camry porque mis papás hubieran podido oír el motor. Así que, ¿Quinn «Dos Tragos» ya está borracha?

—No todavía—sonrió ella—. Ok, a lo *meeeejooooor*...

Oye, Brett, no vas a creer quién me invitó al...

—Por cierto, tu perfume huele increíble. ¿Es CK We? ¿O P&C Conformity?

—Escucha, Brett, no vas a creer quién me acaba de invitar al baile de invierno.

—Invitarte... a ti... al... ¿Quién?

—Trevor Thompson. ¿Puedes creerlo?

—Estás bromcando—Brett tragó saliva—. ¡Ja, ja!

—O sea, Brett, ¿has visto su nuevo BMW? Es como el carro más hermoso en el que he estado. Y acaba de mudarse a su propio departamento. ¿Lo sabías? ¿Quién tiene su propio departamento en segundo de prepa? Y además besa tan rico.

—Quinn, tú... no puedes... Trevor Thompson es peligroso, ¿de acuerdo? No lo conoces como yo.

—Chinga tu madre, Brett. Ya no estamos saliendo, ¿te acuerdas? No puedes decirme qué chingados puedo y qué no puedo hacer con mi vida. Yo ya te superé, ¿por qué no puedes superarme?

—¿Alguien dijo BMW?—Trevor envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Quinn y la besó en el cuello—. Perdón por haberte dejado tan sola, preciosa. Espero que te haya ido bien sin mí.

—Qué lindo eres —sonrió ella—. Ah, Trevor, éste es mi amigo Brett Hunter, del equipo de pista y campo. Brett, éste es Trevor Thompson, mi pareja para mañana en la noche.

—Mis papás me regalaron un ejemplar de tu libro en Navidad —Brett estrechó la mano de Trevor con mucha presión—. Felicidades, Trevor, de veras.

—Muchas gracias, Hunter —Trevor sonrió—. Espero que te haya iluminado.

—Cuéntale del *segundo* —dijo Quinn—. Está escribiendo un *segundo* libro, Brett.

—Básicamente es la continuación de *Inversiones para adolescentes* —dijo Trevor—. Lo voy a llamar «*Gané un millón de dólares antes de cumplir los 18 y tú también puedes: Cómo conquistar la bolsa de valores y la preparatoria*». Randall House y HarperCollins ya están ofreciendo cifras de siete dígitos y ni siquiera llevo siete páginas escritas.

—Pues qué chingón, Trevor —Brett apretó sus dientes—. Quinn, voy a ver cómo está Max. Te veo luego, ¿de acuerdo?

—Va a haber una fiesta en mi casa este martes, Hunter —dijo Trevor—. Considerate invitado.

—Brett, espera —dijo Quinn—. *Invitaste* a alguien al baile, ¿verdad?

—No... —Brett se alejó—. No encontré a nadie que valiera la pena invitar.

—Uy... no está nada mal —Max puso la botella vacía de Lironada Jack Daniel's junto a las otras cinco en el tocador de roble—. Perdón por acabarme el paquete y todo. Creo que tenía mucha sed.

—Está bien —rió Ashley—. La mayoría de los chavos ni admiten que les gustan las bebidas de mujeres, sólo cerveza barata porque yo creo que sus pios no son lo suficientemente grandes o algo, así que tienen que estar probando su masculinidad unos a otros.

—Sí, no veo por qué emborracharse tenga que saber mal. Excepto que Brett siempre dice que las bebidas de niñas son como la peor cosa del mundo que puedes meterte en la boca, además de los genitales de otro hombre.

—Oye, ¿y cómo lo aguantas?

—No sé... Es mi mejor amigo.

—Pues no te trata como amigo.

—Bueno, creo que a veces puede ser medio pendejo, pero en el fondo es un buen tipo. Digo, obviamente no soy el más popular de la escuela ni nada, pero con él no importa si hago deporte o si voy a las fiestas ni nada porque él ya hace todo eso de todas formas; y sólo porque yo no, ¿por qué no vamos a ser amigos?

Silencio.

—Bueno... mmm... ¿Qué tipo de música te gusta? —preguntó Max—. Digo, si es que escuchas música y eso.

—Pues, lo que sea que estén tocando en el radio, yo creo. ¿Y tú?

—Sobre todo los Beatles. Y Simon & Garfunkel a veces.

—¿Los Beatles? —rió Ashley—. Mis papas oyen a los Beatles.

—¿De veras? Qué bien... digo, um, qué horror. Dios mío.

—Mira, cariño —ella puso sus manos en los brazos de Max—. ¿Vamos a ligar hoy o qué?

—Oh... —Max volteó hacia otro lado, analizando fervientemente los pósters de cantantes de moda e ídolos juveniles que adornaban las paredes—. Oye, ¿el alcohol no te hace alucinar, o sí?

—No —Ashley deslizó sus manos hacia los hombros de Max—. No te hace alucinar —su lengua empezó a dar saltos mortales en la boca de Max.

—¡Oye! —gritó Max—. ¡Eso se siente increíble!

Ella se rió y movió sus manos bajo su blusa y su brassiere.

—Perdón —él se sonrojó, mirando su erección—. Yo... en realidad no lo puedo prender y apagar ni nada de eso.

—Me gusta cuando los chavos se calientan conmigo —ella le quitó la camisa por encima de su cabeza y luego se quitó la de ella—. ¿Chupas mis pechos?

—¡Seguro! —Max clavó su rostro en el pecho de Ashley justo cuando Brett abría la puerta de la habitación.

—¡Mierda! —gritó Brett.

—¡En la madre! —gritó Max.

—¡Dios mío! —gritó Brett.

—¡En la madre! —gritó Max.

—Hola Brett —dijo Ashley con toda calma—. ¿Necesitas algo, o sólo quieres ver esta vez?

—Olvidenlo —Brett azotó la puerta—. Me voy a casa. Te dejó la ventana abierta, tigre.

(*Largo e incómodo silencio.*)

—¡Oh, Dios! —exhaló Max—. Eso sí que fue muy incómodo.

—Es mi culpa por no haber cerrado la puerta con llave

—Ashley atravesó la habitación y puso el seguro, luego se

desabrochó el brassiere de seda Pike & Crew y regresó a la cama con sólo sus calzones negros, que hacían juego—. Todavía quieres, ¿no?

—Yo... No, yo... yo sí, de veras... es sólo que no quiero que esto sea algo que no signifique nada para ninguno de los dos y yo en realidad jamás había besado a una chava hasta hace cinco minutos y estoy un poco asustado aunque tú eres muy bonita y muy amable y no traes mucha ropa puesta.

—Qué lindo eres —ella le bajó el cierre de los pantalones y boxers rojos del Hombre Araña, luego alcanzó el condón Trojan sin abrir que estaba sobre su tocador—. No te resistas a las cosas que quieres, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —Max cerró los ojos y se recargó sobre la almohada.

Ashley besó el camino hacia su pecho, después su estómago. Recorrió su pene de arriba a abajo con la lengua, le dio masaje en sus testículos con una mano y frotó su pene con la otra. Ella abrió el Trojan y delicadamente desenrolló el condón sobre el pene de Max; se quitó los calzones y se recostó sobre el colchón.

—¿Me coges? —susurró.

Y entonces Max supo una cosa:

Esto no era amor.

—Chinga tu madre, Trevor —dijo Brett para sí mismo, atreviendo la orgástica multitud de adolescentes embriagados en su camino a la puerta—. Pinche pretencioso, falso, traicionero hijo de puta sifilítica.....

—¿Sigues aquí? —la chica de luces rojizas que antes había montado en seco a Brett en la sala se atravesó tambaleante.

ME SOBRA EL CORAZÓN

Miguel hernández

Hoy estoy sin saber yo no sé cómo,
hoy estoy para penas solamente,
hoy no tengo amistad,
hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.

Hoy reverdece aquella espina seca,
hoy es día de llantos de mi reino,
hoy descarga en mi pecho el desaliento
plomo desalentado.

No puedo con mi estrella.
Y busco la muerte por las manos
mirando con cariño las navajas,
y recuerdo aquel hacha compañera,
y pienso en los más altos campanarios
para un salto mortal serenamente.

Si no fuera ¿por qué?... no sé por qué,
mi corazón escribiría una postrera carta,
una carta que llevo allí metida,
haría un tintero de mi corazón,
una fuente de sílabas, de adioses y regalos,
y ahí te quedas, al mundo le diría.

Yo nací en mala luna.
Tengo la pena de una sola pena
que vale más que toda la alegría.

Un amor me ha dejado con los brazos caídos
y no puedo tenderlos hacia más.
¿No veis mi boca qué desengañada,
qué inconformes mis ojos?

Cuanto más me contemplo más me aflijo:
cortar este dolor ¿con qué tijeras?

Ayer, mañana, hoy
padeciendo por todo
mi corazón, pecera melancólica,
penal de ruiseñores moribundos.

Me sobra corazón.

Hoy, descorazonarme,
yo el más corazonado de los hombres,
y por el más, también el más amargo.

No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdono la vida cada día.

La declaración de Randolph Carter

H. P. Lovecraft

Les repito, señores, que sus investigaciones son inútiles. Deténganme para siempre, si quieren; encarcélenme o mándenme ejecutar, si es que necesitan una víctima para aplacar esa ficción que ustedes llaman justicia; pero no puedo añadir más a lo que he dicho ya. Todo lo que puedo recordar, lo he contado con la mayor sinceridad. Nada he falseado ni ocultado; y si algo resultase vago, se debería a la negra confusión que nubla mi espíritu y a los dudosos horrores que ha suscitado en mí.

Lo repito, no sé qué ha sido de Harley Warren; creo, sin embargo, -y casi lo espero- que disfruta de la paz del pleno olvido, si es que semejante dicha existe en alguna parte. Es cierto que durante cinco años he sido su más íntimo amigo, y que he colaborado parcialmente en sus terribles investigaciones sobre lo desconocido. No negaré, aunque mi memoria es incierta y confusa, que este testigo de ustedes pueda habernos visto juntos a las once y media de aquella espantosa noche, como dice, por la barrera de Gainsville, camino del pantano del Gran Ciprés. Incluso puedo añadir que íbamos provistos de linternas y azadas, y de un curioso rollo de alambre unido a ciertos instrumentos, ya que todas esas cosas han desempeñado su cometido en esa única escena que permanece grabada de manera indeleble en mi trastornada memoria. Pero tengo que insistir en que, de lo que sucedió a continuación, y de la razón por la cual me encontraron solo y en un estado de completo ofuscamiento, no sé más que lo que he repetido tantísimas veces. Ustedes me dicen que no hay nada en el pantano ni en sus alrededores que pudiera servir de escenario a tan tremendo episodio. Yo les digo que no sé más que lo que vi. Ya fuera visión o pesadilla -fervientemente deseo que así sea-, es todo cuanto recuerdo de aquellas horribles horas que viví, después de haber dejado atrás el mundo de los hombres. Pero por qué no regresó Harley Warren es cosa que sólo él, o su sombra -o cierta criatura que no me es posible describir-, podría contar.

Como he dicho antes, yo estaba perfectamente enterado de los singulares estudios de Harley Warren, y hasta cierto punto había participado en ellos. De su inmensa colección de libros extraños sobre temas prohibidos, he leído todos aquellos que están escritos en las lenguas que yo domino; pero son pocos en comparación con los que están en lenguas que desconozco. La mayoría me parece que están en árabe; y el libro infernal que provocó el desenlace -libro que él se llevó consigo de este mundo-, estaba escrito en caracteres que jamás he visto en otra parte. Warren no me dijo nunca de qué trataba exactamente. En cuanto a la índole de nuestros estudios, ¿debo decir nuevamente que ya no recuerdo nada con exactitud? Y me parece providencial que así sea, porque se trataba de cosas terribles, a las que yo me dedicaba más por morbosa fascinación que por verdadero interés. Warren me dominó siempre, y a veces le temía. Recuerdo cómo me estremecí una noche, antes de que sucediera aquello, al contemplar la expresión que tomó su rostro mientras me explicaba con todo detalle por qué, a juicio suyo, ciertos cadáveres no se descomponen jamás, sino que se conservan carnosos y frescos en sus tumbas durante miles

de años. Pero ahora ya no le tengo miedo a Warren, porque sospecho que ha conocido horrores que superan mi imaginación. Ahora temo por él.

Confieso una vez más que no recuerdo bien cuál era, aquella noche, nuestro propósito. Desde luego, se trataba de algo relacionado con el libro que Warren llevaba consigo -con ese libro vetusto, de caracteres indescifrables, que se había traído de la India un mes antes-; pero les juro que no sé qué es lo que esperábamos encontrar. El testigo de ustedes dice que nos vio a las once y media por la barrera de Gainsville, en dirección al pantano del Gran Ciprés. Probablemente será cierto, pero yo no lo recuerdo con claridad. Lo que se me ha quedado grabado en el alma es una escena solamente, y puede que ocurriese mucho después de la medianoche, porque recuerdo que la luna creciente estaba ya muy alta, en el cielo vaporoso.

Ocurrió en un cementerio antiguo; tan antiguo, que me estremecí ante los innumerables vestigios de edades olvidadas. El cementerio se halla en una hondonada húmeda y profunda, cubierta de espesa maleza, de musgo, de yerbas extrañas con tallo rastrero, en donde reinaba una vaga fetidez que mi ociosa imaginación asoció absurdamente con la idea de rocas corrompidas. Por todas partes se veían signos de abandono y desolación. Me sentía como obsesionado por la impresión de que Warren y yo éramos los primeros seres vivos que interrumpíamos un mortal silencio de siglos. Por encima de la cresta del valle, en un pálido cuarto creciente, asomó la luna entre fétidos vapores que parecían emanar de ignoradas catacumbas. Y bajo sus rayos vacilantes y tenues pude distinguir un inquietante panorama de antiguas lápidas, urnas, cenotafios y fachadas de mausoleos; todo estaba desmoronado, cubierto de musgo, ennegrecido por la humedad, medio oculto en el espesor exuberante de una vegetación malsana.

La primera impresión vívida que tuve de mi propia presencia en esta terrible necrópolis fue el momento en que me paré con Warren ante un sepulcro medio hundido, casi tapado por la tierra y la maleza, y dejamos caer unos bultos que al parecer habíamos llevado. Entonces me di cuenta de que traía conmigo una linterna eléctrica y dos azadas, mientras que mi compañero iba provisto de otra linterna y de un equipo telefónico portátil. No pronunciamos una sola palabra, ya que, por lo visto, sabíamos perfectamente dónde estábamos y cuál era nuestra misión allí; y, sin demora, cogimos nuestras azadas y empezamos a quitar yerba, matojos y tierra de aquella tumba plana de aspecto inmemorial. Después de descubrir enteramente su superficie, que consistía en tres inmensas losas de granito, retrocedimos unos pasos para examinarla. Warren pareció hacer ciertos cálculos mentales. Luego regresó al sepulcro, y empleando su azada como palanca, trató de levantar la losa inmediata a unas ruinas de piedra que un día puede que hubieran sido un monumento. No lo consiguió, y me hizo una seña para que le ayudara. Finalmente, aflojamos la piedra entre los dos y la levantamos hacia un lado.

La losa levantada dejó al descubierto una negra abertura, de la que brotó un hedor tan nauseabundo que retrocedimos horrorizados. Poco después, sin embargo, nos acercamos nuevamente a aquella cavidad y comprobamos que las exhalaciones eran menos insoportables. Nuestras linternas revelaron el arranque de una escalera de piedra, sobre cuyos peldaños goteaba una especie de líquido inmundo nacido en las entrañas de la tierra, y cuyos húmedos muros estaban incrustados de salitre. Y ahora me viene a la memoria, por vez primera, las palabras que Warren me dirigió con su melodiosa voz de tenor, sin alterarse ante el pavoroso escenario que nos rodeaba:

-Siento tener que pedirte que aguardes fuera; sería un crimen permitir que baje a este lugar una persona tan nerviosa como tú. No puedes imaginarte, ni siquiera por lo que has leído y por lo que te he contado, las cosas que voy a tener que ver, y las que voy a tener que hacer. Es un trabajo diabólico, Carter, y dudo que nadie que no tenga unos nervios de acero pueda afrontarlo y regresar después a la superficie en su sano juicio. No te ofendas, que bien sabe el cielo lo que me gustaría tenerte conmigo; pero, en cierto sentido, la responsabilidad es mía, y no podría llevar a una persona tan nerviosa como tú a una muerte probable, o a la locura. ¡Ya digo que no te

puedes figurar lo que hay ahí! Pero te doy mi palabra de tenerte al corriente, por el teléfono, de todo lo que haya. ¡Tengo aquí hilo suficiente para llegar al centro de la tierra y volver!

Todavía resuenan en mi memoria aquellas palabras desapasionadas, y puedo recordar que le hice varias objeciones. Creo que yo tenía vivísimos deseos de acompañar a mi amigo a aquellas profundidades sepulcrales, pero él se mantuvo inflexible en su negativa. Incluso amenazó con abandonar la expedición si yo seguía insistiendo, amenaza que resultaba eficaz, puesto que sólo él poseía la clave del asunto. Todo eso lo recuerdo aún, aunque ya no sé qué es lo que buscábamos. Después de haber conseguido que yo accediera de mala gana a sus propósitos, Warren cogió el carrete de cable y ajustó los aparatos. A una señal suya, cogí uno de éstos y me senté sobre la lápida añosa y estropeada que había junto a la abertura recién descubierta. Luego me estrechó la mano, se cargó el rollo de cable, y desapareció en el interior de aquel osario indescriptible.

Durante un minuto seguí viendo el resplandor de su linterna, y oyendo el chirrido del alambre a medida que lo iba soltando; pero, de pronto, la luz desapareció como si mi compañero hubiera doblado un recodo de la escalera, y, casi al mismo tiempo, el chirrido dejó de oírse también. Me quedé solo; pero estaba en comunicación con las desconocidas profundidades por medio de aquellos cables milagrosos cuya superficie aislante aparecía verdosa bajo el apagado resplandor de la luna creciente.

En el silencio desolado de aquella necrópolis blanca y vacía, mi imaginación empezó a concebir las fantasías más horripilantes y las ilusiones más espantosas, en tanto que las tumbas y los extraños monolitos adquirían por momentos una horrenda intencionalidad. En los repliegues más tenebrosos del valle plagado de repugnante vegetación, creí ver unas sombras sin forma que parecían escurrirse sigilosamente como en una blasfema procesión ceremonial, y ocultarse en las tumbas corrompidas de la colina. Ni aun el resplandor blancuzco de la luna lograba disolver estas sombras huidizas.

Yo consultaba constantemente el reloj, a la luz de la linterna, y escuchaba con febril ansiedad por el receptor del teléfono; pero estuve más de un cuarto de hora sin oír nada. Luego sonó un *clic* en el aparato, y llamé a mi amigo con voz destemplada. A pesar de lo excitado que me sentía, no estaba preparado para escuchar las palabras que me llegaron de aquella tumba, pronunciadas con la voz más desgarrada y temblorosa que jamás le oyera a Harley Warren. El, que con tanta serenidad había bajado poco antes, me hablaba ahora desde las profundidades con un susurro trémulo, más siniestro que el más taladrante alarido:

-¡Dios! ¡Si pudieras ver lo que estoy viendo yo!

No pude contestar. Enmudecido, sólo me cabía esperar. Luego volví a oír sus frenéticas palabras:

-¡Carter, es terrible, monstruoso..., increíble!

Esta vez no me faltó la voz, y derramé por el transmisor un mar de preguntas excitadas. Aterrado, seguí repitiendo:

-¡Warren! ¿Qué es?, ¿qué es?

Otra vez me llegó la voz de mi amigo, enronquecida por el miedo, teñida ahora de desesperación:

-¡No te lo puedo decir, Carter! Es algo que no se puede imaginar... No me atrevo a contártelo... Ningún hombre podría contemplarlo y seguir con vida... ¡Dios mío! ¡Jamás imaginé cosa semejante!

De nuevo se hizo el silencio, interrumpido por mi torrente de preguntas atropelladas. Después volví a oír la voz de Warren, rota ya por el más incontrolado terror:

-¡Carter, por el amor de Dios, vuelve a colocar la losa y márchate de ahí, si puedes!... Déjalo todo y vete... ¡Es tu única oportunidad! ¡Hazlo así y no me preguntes nada!

Lo oí, pero sólo fui capaz de repetir una vez más mis frenéticas preguntas. Estaba rodeado de tumbas, de oscuridad, de sombras; y allá abajo se ocultaba una amenaza que

sobrepasaba los límites de la imaginación humana. Pero mi amigo se hallaba en mayor peligro que yo, y en medio de mi terror, me sentí ofendido de que pudiera considerarme capaz de abandonarle en semejantes circunstancias. Un nuevo *clic*, y después de una pausa, se oyó el grito lastimero de Warren:

-¡Corre! ¡Por el amor de Dios, pon la losa y zumba, Carter!

Aquella expresión infantil que acababa de emplear mi compañero, terriblemente asustado, me devolvió mis facultades. Tomé una determinación y le grité:

-¡Warren, ánimo! ¡Voy para abajo!

Pero a este ofrecimiento, me contestó con un grito de extrema desesperación:

-¡No! ¡Tú no puedes entenderlo! Es demasiado tarde... y la culpa es mía. Echa la losa otra vez y corre... ¡Ni tu ni nadie podríais hacer nada ya!

La inflexión de su voz había cambiado otra vez; había adquirido un matiz más suave, como de una desesperanzada resignación. Sin embargo, percibí en ella una honda ansiedad por mí.

-¡Rápido..., antes de que sea demasiado tarde!

Traté de no hacerle caso; intenté vencer la parálisis que me retenía y cumplir mi palabra de bajar en su ayuda, pero las palabras que murmuró a continuación me cogieron aún inmovilizado, encadenado por mi tremendo horror.

-¡Carter..., huye! Es inútil..., debes irte..., mejor uno solo que los dos... La losa...

Un silencio; otro *clic*, y luego la débil voz de Warren:

-Ya casi ha terminado todo... No me hagas esto más penoso todavía... Tapa esa escalera infernal y salva tu vida... Estás perdiendo el tiempo... Adiós, Carter..., nunca te volveré a ver.

Aquí, el susurro de Warren se dilató en un grito; y el grito se fue convirtiendo gradualmente en un alarido preñado de todo el horror del mundo...

-¡Malditas sean estas criaturas! infernales..., son legiones... ¡Dios mío! ¡Huye! ¡¡Huye !!
¡¡¡Huye!!!

Después de eso, se hizo un silencio. No sé durante cuantísimo tiempo permanecí allí sentado, sumido en un negro estupor, murmurando, mascullando palabras, llamando, gritando en el teléfono. Una y otra vez, durante una eternidad, susurré, llamé, grité, chillé:

-¡Warren! ¡Warren! Contéstame, ¿estás ahí?

Y entonces llegó hasta mí el más absoluto horror, lo increíble, lo imposible, lo abominable. He dicho que me había parecido una eternidad, el tiempo transcurrido desde que oyera por última vez la desgarrada advertencia de Warren, y que durante ese tiempo, sólo mis propios gritos habían roto el espantoso silencio. Pero al cabo de un rato, sonó un nuevo *clic* en el receptor, y pegué el oído para escuchar. Llamé de nuevo:

-¡Warren! ¿Estás ahí?

Y en respuesta, oí lo que ha provocado estas tinieblas en mi espíritu. Ignoro por completo a qué criatura pertenecía aquella voz, y tampoco puedo describirla con detalle, puesto que las primeras palabras me dejaron sin conocimiento y provocaron una laguna en mi memoria que dura hasta el momento en que desperté en el hospital. Vagamente, puedo decir que la voz era profunda, hueca, gelatinosa, lejana, ultraterrena, inhumana, espectral. Pero esto no da idea de aquella voz. Esto es el final de mi experiencia, y aquí termina mi relato. Oí la voz, y ya no me enteré de nada más. La oí allí, sentado, petrificado en aquel cementerio desconocido de la hondonada, rodeado de lápidas leprosas y tumbas desmoronadas. Allí, en medio de una vegetación putrefacta y vapores corrompidos, oí claramente la voz que brotó de las recónditas profundidades de aquel impuro sepulcro abierto, mientras en torno mío seguían danzando sin forma unas sombras necrófagas, bajo la luna menguante.

Y esto fue lo que dijo:

-¡Idiota, Warren ya está MUERTO!

LOS DERECHOS IMPRESCRIPTIBLES DEL LECTOR

Daniel Pennac

- 1) A no leer.
- 2) A saltarse páginas.
- 3) A no terminar un libro.
- 4) A releer.
- 5) A leer cualquier cosa.
- 6) Al bovarismo.
- 7) A leer en cualquier parte.
- 8) A picotear.
- 9) A leer en voz alta.
- 10) A callarnos.